



## Autores

Karina Lopera  
Germán Augusto Valencia  
Antonio Hernández  
Juan Sebastián Cubides  
Zulma Rincón

## Editores

Iván Darío Forero  
Josué Cabrera  
Andrés Londoño  
Gabriela Melo  
Katherine Cano

# ELIPSIS

2019

4



# elipsis

## 2019

### Autores

Karina Lopera  
Germán Augusto Valencia  
Antonio Hernández  
Juan Sebastián Cubides  
Zulma Rincón

### Editores

Iván Darío Forero  
Josué Cabrera  
Andrés Londoño  
Gabriela Melo  
Katherine Cano



# ELIPSIS<sub>4</sub>



## **BRITISH COUNCIL COLOMBIA**

[www.britishcouncil.co](http://www.britishcouncil.co)

## **DIRECTORA BRITISH COUNCIL COLOMBIA**

Soraya Colmenares

## **DIRECTORA DE ARTES**

Sylvia Ospina

## **GERENTE DE ARTES**

Catalina Melo

## **COORDINADORA DE PROYECTOS DE ARTE**

María Juliana Tamayo

## **AUTORES - CONVOCATORIA 2019**

Karina Lopera

Germán Augusto Valencia

Antonio Hernández

Juan Sebastián Cubides

Zulma Rincón

## **EDITORES - CONVOCATORIA**

**2019**

Iván Darío Forero

Josué Cabrera

Andrés Londoño

Gabriela Melo

Katherine Cano

## **COORDINADORAS ACADÉMICAS**

Marta Orrantía - Edición

Alejandra Jaramillo - Escritura

## **FOTOGRAFÍAS**

Cuentos: Lukas Jaramillo

## **TRADUCCIÓN**

Lingua Viva Traductores

Alfred Lake

Aurora Solá

Tiziana Laudato



[www.puntoaparte.com.co](http://www.puntoaparte.com.co)

## **DIRECTOR DE ARTE**

Mateo L. Zúñiga

## **DISEÑADOR DE MARCA**

Andrés Álvarez

## **COORDINACIÓN EDITORIAL**

Andrés Barragán

## **DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN**

Paula Romero Echeverry

Carmen Villegas

Julieta Cruz

## **PRODUCCIÓN EDITORIAL**

## **.PUNTOAPARTE BOOKVERTISING**

## **ISSN**

2711-158X

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial, dentro o fuera del territorio de Colombia, del material escrito y/o gráfico sin autorización expresa de British Council Colombia.

# ÍNDICE

## **Prefacio**

Sylvia Ospina ..... 6

## **Introducción**

Leandro, el mimo que fue novela y cuento ..... 8

## **Entre mis dedos se cuela una voz**

Karina Lopera ..... 12

## **Energía desperdiciada**

Germán Valencia ..... 46

## **Debería irse, señor Torres**

Antonio Hernández ..... 72

## **Atajacaminos**

Juan Sebastián Cubides ..... 110

## **El regalo**

Zulma Rincón ..... 152

# PREFACIO



**Por Sylvia Ospina**

Directora de Artes, British Council

Estamos muy contentos de presentar la cuarta antología de Elipsis. Esta publicación contiene el trabajo de 10 estudiantes de literatura que participaron de este programa desarrollado por el British Council desde el 2015. Con el acompañamiento de Alejandra Jaramillo en el componente de escritura creativa, y de Marta Orrantia en el de edición, estos alumnos trabajaron durante aproximadamente ocho meses en el desarrollo de los cinco cuentos que aquí encontrarán.

En esta versión del programa Elipsis 2019 se reunieron jóvenes de Bogotá, Tunja, Zipaquirá, Bucaramanga, Medellín, Pereira, Cali y Villavicencio. Su primer encuentro se dio en enero, en Cartagena, en el marco del Hay Festival, donde asistieron a diferentes eventos y tuvieron la oportunidad de participar en charlas dirigidas especialmente al grupo de Elipsis con los escritores británicos Sarah Churchwell, Philippe Sands, Dylan Moore, y con los escritores canadienses Madeleine Thien y Kim Thúy. Durante estos cuatro días los estudiantes tuvieron diferentes talleres asociados a la escritura y a la edición liderados por Alejandra y Marta, e iniciaron el proceso creativo y colectivo que dio lugar a esta publicación.

En abril de 2019, los estudiantes de Elipsis se reunieron nuevamente en Bogotá en el marco de la Feria Internacional del

Libro de Bogotá (FILBo). Así tuvieron la oportunidad de asistir a los diversos eventos que ofrece una de las ferias de libro más grandes de Latinoamérica y compartieron espacios de conversación con los escritores británicos David Keenan y Alexandra Christo y con la editora Colombiana Carolina Venegas. Durante los cuatro días de trabajo en este contexto se abrieron espacios de reflexión y formación que buscaban consolidar cada uno de estos cuentos. Posteriormente, y durante un periodo aproximado de tres meses, se generó un esfuerzo conjunto entre los cinco escritores y sus editores para obtener la versión final de los cuentos que están por leer.

Cada año el programa Elipsis del British Council permite a 10 estudiantes participar de un proceso de formación en escritura creativa y en edición que tiene como resultado la primera publicación impresa de estos jóvenes. Así mismo, es una iniciativa que les permite asistir a dos de los eventos literarios más importantes del país y sostener conversaciones cercanas con escritores británicos reconocidos, en espacios de diálogo y aprendizaje e intercambio que, estamos convencidos, tendrán un impacto en el desarrollo profesional y personal de estos jóvenes colombianos. Los invito a leer y a disfrutar cada una de las historias que estos estudiantes quisieron contar.



# LEANDRO, EL MIMO QUE FUE NOVELA Y CUENTO



**Por: Alejandra Jaramillo Morales**

Escritora y tutora del programa Elipsis

Desde la primera vez que hicimos el proceso de formación de escritores y escritoras del programa Elipsis en el año 2015, vimos que había varios elementos que eran necesarios para crear una cohesión y un diálogo interesante, nutrido, afectivo entre los estudiantes y el equipo de trabajo del British Council. Esto ha sucedido en muchos niveles: diferentes espacios de encuentro, desde los de Cartagena hasta los de Bogotá, el proceso de traducción y de edición de los cuentos, el lanzamiento de los libros, etc. Todo esto ha ayudado para que a lo largo de estos cuatro años podamos decir que se han creado vínculos y unas maneras muy asertivas de construir el encuentro en torno al proceso creativo. Pero un elemento fundamental desde el comienzo fue la decisión que tomamos con la primera cohorte de crear algún tipo de cohesión entre los diferentes cuentos que iban a escribirse. Nos parecía que era necesario que todos tuvieran un elemento común que creara una conversación.

El primer año decidimos hacerles un homenaje a la ciudad de Cartagena, que nos acogía por primera vez, y asimismo al Hay

Festival. Entonces, convinimos que todos los cuentos que escribirían ese año debían suceder en ese fin de semana que estábamos viviendo. Después, los temas serían todos libres. El año siguiente, en la segunda cohorte, tomamos la decisión entre todos de hacer un libro temático y, entonces, el tema que elegimos para unificar los cuentos fue la cobardía. En la tercera cohorte, que no acompañé yo, sino el escritor Roberto Rubiano, eligieron el tema del desarraigo.

Y el cuarto año, este que nos compete, la conversación fue muy interesante. Salieron propuestas de muchos temas y lugares que podían unificar los cuentos, hasta que alguien preguntó: «¿Y por qué no tenemos un personaje que nos unifique a todos? Usemos un personaje que esté en todas las historias». Esa idea nos gustó mucho a todos y fue lo que elegimos. Entonces, empezamos a imaginarnos qué personaje podía ser. Casualmente, todos habíamos visto un mimo el día antes en Cartagena. Lo habíamos visto en momentos distintos, no estábamos todos juntos y, sin embargo, todos lo vimos: un mimo actuando en Cartagena. Así lo elegimos: después descubrimos las implicaciones complejas que traía tener un personaje que atravesara todos los cuentos.

lba a convertirse en un personaje con reglas de novela, es decir, que debía cambiar a lo largo del libro completo y, a la vez, debía ser

un buen personaje en cada cuento por separado. Entonces, lo fueron a buscar. Querían verlo actuar una vez más. Querían observar al mimo con cuidado. Necesitaban ver de qué manera se movía, ver su gestualidad, sus expresiones físicas. Posteriormente, cuando ya no estábamos en Cartagena, fue necesario crear una temporalidad para las historias. Así fue como decidimos que todas las historias debían transcurrir durante el último año de vida del mimo; que era el año 2019 y que la historia de nuestro personaje empezaría en Cartagena en ese momento. Luego se decidió que durante ese año ese personaje iba a morir. Por tanto, había que dividir los cuentos entre los meses del año en cuestión. Cada uno tendría lugar en un sitio diferente, a donde el mimo viajaría huyendo de la vida anterior. Era un hombre en el final de la vida. Un hombre que descubría que tenía un cáncer de pulmón y cuya muerte era inminente. Había tomado la decisión tremenda de abandonar todo: el trabajo, la familia, la pareja, y de empezar un camino distinto. Al comienzo del viaje habría decidido dedicarse a viajar y en Cartagena, volverse mimo. Toda la vida había sido teatrero y había aprendido técnicas de mimo. Y, claro, durante esos días de estadía en Cartagena se encontraría con esa opción para sobrevivir.

Evidentemente, hubo muchas dificultades para construir el personaje. Debíamos saber muchas cosas de ese ser, construir un protagonista que finalmente les sirviera a todas las historias. Un

ser que conociéramos entre todos, incluyendo a los editores y editoras que también ayudaron para perfilar al personaje. Fue un trabajo muy interesante. Tuvimos que respondernos preguntas sobre la vida del mimo. ¿Por qué abandona toda su vida? ¿Por qué deja la familia? ¿Por qué viaja? ¿Qué procesos psíquicos o físicos le produce la enfermedad? ¿Cómo afronta un ser humano el final de la vida? Esas preguntas fueron encontrando las maneras de ser presentadas y narradas por nuestros escritores y escritoras en formación.

Por eso, ustedes, lectores y lectoras, encontrarán aquí cinco cuentos que trataron de darle vida a ese personaje que entre todos construimos. Cinco cuentos que van desde el viaje en el que abandona todo para llegar a Cartagena sin tener mucha conciencia del lugar hacia donde se dirige, el viaje en el que decide convertirse en mimo y luego los diferentes periplos que la vida le va planteando a lo largo del año hasta llegar en diciembre a Bogotá, al fin de sus días.

Serán ustedes, mientras lean estos cuentos, quienes podrán decir si logramos que el mismo personaje, Leandro, sea una presencia potente de cada cuento, un ser que se transforma en las modulaciones particulares de cada historia, como si fuera un personaje de una novela que atraviesa la creación de estos cinco escritores y escritoras en formación.

# ENTRE MIS DEDOS SE CUELA UNA VOZ



**Iván Darío Forero**

Editor

Elipsis inició para mí con una llamada, hecha desde el Departamento de Creación Literaria de la Universidad Central. Me informaron que era uno de los seleccionados para representar a la institución en una prueba del British Council. Debíamos cuadrar con Sebastián quién de los dos iría como escritor y quién como editor. Al ver la sombra de la duda en la cara de Sebastián, le dije: “Hágale, perro, yo voy como editor, no hay lío”. Confío plenamente en las capacidades de escritura de mi amigo; después de todo, los abogados tienen fama de tener buena pluma. También, vale la pena decir, desconfío plenamente de mis virtudes poéticas. Llegó el día de la prueba: una hora, un texto por editar, no se trataba de corrección de estilo... Y yo en un evento del colegio en el que trabajó. Hice lo menos mal que pude los comentarios, siempre con la premisa de que un editor debe buscar el oro de un escrito, ya después era cuestión de limpiar el barro. Parece que funcionó: Cartagena y el Hay esperaban por mí. Aprendí, en medio del proceso, cómo hacerle saber a un escritor que las escenas fueran más claras a partir de imágenes y ritmo en su texto. Todo lo que después se hizo mucho más riguroso frente al cuento de Karina, que al principio tenía buenas intuiciones, pero le faltaba ser más concreto: en conjunto hicimos que fuera posible en más de cinco meses de trabajo.

Los recuerdos del enero pasado son como si fueran de otra persona: las sesiones con Marta Orrantia y su finísimo criterio, que ha tatuado en mi memoria consejos preciosos. Los talleres que les dictó

Alejandra Jaramillo a los escritores, a los cuales yo deseaba asistir y me tocaba sacarles a mis compañeros creadores esa información. Los eventos y contactos con escritores de todas partes del mundo, quienes no se limitaron a darnos charlas sobre sus modos de ver la escritura, sino que nos trataron como si fuéramos amigos de tiempo atrás y hubiesen leído nuestras obras completas. Qué cortos son estos renglones para hablar de la recocha con Kim Thúy o la experiencia con Phillip Sands o de los que ingratamente no nombro. Después fue la FILBo, nosotros diez, con las escarapelas al viento, orgullosos y mofándonos de los otros por exhibir nuestras invitaciones, aunque cada uno lo hacía. Y ¿cómo no? Representábamos distintos barrios y partes de este truculento país: Medellín, Pereira, Tunja, Villavicencio, Bucaramanga, Cali, Bogotá y, por supuesto, la sal Zipaquirá que ahora Egan Bernal me ayuda a regar por todo el mundo. Cada vez que le cuento todo este aguacero a mis conocidos me dicen: “Una oportunidad que no vas a volver a vivir”. Les contesto que no. Este es un gran paso, pero el primero en una larga vida en la escritura y la edición; no siempre será con tanto apoyo, verdad, pero Elipsis es el capítulo inicial de varios que nos la jugamos por las letras.

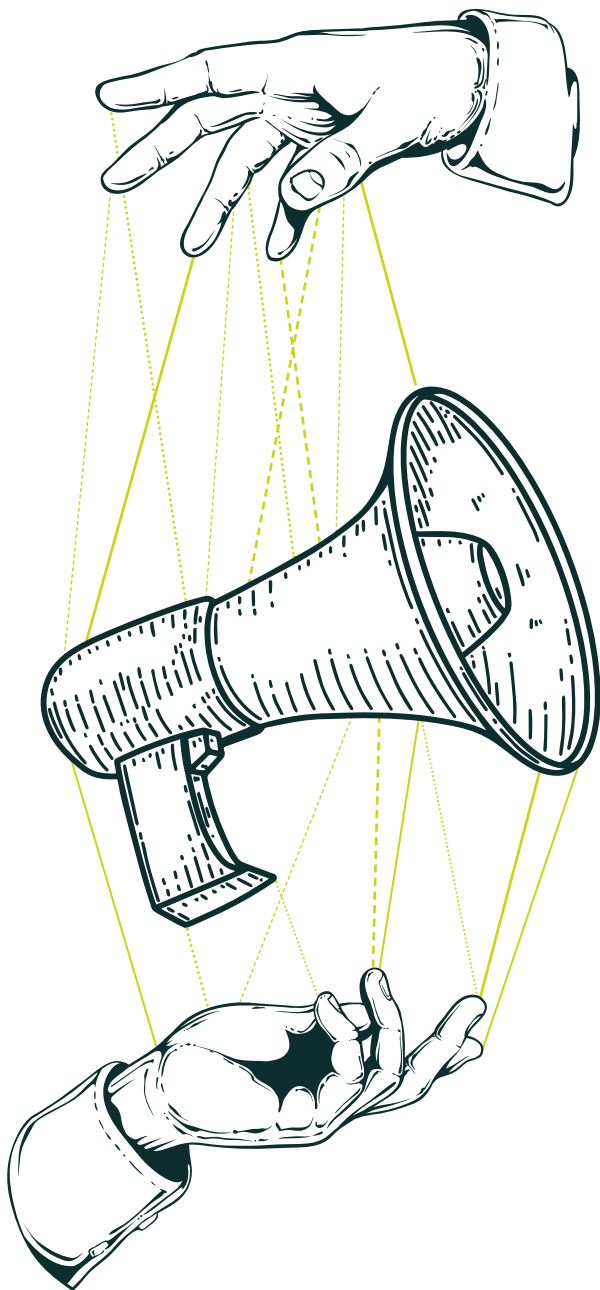
## **Karina Lopera**

### Escritora

Al principio pensé que nadie entendía mi idea, mis personajes ni mi estilo. Cuando empecé a reescribir me di cuenta de que, en realidad, lo habían hecho mejor que yo. Entonces aprendí no sólo a ver las grietas que hacían tambalear el cuento, o las pequeñas oportunidades que me perdía de explorar, sino que también aprendí a borrar. Borrar no sólo palabras u oraciones, sino escenas enteras. Mi proceso en Elipsis fue un ejercicio de desapego: desapegarse de un párrafo que has trabajado por días, de una imagen, de una idea. Cosas que te obsesionan pero que, al final, cuando empiezas a leerte críticamente te das cuenta de que sobran. Es un cuento escrito a dos manos y doce pares de ojos.

# elipsis

2019



# ENTRE MIS DEDOS SE CUELA UNA VOZ



Karina Lopera Uribe



Iván Darío Forero



*Érase una niña que se oía las manos  
y escuchaba el tacto  
y a quien a veces esas manos  
se le echaban a volar.*

— Eduardo Cote Lamus

## ENERO 7

Leandro se mira la cara pintada. A esta hora de la noche, alumbrado sólo por una luz amarillenta encima del lavamanos, no ve más que un rostro blanco en el espejo. Hace pocos días dejó todo: su compañía de teatro, el apartamento, los amigos, el amor. Todo. La vida quedó en otro lado y ahora sólo existe esta cara blanca en el espejo. Leandro toma un sorbo de ron y se mira fijamente a los ojos: “Salud, hombre, por su nueva vida”. Las palabras tropiezan con amargura en la lengua y al pronunciarlas asoma el pasado por los bordes del rostro, escapando a la boca de la oscuridad. El blanco empieza a darle náuseas. Enjuaga una y otra vez una capa de pintura que parece interminable. Se apoya sobre el lavamanos y mira los remolinos de agua manchada bajar por el sifón. Una gota blanca rueda por la barbilla y explota en pedazos dispersos sobre el porcelanato. Rueda otra por el tabique. Tres. Cuatro. Cinco. Todo. Leandro se seca bruscamente con la camiseta, toma la botella y apaga la luz para no encontrarse por error en el espejo. Cruza la habitación y prende un cigarrillo en la ventana. Getsemaní está vacío, y los edificios, apagados. Sobre el escritorio, un libro viejo de Marcel Marceaux recibe las cenizas grises. Todo. ¿Puede alguien abandonarlo todo? Leandro da sorbos a una botella manchada de blanco. Nada pasa. Todo. A lo lejos un vallenato. Todo. Otro cigarrillo. Todo. “Por mi nueva hijueputa vida”.

# MARZO 15

Otra vez María Luisa sueña que es una medusa. No puede verse, pero lo sabe: está envuelta en un entorno espeso y, al moverse, contrae y expande un cuerpo que apenas siente, como si fuera la pura alma desnuda. Se detiene. Espera. Todo se suspende. Le parece estar diluyéndose en el espesor. El tiempo se balancea con ella entre el vaivén de corrientes frías y calientes. Se entumece, atrapada en el estupor del balanceo. Un cosquilleo se despliega, lento, por sus brazos anestesiados, y María Luisa se da cuenta de lo larga que es. Tal vez podría darle la vuelta al mundo. Se lanza a nadar. Con cada impulso que toma siente cómo el tiempo se alarga junto a ella para abrirse paso en medio del azul profundo. No llega a ningún lado. No hay a dónde llegar. Sólo se impulsa hasta que amanece.

María Luisa se esfuerza en dilatar el sueño. Sólo tiene una semana de vacaciones y rehúsa obedecer a su cuerpo que, acostumbrado a madrugar, la despierta siempre a la misma hora, ya que el ruido del mundo nunca pudo. Mamá le había dicho que si bien los oídos le habían nacido apagados, su cuerpo nunca la dejaría pasar por la vida como dormida. María Luisa lo comprobó cuando empezó a despertarse por un crujir de estómago, un calambre, una picazón inexplicable en los pies. Sus amigos del colegio para sordos dormían con el celular bajo la almohada para despertarse con la vibración. Ella no lo necesitaba: algo la levantaba a la hora precisa, como si encendieran un interruptor. Su primera mañana en Cartagena la pasa así, bajo el peso del calor creciente, enroscándose de lado a lado mientras apresa la almohada con las piernas, moviéndose entre un sueño que recuerda vagamente como una hinchazón y la luz cada vez más sofocante, demasiado real, que se va colando por las persianas. María Luisa dilata el sueño hasta que los ojos se abren solos y es imposible fingir que puede dormir más. Vencida por el peso del día, ahora ya no es una medusa sino una avalancha que derrama las sábanas por el borde de la cama y se arrastra perezosa hasta la ducha.



# MARÍA LUISA SE ACOMODA EN EL TOCADOR PARA PEINARSE. TERMINA DE ESCURRIR LAS PUNTAS DEL PELO, HUMEDECE UN POCO DE CREMA POR LOS RIZOS OSCUROS.

María Luisa se acomoda en el tocador para peinarse. Termina de escurrir las puntas del pelo, humedece un poco de crema por los rizos oscuros. Imagina a mamá detrás, una madre más joven, aún de pelo negro, la que la sentaba entre los dos espejos del baño todas las mañanas para enseñarle el arte de las trenzas. La imagina allí reflejada, mirándola a los ojos, repasando lentamente los movimientos para hacer una corona, una diadema, una trenza doble, en cascada, de dragón, cola de pez, invertida, holandesa. Se recuerda sentada, las manos sobre la falda verde del colegio. A veces miraba con atención el espejo de atrás para memorizar los pasos; otras espiaba en el de enfrente una sombra que había empezado a crecerle a mamá bajo los ojos marrones, alargados, que se achicaban cuando reía. Ve sus dedos puntiagudos tejiendo de arriba a abajo, de oreja a oreja, la ve cruzar, amarrar, ajustar, desanudar. La ve recogerle el pelo en una cola, separarla en dos, soltar un mechón al



costado, tejer con los tres pedazos una trenza alrededor de la moña, esconder la punta con una horquilla. La ve sonreír satisfecha. María Luisa sonríe de vuelta y añade a la corona de mamá su propio toque, una hebilla de flor blanca. Siente el estómago crujiir, mira el celular: mediodía. Ha pasado toda la mañana durmiendo. La señora Elsa, una amiga de la familia que aceptó hospedarla, sale temprano a trabajar, así que debe haberse quedado sola. Prepara un desayuno rápido, empaca su cuaderno de dibujo y unos folletos de turismo que sacó del aeropuerto. Decide que hoy hará el circuito de museos en la ciudad amurallada. Antes de salir, verifica que la punta de la trenza siga escondida entre la moña y nota de pronto un leve sombreado que le está naciendo bajo los ojos marrones, alargados, que se achican cuando ríe.

Según el mapa que revisó en su celular, el apartamento de la señora Elsa está ubicado sobre una calle que comunica directamente con la ciudad amurallada, apenas veinte minutos a pie. María Luisa camina con ambas manos agarradas al tirante de la mochila. La calle le parece otra, más pesada, distinta a la que recorrió anoche en el taxi. En la noche la sentía fresca, quieta, liviana. Hoy, con el sol de mediodía, transpira un olor agrio y robusto: a cemento, polvo, cañería seca, fruta caliente, sudor perfumado, cigarrillo y whisky trasnochado. La piel se le crispa cuando el sabor a carne frita de los restaurantes se mezcla con el olor de la basura que empieza a fermentarse en los contenedores de plástico. El amasijo de olores le atasca la garganta. Si no estuviera de viaje se daría prisa, pero quiere demorarse en reconocer su cuadra, suya por pocos días. Una brisa repentina que deja el paso de un taxi desplaza los olores de la calle el tiempo suficiente para que María Luisa alcance a percibir el aroma verde y cremoso de su champú. Respira, aliviando la opresión en el pecho. Se le ocurre que esto debe ser algo similar a escuchar una canción. Gira la cabeza para ver el tramo que ha recorrido y le parece estar entre una de esas sinfónicas que a veces ha visto con curiosidad en videos: el asfalto, la gente, las tiendas, los carritos ambulantes de frutas y fritos, todos dispuestos como

**AL PASAR POR EL  
ARCO DE LA TORRE  
DEL RELOJ UNOS  
HOMBRES VESTIDOS  
DE BLANCO SE  
ACERCAN CON UNOS  
LIBROS DE FOTOS  
Y ELLA NIEGA SIN  
SABER BIEN QUÉ  
LE OFRECEN. SEA  
LO QUE SEA, NO LE  
INTERESA. SÓLO  
QUIERE LLEGAR  
PRONTO AL PRIMER  
MUSEO.**

instrumentos sobre el retablo de un teatro, llenando el aire de presencias que, al esfumarse, te arrojan dentro de ti otra vez. En el colegio le enseñaron que el sonido es una vibración que viaja por el aire. Ese cuerpo intangible, intuye María Luisa, debe ser como un olor que rompe el mundo y atraviesa el centro del estómago.

Al final de la calle reconoce la Torre del Reloj que ha visto en los folletos. Mientras avanza a la ciudad amurallada, María Luisa descubre un poco de mar que se asoma a su izquierda. A pesar del calor, algo frío le sube a la cabeza: hace 14 años, la primera vez que fue al mar, casi se ahoga y juró nunca volver. Le emociona pensar que tiene un nuevo vestido de baño en la maleta, y se pregunta si desde el apartamento de la señora Elsa se escucharán las olas. Mañana, mañana será el día. Al pasar por el arco de la Torre del Reloj unos hombres vestidos de blanco se acercan con unos libros de fotos y ella niega sin saber bien qué le ofrecen. Sea lo que sea, no le interesa. Sólo quiere llegar pronto al primer museo. Quién sabe: a lo mejor también encuentra inspiración para dejar de trabajar como costurera y dedicarse, por fin, a la pintura.

La emoción sólo le alcanza para visitar los primeros tres museos de los diez recomendados por la guía. María Luisa recorre lentamente el de Arte Moderno, se detiene en cada exhibición para leer las cartillas y toma notas en su cuaderno; en el Museo Naval hace bosquejos de las réplicas de barcos y submarinos; el Museo del Oro lo camina de brazos cruzados y sin detenerse, y cuando llega al Museo Histórico decide que ya ha visto todo lo que tenía que ver de museos y se da la vuelta en la entrada. Cansada, cruza al parque de enfrente, se sienta en una banca y suspira. Estira las pantorrillas, gira los tobillos, alarga la espalda. Alcanza a leer en una valla lejana: “Parque Bolívar”, y se pregunta por qué no existe una seña para decir Bolívar si hay tantos lugares que llevan ese nombre. Puede ser una mezcla de soldado y bajito, o soldado y narizón, pues siempre le ha parecido que Bolívar tiene una nariz muy puntuda. Y ya que esos lugares suelen ser parques arbolados, también debe ser una



seña que se haga, más arriba del pecho, una seña alta que dé sombra. La inventa: sombra de soldado, árbol narizón, nariz con sombra.

Una mujer pasa cerca. Es alta, calva, morena y viste una falda larga que, al viento, ondea como una bandera su hermosa tela de manchas rojas y azules. María Luisa la pinta en su cuaderno. El día que regrese a casa coserá una falda así para ella y la usará en agosto, cuando llega el viento y la ciudad entera eleva cometas. Echa un vistazo a sus dibujos previos: montones de bosquejos de faldas, vestidos, pañoletas, camisas holgadas, aladinos. Recuerda exactamente a quién se las ha visto, dónde, cómo se ajustan al movimiento del cuerpo, y mientras baraja las hojas del cuaderno le parece que asiste al desfile más hermoso del planeta. No hizo nunca alguno de los diseños. Pero esta falda la hará, sin duda. La tarde ya termina y María Luisa se levanta para ir a ver el atardecer en el mar. Nota que a un lado de la plaza se acumulan personas en círculo. Se ríen. Ella se acerca. No puede ver nada aunque se empine, así que se abre paso entre el grupo hasta llegar al frente. En medio del círculo un cachorro le ladra a un mimo que, con pies y manos puestos en el suelo, le muestra los dientes.

Desde abajo Leandro mira a la gente reír. No suele imitar animales, pero a veces, si el día está difícil, es la mejor de las posibilidades. Así que, apenas vio a la mujer sentada con su dalmata, Leandro puso manos en el piso y se acercó como si fuera un perro que viene a saludar. Inmediatamente despertó la empatía de la señora y la curiosidad del perro, que lo miraba ladeando la cabeza. Le hizo algunas muecas y el pequeño empezó a ladrar. La mujer lo jaló de la correa. “Ay, señor, no se preocupe, él no es que sea bravo sino un poquito juguetón”. Leandro ladeó también la cabeza, haciéndole notar que era un perro y no entendía sus palabras. Se acercó más y se dejó oler. Para ese momento, los ladridos habían surtido efecto y la gente comenzaba a acumularse alrededor. El perro tomó el viejo sombrero de Leandro y, cuando la señora intentó recuperarlo, rasgó el ala con sus colmillos nuevos. Leandro maldijo en su cabeza y siguió imitando el jugueteo del perro, fingiendo



# DESDE ABAJO LEANDRO MIRA A LA GENTE REÍR. NO SUELE IMITAR ANIMALES, PERO A VECES, SI EL DÍA ESTÁ DIFÍCIL, ES LA MEJOR DE LAS POSIBILIDADES.

ENTRE MIS DEDOS SE CUELA UNA VOZ



Karina Lopera Uribe



23

lamerse las patas y jadeando con la lengua afuera. Escuchaba a todos reírse de él y enternecerse con el dálmata: los tenía listos. Puso el sombrero en el suelo con la boca y dispuso sus manos sobre el pecho como si rogara por un hueso. Y aun así, después de todo este preámbulo, todavía tiene pocas monedas. “Increíble lo que me toca hacer para aflojar a esta gente tan amarrada”, piensa. Leandro decide ser más directo: gatea por el círculo sosteniendo el sombrero con los dientes, sonríe ampliamente y mueve la cola. Una mujer con una hebilla de flor blanca cruza los brazos cuando el mimo le pasa al frente. Leandro frunce su ceño de perro bravo y finge orinarla. Todos estallan en risas y algunos comienzan a sacar sus billeteras. La mujer se va, molesta, y Leandro completa la vuelta hasta que no queda ningún espectador. Por fin se levanta, sacude el polvo de las rodillas, hace una venia a la señora, otra al dálmata y guarda el dinero en su bolsillo.





Aunque se choca con los otros peatones, María Luisa camina mirando el suelo. Sabe que en la calle siempre debe estar atenta, pero está tan avergonzada que sólo puede pensar en la gente riendo. Era culpa del mimo. Pudo haberla ignorado, pero buscó la manera de hacerla parte del espectáculo. No tenía derecho a exponerla frente a todos. El oficio de la costura le daba apenas lo suficiente. Para venir a Cartagena había tenido que ahorrar tres años y aun así tenía el presupuesto estrictamente calculado para viajar cómoda y, por mucho, darse algunos gustos en comida. Además, no había sido la única que no había dado nada. ¿Por qué solo a ella entonces? María Luisa huye con pasos largos entre las calles hacia la muralla, sube por una rampa y camina hasta que encuentra la puerta pequeña de un túnel. Está tan oscuro que no puede ver el final, pero cuando se asoma por el borde de la muralla ve que conecta con una planta baja que se extiende fuera, hacia la carretera. Se recuesta sobre el muro. Observa el mar, la calle, la gente que transita por el primer piso de la muralla. Poco a poco relaja la mandíbula, el cuello, las manos. De pronto ve que el mimo aparece en la planta baja. Camina lento hacia el final del empedrado, apoya codos y estómago sobre el muro, y allí se lava las manos con una botella de agua. Luego moja un pañuelo que saca del bolsillo y se desmaquilla el rostro. María Luisa lo ve de espaldas e intenta recordar sus rasgos, pero sólo se le perfila un rostro blanco en la mente. Entonces lo imagina: un poco de pintura que permanece pegada a los vellos de las sienes, gotas blancas que se escurren por el cuello y quedan atrapadas en una barba incipiente, piel enrojecida por la aspereza del pañuelo. Imagina que también carga un semblante cansado que se acumula en la orilla de los ojos. El hombre descuelga las manos sobre el muro y enciende un cigarrito. María Luisa ya no se siente molesta con él. Parece un hombre agotado y solo. Hasta siente remordimiento por no haberle ayudado: seguro el trabajo de mimo tampoco es fácil, como ser costurera. Entonces saca su cuaderno y dibuja con avidez. Cuando acaba el hombre sigue allí, imperturbable. María Luisa baja corriendo por el túnel hacia el primer piso de la muralla.



La noche suele ser el mejor momento para atraer público, pero hoy Leandro está cansado y decide no trabajar más. La opresión en el pecho ha venido aumentando en los últimos días y debe convenirse cada minuto de que es demasiado pronto para presentar los síntomas. “Leandro, es puro miedo, relájese”, se dice. Sin embargo, hoy la angustia no ha dado tregua y le consume las fuerzas hasta hacerlo desear nunca haber salido de Bogotá. Inhala con avidez largas bocanadas de un cigarrillo. Ya pasaron dos meses y medio y todavía piensa que podría ser un error. El médico le había dicho que era muy poco usual presentar un cáncer de pulmón a su edad. “¿Tiene antecedentes familiares?”. “Sí, señor, mi abuelo, mi padre, creo que un pariente lejano”. “No es común, pero desafortunadamente es un cáncer genético. Tómese unos días para conversarlo con su familia. No descarte la quimioterapia, lo espero la próxima semana para conversar otras opciones. Y deje el tabaco, la comida grasosa y las bebidas alcohólicas”. “Gracias, doctor, muy amable”, y apenas salió del consultorio se acabó dos Pielroja en tres respiros. Tal vez debió pedir una segunda opinión antes de empacar maleta esa misma noche y venirse para Cartagena. Esto tiene que ser un error, piensa. Todavía puede ser un error.

Leandro va a prender otro cigarrillo cuando siente que le tocan el hombro y gira. Una mujer sonríe y le entrega un dibujo: un paisaje del mar, la carretera, la muralla y una persona pequeña parada de espaldas. Leandro reconoce la vista que contemplaba hace un momento e intuye su propia figura en el personaje. Le pregunta si es él; ella asiente. La mujer tiene ojos oscuros y brillantes. Él le agradece el regalo; ella le resta importancia con un gesto. Leandro vuelve a ver el dibujo, lo elogia y le agradece el detalle. Cuando la mira de nuevo, nota que ella ha inclinado un poco la cabeza, entrecierra los ojos y le observa los labios. María Luisa se endereza y señala su oído. Leandro tarda en entender un par de segundos que a ella le parecen eternos, y de pronto cae en cuenta de que en todo este rato ella no ha dejado de fijarse en sus labios. Queda frío. Le pide disculpas, aunque no



# LEANDRO RECREA UNA Y OTRA VEZ EL ENCUENTRO E IMAGINA TODAS LAS FORMAS MEJORES DE HABERLO LLEVADO.

26



elipsis 2019

sabe bien por qué, y le dice lentamente: “Es-tá-lin-do”. A María Luisa le incomoda su pronunciación exagerada y frunce el ceño. Con cuatro dedos se toca el mentón y golpea la palma de la otra mano al bajarlos, una seña de agradecimiento que él recuerda haber visto en una película. Leandro suelta una risa nerviosa, se rasca la cabeza, juguetea con una esquina del papel. María Luisa se despide. La ve caminar rápidamente hacia el túnel y desaparecer.

Leandro recrea una y otra vez el encuentro e imagina todas las formas mejores de haberlo llevado. Anclado al piso de la muralla, se obsesiona con recordar uno a uno los gestos de su cara y se pregunta qué otra cosa podrían significar en lenguaje de señas. ¿Habría dicho algo insultante? Estaba nervioso y movió mucho las manos, aunque ya no sabe qué hizo. ¿Podría haber dicho algo sin saberlo? ¿Algo obsceno? ¿Palabras a medias, apenas letras? ¿Se habrá reído ella de ver tanto balbuceo en sus manos? La mujer evidentemente

leía los labios. ¿Por qué no simplemente le había hablado mirándola de frente? En todo caso, ya no puede disculparse, pues se había ido sin siquiera decirle su nombre. Y, de todas formas, ¿lo habría entendido? El dibujo ya está completamente arrugado en las manos de Leandro, que intenta alisarlo sin éxito. Lo mira con más atención: los trazos son finos, seguros; la muralla tiene la textura de las piedras, y el mar, la de las olas; las sombras semejan la forma de sus objetos; hay detalles casi imperceptibles como cajas en la plataforma de los barcos, los cuadros de su camisa, los picos de las gaviotas. Le parece un buen dibujo, muy bueno, incluso a pesar de las arrugas. Torpe, se dice: años de teatro y puedes llegar a ser la torpeza pura.

Anochece de súbito. Leandro sube el túnel hacia la muralla y camina con las manos apretadas en los bolsillos. Lo tortura pensar que hace unos años esto no le habría pasado. Habría salido del enredo con gracia o, por lo menos, se habría reído de su torpeza y vuelto a empezar como si no fuera gran cosa. Ahora, en cambio, lo paraliza la duda. ¿Desde cuándo pienso tan lento y me dejo tomar ventaja de la vergüenza? ¿Será que esto es parte de...? No, no, no seas güevón que no es cáncer de cerebro. Sólo estoy distraído, demasiados cambios. Intenta desacelerar el ritmo de su cabeza escuchando las olas, pero el miedo vuelve a imponerse. ¿Qué voy a hacer cuando todo empeore? ¿Y si me quedo sin dinero? ¿Cuándo me enfermaré tanto como para no ser capaz de trabajar? Si muero en la habitación de un hostel, ¿cuántos días se van a demorar en encontrarme? Y si me muero en la mitad de la calle, ¿qué van a hacer conmigo? ¿A dónde van a tirar mi cuerpo? Debí avisarle a mi familia, al menos a mamá. Pero anticipa de inmediato las preguntas, la insistencia, el vuelva a casa, hágase la quimio, por qué no volvió a hablarnos, intérnese, que no, que no quiero y el llanto y el remordimiento. Concluye, como tantas veces en el día: es mejor así. Yo no nací para palmaditas en la espalda y ojos de chandoso regañado.

De camino a la casa de doña Alba, Leandro compra una nueva cajetilla, dos paquetes de papas de limón y dos cervezas: ese es todo



el apetito que espera tener esa noche. Al otro lado de la calle hay un café internet. Desde que salió de Bogotá no revisa su correo. Leandro traga saliva. Se impulsa con un suspiro; pide un computador. El hombre del mostrador le señala un cubículo. Se sienta, corazón en mano. Abre el correo. La página se demora. Fija su mirada en el reloj de arena que da vueltas en el cursor: una, dos, tres, cuatro. Ojalá alguien haya escrito. Cinco, seis. No, mejor nada, que no me escriban nada. Siete. Bueno, uno, quizás uno de Lena. No, de Lena no. Ocho. La pantalla despliega la lista de mensajes sin leer; tres de Lena.

Buenas tardes, comunicarse urgente con el doctor...

Oye, qué putas? no seas tan descarado de irte sin...

Estimado cliente, adjunto encontrará el extracto de...

Buenos días, por favor comunicarse para reprogra...

Hola amor, te llamo pero se va a buzón, todo bien?...

Buenos días, por favor confirmar cita con el doct...

Hola amor, te fuiste de vacaciones sin mí? Jaja b...

Siente algo caliente, pegajoso, amargo, creciendo desde el estómago. El último correo de Lena es de hace una semana, lo debe odiar a estas alturas. Cierra la sesión sin abrir ningún mensaje: la decisión está tomada y es mejor así. Leandro se acerca al mostrador intentando tragarse el remordimiento y al sacar la billetera encuentra el dibujo arrugado en el bolsillo. Recuerda a la mujer: ojos grandes, pliegues en las esquinas, dientes pequeños, sonrisa amplia. Cuando era estudiante de teatro hizo escenas con manos, pies, boca y ojos vendados, pero nunca había hecho una sin escuchar. Escenas sin diálogo o sin música, sí: mas siempre un ruido desde el público, una respiración al lado, los latidos del corazón en la cabeza, algo. Leandro apenas puede imaginarlo. Entonces se devuelve al computador, escribe en internet “lengua de señas colombiana” y se pone a buscar.

# MARZO 18

Leandro sueña que planea alto. Las montañas se extienden debajo, al frente las nubes pasan sin dejarse alcanzar. Vuela solo. El viento choca en sus oídos con un golpe seco de tambor. *Si yo pudiera alzar el vuelo como hace el cóndor.* Una voz quejumbrosa se escucha distante. *Me fuera lejos, pero bien lejos, adonde nadie nunca supiera.* De pronto el golpeteo de tambor se convierte en un pitido insoportable y siente que el aire pasa cortando capas de piel. Está cayendo en picada. Leandro se recoge en un abrazo a carne viva y cae gradualmente en un silencio que aturde. Las montañas, las nubes y el pitido le llegan como un eco distante. Piensa que tal vez está muriendo. A su alrededor empiezan a aparecer una mesa, una lámpara, un dibujo arrugado. Leandro se despierta y descubre un canto a través de la puerta, desde el fondo de la cocina, que grita una y otra vez: *Mejor me voy, mejor me voy, como hace el cóndor herido.* La mano en la garganta adolorida por un ataque de tos.

El techo de la habitación está tan agrietado que Leandro teme que con la primera llovizna se le caiga la casa encima. El temor no le quita el sueño; más bien lo sume en una observación cuidadosa de las arrugas de la casa. Leandro pasa buena parte de sus mañanas en Cartagena siguiendo los caminos del techo, armando constelaciones con las manchas de humedad que emblanquecen la pintura azul y escuchando pasos pequeñitos que recorren aprisa el techo. Mientras tanto, fuma con desgana y bebe una lata de cerveza que se calienta en la mesa de noche. De todas formas, trabajar de mimo en las mañanas es inútil: todos corren a cumplir sus cronogramas del día y no tienen tiempo ni paciencia. A veces, si tiene ánimos, apenas termina su cerveza acompaña a Alba a cocinar. Desde el primer día esa mujer ha sido para él un pedacito de bendición. Cuando llegó a Cartagena, Leandro no encontraba ningún cuarto libre en los alrededores del centro histórico. Había caminado toda la tarde hasta que Alba, quien lo había escuchado rogar al administrador de un hostel que lo dejara dormir en el sofá, se acercó a ofrecerle una



habitación. Leandro durmió allí esa noche y, al ver el techo, planeó irse la mañana siguiente, pero fue aplazando su partida hasta que a la semana estaba encariñado con las historias de Alba. Con Marlon, su marido, apenas ha cruzado unas pocas palabras desde que llegó. Parece mucho más viejo que ella y se está quedando sordo de un oído. Pasa todo el día meciéndose en la entrada, viendo a los turistas en silencio. Todos los días Alba se queja con Leandro de que el barrio se ha vuelto tan caro que sus vecinos hacía tiempo habían vendido las casas y ellos se habían quedado solos. Como Marlon ya no trabaja y ella vende fritos y almuerzos por encargo, para seguir pagando su vida allí tienen que arrendar el cuarto, pero con una casa tan vieja en medio de hostales tan modernos resulta cada vez más difícil. Leandro siempre le insiste: “Doña Alba, por este lugar un extranjero le daría un platal, ¿por qué no venden y se van a un lugar más tranquilo?”. Pero Alba, seria y sin dejar de cocinar, le dice: “Cachaco, uno se muere mejor donde fue feliz”. Entonces le cuenta alguna nueva historia sobre la casa, que Leandro asocia a una grieta o mancha del techo. Incluso Marlon, que jamás parece quitar la vista de la calle, gira discretamente la silla para escuchar por su oído bueno las historias de Alba, que eleva la voz cuando lo nota, y ambos sonríen al recuerdo.

El estómago de Leandro por fin protesta y lo levanta de la cama. El agua de la ducha es tan helada que el hambre se distrae por el frío que destiempla la columna, pero al menos le quita el calor. Todavía se estremece al recordar un día que, al preguntar si había agua caliente, entre risas Alba le respondió “Eche, cachaco, anímese que el agua helada previene el cáncer”. Dos semanas bajo el chorro helado casi logran convencerlo de que, si alguna célula maligna no se le moría adentro con semejante choque térmico, al menos los pulmones congelados durarían un poco más y resistirían al avance del cáncer. Lena se volvería loca si lo escuchara decir algo así. En todo caso, piensa, un poco de humor sobre la enfermedad le viene bien: aligera la carga. Leandro sale del cuarto y Alba le sirve un tinto, mientras tararea un vallenato que suena en la radio. Marlon se mece en la puerta. Leandro lo mira allí silencioso. Es un hombre grande, pesado, el cuello

**CON MARLON, SU  
MARIDO, APENAS  
HA CRUZADO UNAS  
POCAS PALABRAS  
DESDE QUE LLEGÓ.  
PARECE MUCHO  
MÁS VIEJO QUE  
ELLA Y SE ESTÁ  
QUEDANDO SORDO  
DE UN OÍDO. PASA  
TODO EL DÍA  
MECIÉNDOSE EN LA  
ENTRADA, VIENDO  
A LOS TURISTAS EN  
SILENCIO.**



ancho y las mejillas caídas. Habla poco, con una voz ronca y potente, imperativa. Entonces recuerda a la mujer sorda. Leandro se acerca a Alba, que despluma una gallina en la cocina, y le pregunta cómo es vivir con alguien que se está quedando sordo. “Cachaco, uno encuentra la manera de entenderse”. “¿Cómo?”. “No sé, le hablo durito, señalo las cosas”. Leandro se queda pensativo. “¿Y si nunca hubiera escuchado nada, cómo cree que haría?”. Alba descuartiza la gallina y la mete en el caldo hirviente. “No sé, cachaco, usted hace preguntas muy difíciles”. Leandro ríe y se sienta en el comedor a rallar coco.

## MARZO 19

María Luisa abandonó la guía turística para dedicarse a la playa. Pasa la mayor parte del tiempo dibujando, tomando el sol, leyendo o durmiendo a ratos sobre una toalla en la arena. Cada tanto se levanta para quedarse de pie frente al mar, el agua hasta los tobillos, el sol tostándole los hombros. Cerca, unos niños juegan a saltar las olas. La primera vez que vio el mar tenía esa misma edad, cuando fue a Coveñas de vacaciones. Le advirtieron que tenía prohibido nadar sola, pero María Luisa se dio cuenta de que todos los demás niños se metían sin acompañantes al agua. Ante sus reclamos, mamá le respondió que la mareta en esa época era peligrosa y, si algo llegara a pasar, quizá ella no podría gritar por ayuda. María Luisa, furiosa, se acostó a dormir sin despedirse. Era puro capricho de mamá: el mar tenía que ser como una piscina muy grande y ella era la mejor para nadar en perrito. Al otro día se escapó a la playa antes de la hora de almuerzo. Del mar le gustó sentir el agua cálida en el pecho y fría en los pies. Pero la corriente la fue llevando hacia fuera y, cuando no pudo nadar a la orilla y las piernas empezaron a cansarse, se dio cuenta de que no tendría fuerzas para volver. Entonces le arrancó un grito a la garganta que hizo vibrar todas las venas de su cuerpo. Aun así, nadie parecía escucharla. Pedía ayuda con las pocas palabras que había aprendido a modular,



pero el miedo le hacía tropezar las letras en la boca. María Luisa empezó a temer que no tuviera voz. Siguió intentado sacarla a gritos sin darse cuenta de que alguien nadaba aprisa hasta ella y que mamá sollozaba en la orilla. Lo demás pasó muy rápido: cuando la envolvieron en una toalla seguía gritando y, aún en medio de las lágrimas, se dio cuenta de que los otros niños, escondidos detrás de las piernas de sus madres, la veían espantados. Debía tener la voz más horrible del mundo. Esa noche, temblando de frío por los rizos todavía húmedos que mojaban la almohada, juró que jamás volvería al mar. María Luisa hunde los pies en la arena y se moja las manos. Mañana, mañana seguro.

Leandro sale a trabajar con la sensación de que, en la noche, mientras todos dormían desprevenidos, alguien le subió el volumen al mundo. Aturdido, se para en el umbral de la Torre del Reloj y salta de ruido en ruido, del más lejano al más cercano, hasta que se funden las distancias. Fragmentos de voces desfilan en todas las direcciones, brotan carcajadas de lugares indefinidos, al menos tres canciones distintas llenan todos los rincones de la plaza. Por momentos un suspiro de brisa le acaricia las orejas. Sobre el empedrado las carrozas avanzan con ruedas maltrechas y los caballos dejan a su paso un eco metálico. Alguien grita un nombre, las llantas chapotean en el agua, en las esquinas anuncian precios y comidas. Leandro se tapa los oídos, pero el mundo no desaparece, y aunque apriete con más fuerza, en vez del silencio encuentra una capa extraña que presiona en la cabeza y va tomando la forma de un pitido. A veces una mujer le llama la atención y la sigue con la mirada. Camina distraído, aturdido, girando su reloj de pulsera, el maquillaje derritiéndose por el cuello.

En el parque Fernández de Madrid, Leandro reconoce a la mujer sorda sentada en una mesa al aire libre. Tiene el cabello recogido en una trenza que camina por la nuca hasta el pecho. El vestido azul, holgado, más abajo de las rodillas, deja a la vista hombros pequeños y tobillos delgados. Arquea levemente la espalda hacia la mesa, una



# DE PRONTO, UN MIMO APARECE POR DETRÁS DEL CONJUNTO Y BUSCA SU MIRADA.

34



elipsis 2019

mano recibe el peso de la mejilla y la otra lleva una cerveza medio vacía a los labios finos, serios. Observa atentamente un conjunto vallenato que dos mesas más adelante canta un clásico de Escalona. Leandro se ajusta el sombrero, respira profundo, y se acerca.

Luego de la playa, María Luisa almuerza en el centro histórico. Encuentra un lugar fresco bajo los árboles y allí reposa la comida con una cerveza. Un grupo de músicos se acerca a una pareja que toma media botella de ron a pocas mesas de distancia. Siempre le ha gustado ver la música. Con sus amigas del colegio para sordos solía buscar videos de conciertos y, con el tiempo, empezó a notar que la música cambiaba el cuerpo de la gente: había canciones que entraban por los dedos, otras por la cadera o la cabeza, había unas que aquietaban y otras que elevaban los pies, unas que mudaban los gestos en tristeza o en sensualidad. A veces los niños del otro colegio al que asistía, un colegio para oyentes, le decían que nunca podría sentir el poder de la música: ¿cómo si no sabía lo que es un sonido? Entonces ella empezaba a señalar con gestos extravagantes, rápidos y bruscos, mudaba el rostro, abría los ojos y arrugaba la nariz, hasta que le pedían que se calmara. Con una sonrisa triunfal ella señalaba despacio: sí, hasta yo sé cómo suena un grito.



María Luisa mira el vaivén del acordeón. Apoyado sobre el pecho parece un pulmón que se hincha con el aire. Imagina que la voz del acordeón se siente en el cuerpo como un oleaje y levanta uno a uno los vellos de los brazos mientras recorre la piel. De pronto, un mimo aparece por detrás del conjunto y busca su mirada. María Luisa reconoce al hombre de hace unos días. Espera. Él se hace al lado de la guacharaca y comienza a imitar a los músicos, uno a uno, dirigiéndose a ella. Lo ve transformarse: se empuja para alcanzar la altura del joven de la guacharaca, luego se sienta y da golpes a su caja de aire, encorva los hombros para simular los músculos del acordeonista, infla y desinfla las mejillas al tiempo que toca su acordeón y, finalmente, muda toda su cara para imitar el gesto arrugado del cantante. Ella ríe, entretenida. Terminada la presentación, el mimo da la venia en dirección a María Luisa y camina directo a su mesa. La saluda en señas. Ella titubea y le devuelve el saludo. Leandro se presenta y deletrea su nombre. Sorprendida, le deletrea el suyo. Leandro le mira las manos, pero se pierde en el camino. No recuerda todas las letras que aprendió en el café, pero sí recuerda muy bien cómo decir: “Más lento, por favor”. María Luisa ríe, divertida por su lentitud para señar. Entonces deletrea lentamente su nombre con manos y boca. Tras una pausa, Leandro levanta los hombros y ella entiende que eso es todo lo que sabe. Le pide que espere. Deja dinero sobre la mesa y se levanta. María Luisa sabe que hay algunas señas que cualquier oyente podría entender: se señala, luego a él, y camina con dos dedos sobre la palma izquierda. Leandro asiente.

Al principio siente pesado el silencio, no porque le incomodara en sí mismo, sino porque le parece extraño no poder escogerlo. A veces espía a María Luisa por el rabillo del ojo en busca de una prueba de incomodidad, pero la encuentra invariablemente tranquila y seria. Quisiera saber qué está pensando, preguntarle algo sobre su vida, pero teme no poder entenderle. Se siente en desventaja: al menos ella puede leerle los labios. Leandro intenta relajarse y se deja llevar hasta la muralla. El calor disminuye y la brisa hace temblar el ala de su sombrero. Toca a María Luisa en el hombro y le pregunta



cuál es la seña para nombrar al viento. Ella le muestra: mientras expulsa un hilo de aire por la boca, las dos palmas enfrentadas se mueven hacia los lados y el cuerpo se balancea. Leandro imita la seña, pero la expande más y más hasta dejar sus manos ondeando desordenadas por el aire. María Luisa quisiera contarle sobre la mujer con la falda larga que vio ayer, y también que en agosto le gusta elevar cometas en el Cerro del Volador, pero no puede señarlo ni modularlo con facilidad. Se le ocurre algo más sencillo de intuir: le pregunta en señas, lentamente, cómo suena el viento. Leandro para de caminar y la mira. Tiene una sonrisa sutil, como si le tendiera una prueba. De su mochila sobresale un cuaderno, y él recuerda entonces el dibujo. Se le ocurre una idea. Le pide el cuaderno y algo para escribir, lo abre en una hoja limpia, pone el lápiz en la mano de María Luisa y le indica que mire la hoja. Ella deja llevar su mano por él a través del papel. Leandro dibuja líneas circulares por toda la hoja, sin detenerse, cambiando la velocidad, y le sopla levemente la cara. María Luisa cierra los ojos e imagina que su lápiz viaja por el mundo dibujando olas en el mar y faldas que bailan, y que en sus dibujos habita el viento que mueve sus trazos.

La tarde no ha terminado de caer, así que Leandro decide irse a trabajar un rato más. Se despide con su venia habitual. María Luisa le desea buena noche y lo ve partir. Hay algo que le agrada de Leandro. No puede hablar con él como quisiera, pero no se siente incómoda como suele ocurrirle al lado de otros oyentes. Pasó la tarde enseñándole señas, divertida por su interés y humor, pero no supo nada de él. Corre detrás y le toca el hombro. Sabe que esto no lo entendería si lo dijera en señas, así que intenta hacer gestos más intuitivos: lo señala a él, a ella, dibuja una torre alta con los dedos, imita las manecillas en movimiento de un reloj, hace el número cuatro y le señala su reloj de pulsera. Leandro la mira y se demora en responder. María Luisa aguanta la respiración: no sabe si tarda porque no entendió o porque duda. Por fin, acepta la invitación. Ambos toman lados contrarios de la muralla. En la madrugada Leandro sueña que las manos de María Luisa desaparecen en el aire y le acarician el rostro.

# MARZO 20

María Luisa está acostada sobre la arena. La marea le refresca las puntas de los pies. Son casi las tres de la tarde, así que se amarra el pelo seco en una cola, se viste y pone la toalla alrededor del cuello. Mientras camina de regreso al apartamento piensa en Leandro. Algunos oyentes suelen agobiarse cuando pasan mucho tiempo cerca de ella; dicen que es por el silencio. Cuando era niña, María Luisa no entendía qué era el silencio. Parecía ser algo que cargaba consigo donde fuera, una carga que pesaba a todos menos a ella, y que provocaba que otros niños no la invitaran a jugar. Todavía le parece que es una cosa extraña: parece ser un momento en el que las cosas se apagan y quedan inertes, incomunicadas del mundo. Le han dicho que ella vive en el silencio, pero no puede imaginarse en algo así. En cada lugar donde le dicen que éste se posa, ella ve algo que habla. Incluso en la noche, sola, habla consigo y llena el cuarto de presencias. Quizá se trata más bien de un instante de espera en el que el mundo se revela, como cuando ella se queda quieta en una banca y mira la gente. Tal vez, incluso, podría tocarlo: debe ser algo tan ligero como el cambio de una seña a otra, y tan efímero como el instante en el que se capta la sincronía de una mano y el rostro. Quién sabe si Leandro entiende esto, pero no importa. Al menos parece entender que existe algo más que sólo la voz para hablarse. Eso siempre le resulta agradable. María Luisa entra a la ducha con este pensamiento y, mientras se enjuaga la arena de los rizos, imagina que nada en el mar y saborea la sal que le baja por la cara.

Cuando llega a la Torre del Reloj, Leandro ya está allí esperándola bajo la sombra del arco. Le extraña verlo así, sin maquillaje ni sombrero, en jeans y camiseta. Hoy la brisa sopla con más fuerza y María Luisa se ha recogido el pelo en una cola de caballo que ondea en el viento junto a su vestido morado de boleros. Leandro la ve caminar hacia él y le recuerda a la seña del viento. Le seña las buenas tardes y ella le imita su venia. Leandro ríe y le abre paso con un

gesto ceremonial. Esta vez Leandro se deja guiar sin afán por calles, acompasándose a su ritmo. Caminan uno al lado del otro, paran en las casas adornadas con buganvillas en la entrada, miran los pica-  
portes antiguos con formas de animales, intentan tocar los gatos que se asoman por las rejas de las ventanas. Se detienen en una heladería y Leandro pide una prueba de todos los catorce sabores, luego salen sin comprar ninguno ante los ojos exasperados de la chica tras el mostrador. Leandro escucha por primera vez la risotada de María Luisa mientras salen de la heladería y siente un escalofrío. Es como una voz estriada que sale sin contenerse, desafinada. Algunas personas en la calle se quedan mirándola, ella parece no darse cuenta, o no importarle. Cuando llegan al Adolfo Mejía, María Luisa le señala la muralla y sale a correr para ver cómo se oculta el sol. Leandro la ve subir las escaleras y sentarse en el muro. Se demora en seguirla. Algo en esa risa se le ha quedado adherido, algo que hasta entonces ignoraba y se asomaba de pronto.

La noche les cae mientras están sentados. Leandro escucha un hombre que pasa por la calle tocando guitarra y se voltea a mirarlo. María Luisa sigue su mirada hasta el músico. Imagina que la voz de Leandro debe ser como la piel de su rostro, una voz oscura y curtida por el viento, pero que aun así acaricia como un paño. Lo toca en el hombro y le seña que ella sabe cómo suena la guitarra. Leandro la mira extrañado. María Luisa se desata la cola de cabello, trae su pelo completo al pecho y cierra los ojos. Poco a poco recoge su rostro en una mueca quejumbrosa, y con ambas manos divide el pelo en cinco mechones que sujeta entre los dedos. María Luisa empieza a tejer ágilmente una trenza. Balancea su cuerpo, sopla un hilito de aire por la boca. A Leandro le recuerda la primera vez que escuchó un arpa en vivo: tuvo que ser hace casi dos años, en un restaurante en el centro de Bogotá. La arpista que tocó esa noche también llevaba el pelo suelto, muy largo, a un costado de su pecho, y silbaba una hermosa melodía mientras tocaba. Esa noche la música lo había estremecido hasta los huesos. Todavía puede recordar partes del concierto y siente vértigo. Es curioso, piensa, que



# MARÍA LUISA NOTA QUE LEANDRO NO PARA DE DAR VUELTAS A LA CORREA DE SU RELOJ Y TEME QUE YA SE ESTÉ ABURRIENDO. DECIDE INVITARLO A BAILAR.

hubiera olvidado ese concierto: fue una de las primeras citas que tuvo con Lena. María Luisa termina su función y descubre a Leandro sonriendo; le imita la venia. Leandro le agradece e inmediatamente le quita la mirada. El recuerdo de Lena le dejó un burbujeo amargo en el estómago. De repente se siente terriblemente incómodo. María Luisa nota que Leandro no para de dar vueltas a la correa de su reloj y teme que ya se esté aburriendo. Decide invitarlo a bailar. A Leandro la invitación lo toma desprevenido. La ve allí, esperando, con los ojos brillantes y sonriendo, y sin pensarlo mucho más acepta. Leandro la ve bajar las escaleras aprisa y afanarle con la mano cuando se voltea y lo encuentra todavía sentado. Él respira hondo y la vuelve a seguir.





**AL FONDO, CERCA  
DEL BAR, MARÍA  
LUISA AGITA SU  
MANO EN EL AIRE.  
ESTÁ SENTADA  
EN UNA MESA  
CIRCULAR, ALTA,  
AL LADO DE  
DOS PARLANTES  
ENORMES.**

**LEANDRO SE ABRE  
PASO ENTRE LA  
GENTE Y SE SIENTA  
CON ELLA EN LA  
MESA. PIDE DOS  
CERVEZAS.**

Leandro señala a su paso todos los lugares que tienen música, pero luego de que María Luisa da una rápida mirada al interior, le pide continuar. Como ella no se esfuerza en hacerle saber lo que está buscando, simplemente camina sin prisa y espera. Cuando empiezan a quedarse sin opciones, Leandro la guía a Getsemaní. La noche está fresca y el barrio rebosa de gente. Al pasar por la casa, Leandro ve a Alba y Marlon sentados en la acera. Intenta pasar desapercibido, pero ya es muy tarde: Alba grita su nombre y tiene que devolver un saludo rápido y sin detenerse. María Luisa lo mira. “Bien”, piensa Leandro, “esto es lo que te ganas por distraído”. Le indica secamente que es allí donde duerme y mira a otro lado para evitar más preguntas. Se arrepiente de haber tomado esa ruta. Al final de la cuadra María Luisa alcanza a leer una pizarra que anuncia un toque de salsa en vivo. Le señala alegre a Leandro, que la deja correr hasta el local. No se apresura en seguirla. Como se demora en salir, asume que por fin ha encontrado el lugar que buscaba. Entra tras ella.

El lugar es más grande de lo que Leandro imaginaba: al menos quince mesas rodean una amplia pista de baile que rodea a su vez una tarima llena de instrumentos, micrófonos y amplificadores. Del techo cuelgan banderas de Cuba y Puerto Rico; las paredes están tapizadas de afiches y fotografías viejas; todo está suavemente iluminado por una mezcla de luces amarillas, naranjas y rojas. Al fondo, cerca del bar, María Luisa agita su mano en el aire. Está sentada en una mesa circular, alta, al lado de dos parlantes enormes. Leandro se abre paso entre la gente y se sienta con ella en la mesa. Pide dos cervezas. Los músicos comienzan a acomodarse en la tarima. El cantante anuncia la primera canción y su voz suena tan fuerte en el parlante que Leandro pega un brinco asustado. María Luisa, que está más cerca, no se ha movido un ápice. El parlante estalla con un redoble de bongó, el son inunda con fuerza el lugar y, muy pronto, la gente empieza a luchar por los pocos espacios vacíos para bailar. Leandro se recuesta un poco sobre la pared y mira a María Luisa, que tiene una mano



puesta en el parlante y se mueve con la percusión. Leandro se sorprende viendo que sigue el ritmo con puntualidad. Esto era, entonces, lo que estaba buscando: la vibración debía ser lo suficientemente potente para poder sentir, si no escuchar, la música en su cuerpo. Leandro se entretiene viendo su alegría. A medida que la noche pasa, sin embargo, la trompeta empieza a transformarse en un grito y la campana en un pellizco en los tímpanos de Leandro, que no puede dejar de lado la sensación de que algo en su cabeza está a punto de explotar. María Luisa, en cambio, se ha parado para estar más cerca del parlante y baila con los ojos cerrados, moviéndose a sus anchas. Las ventanas del bar se empañan y todos empiezan a sudar sus camisas. María Luisa se voltea un momento para sacarlo a bailar, pero ve que Leandro se rasca los oídos con los nudillos. Siente vergüenza con él. Lo mira sonriente y le señala la salida. Él asiente intentando ocultar su incomodidad, como si no fuera gran cosa. Leandro da a la mesera un billete sin esperar las vueltas y sale del local. A la salida, una corriente de aire frío le eriza la piel. Mira a María Luisa, que sale detrás, sonriendo, estremeciéndose por el frío, como si no existiera otra diferencia que la temperatura.

A pesar del terrible dolor de cabeza, Leandro se ofrece a acompañarla a su casa. María Luisa le muestra las indicaciones que tiene anotadas en su cuaderno, a pocas cuadras de la casa de Alba. Caminan uno al lado del otro, sin decirse nada; el viento va con ellos, frío, a través de las calles. María Luisa reconoce su cuadra y le señala el edificio a Leandro. Cuando llegan a su puerta, le agradece y le seña las buenas noches. Lo mira atentamente, como el primer día en que le entregó el dibujo. María Luisa le da un abrazo largo. Cuando se aparta, Leandro cree sentir que sus labios le rozan la mejilla. Rápidamente, él se despide con su venia y regresa por la calle. Leandro camina con prisa, sin poder diferenciar si el ruido en sus oídos sigue siendo la música del bar o si es ese algo que se le quedó adherido de la risa de María Luisa, y que regresa ahora como un eco.

# MARZO 21

Leandro ha dormido poco y el dolor de cabeza aumenta con el insomnio. Apenas escucha a Alba en la cocina se levanta y le pide una aspirina. “Está pálido, cachaco, ¿se me está enfermando?”. “Sólo un pequeño dolor de cabeza, doña Alba”. Regresa a la habitación con un vaso de agua y se acuesta a esperar. María Luisa le ronda por la cabeza. ¿Será que quería besarlo? ¿Se habrá quedado allí en la puerta luego de que él huyó? ¿Qué va a hacer ahora? Tendría que evitarla, así tuviera que quedarse en casa sin trabajar unos días más hasta que se fuera. Con suerte, ella no se acordaría dónde vivía. O no tendría el interés de venir a buscarlo. “Sí, yo y mis videos, seguro no fue nada”. Leandro logra dormir un poco más hasta que lo despiertan unos golpes en la puerta. “Cachaco, lo buscan”. Leandro se pone helado. “¿Quién, doña Alba?”. “La mujer de ayer, la caribonita de pelo largo”. “Alba, dígame que estoy muy enfermo”. “Eche, no sea así con la pobre muchachita”. “Albita, mire que no me siento bien, hágame el favor, ¿sí?”. Alba resopla y lo recrimina con la mirada. “Como diga, cachaco”, le dice mientras cierra la puerta. A los pocos minutos, Alba vuelve a tocarle la puerta. Le entrega un dibujo: aparece él refunfuñando de brazos cruzados al lado de María Luisa bailando, y al fondo una tarima con una banda de salsa. “Nadie puede huir toda la vida, cachaquito, créame, se lo digo como a un hijo”. Leandro siente un escalofrío. “Sí, doña Alba, tiene razón”. “Usted está pero flaco, venga a la mesa que ya serví el desayuno”. “Gracias, Albita, usted siempre cuidándome”.

Leandro se queda un rato mirándose al espejo. Le cuesta trabajo saber si siempre había tenido la piel tan curtida y los pómulos tan salidos. Recorre el pecho desnudo en el espejo. Todo parece en orden: ¿por qué, entonces, se siente de súbito tan viejo? Examina el perfil, se endereza. Tal vez sí está más pálido. Definitivamente un poco más flaco que cuando llegó. La última semana había empezado a perder el apetito. Nada grave, sólo un desgano que podría



**TIENE QUE SALIR  
ANTES DE QUE  
SEA PEOR: ANTES  
DE QUE VUELVA  
MARÍA LUISA,  
ANTES DE TENER  
QUE CONTARLE POR  
QUÉ SE VA, ANTES  
DE QUE ALBA SE  
DÉ CUENTA DE QUE  
ALGO NO ESTÁ  
BIEN CON ÉL.**



ser una simple gripa o un cansancio general. Sólo podría saberlo con el tiempo. Algo se le enfría por dentro: tres meses. Tres meses desde el diagnóstico. El tiempo le cae encima del pecho y le provoca un ataque de tos. Tres meses y ya empieza a notarse. Tiene

que salir antes de que sea peor: antes de que vuelva María Luisa, antes de tener que contarle por qué se va, antes de que Alba se dé cuenta de que algo no está bien con él. Leandro se pone la camiseta, empaca rápido sus cosas, tiende la cama, organiza el nochera. Los dibujos de María Luisa siguen allí, arrugados; titubea. No sabe para qué, pero finalmente los guarda dentro de un libro. Sale con su morral al hombro y se despide de Alba. “¿Ya se va?”. Leandro asiente. Saca la billetera y le paga lo que le debe de la habitación. Alba lo despide con un abrazo fuerte y prolongado. “Cachaquito, espero que encuentre puerto, coma bien”. Leandro contiene las ganas de llorar. Sí, es mejor así.

María Luisa pasó tarde en la mañana para ver cómo seguía Leandro y se encontró con la noticia de que había partido. Una ola fría le hizo temblar el estómago. Qué extraño que se hubiera ido sin despedirse. Siguió su camino hasta la playa. Cuando llega, pone sus cosas en la arena y se sienta a mirar las gaviotas. El día está soleado, cálido, y la brisa sopla delicadamente. María Luisa se tumba en la arena, cierra los ojos y respira profundo. Recuerda a Leandro volcado sobre la muralla, los brazos colgados. Ahora puede ponerle un rostro y lo imagina pensativo, la mirada lejana. A veces le daba la impresión de que luchaba, pero nunca supo muy bien contra qué. Tal vez contra otra corriente que lo empujaba lejos, mar adentro, en un grito ahogado. María Luisa se levanta y camina hasta el agua. Está fría y turbia. Entra un poco más, hasta las rodillas. Se pregunta quiénes serán hoy los niños que hace tantos años la miraban espantados. Podrían haberse cruzado alguna vez en la calle sin reconocerse. Hoy sólo están ella y las gaviotas, que la sobrevuelan indiferentes. Camina hasta que el agua le toca el pecho. Piensa que tal vez podría darle la vuelta al mundo. María Luisa sumerge la cabeza y abre los ojos: alrededor sólo ve los granitos de sal y arena que brillan con el sol y su pelo, su pelo que se mueve suspendido en el agua quieta de la mañana, como si fueran tentáculos.

# ENERGÍA DESPERDICIADA



**Josué Cabrera**

Editor

El trabajo conjunto con Germán, en el marco del programa Elipsis, fue un reto personal. Una de las cosas que más me interesaron en las clases con Marta fue la recomendación de entender la “propuesta literaria” del autor que nos había sido asignado. Con esto en mente, me acerqué al cuento de Germán con una mente abierta, no queriendo hacer todo como a mí me parecía mejor, sino como funcionaba mejor para el texto. A lo largo del proceso compartimos algunas impresiones con Germán y pude ver que, a pesar de nuestras diferencias, había puntos en común alrededor de los cuales podíamos entendernos y buscar mejoras para el texto. Elipsis fue, en últimas, un proceso del cual me llevo una importante lección de trabajo en equipo.

## **Germán Augusto Valencia**

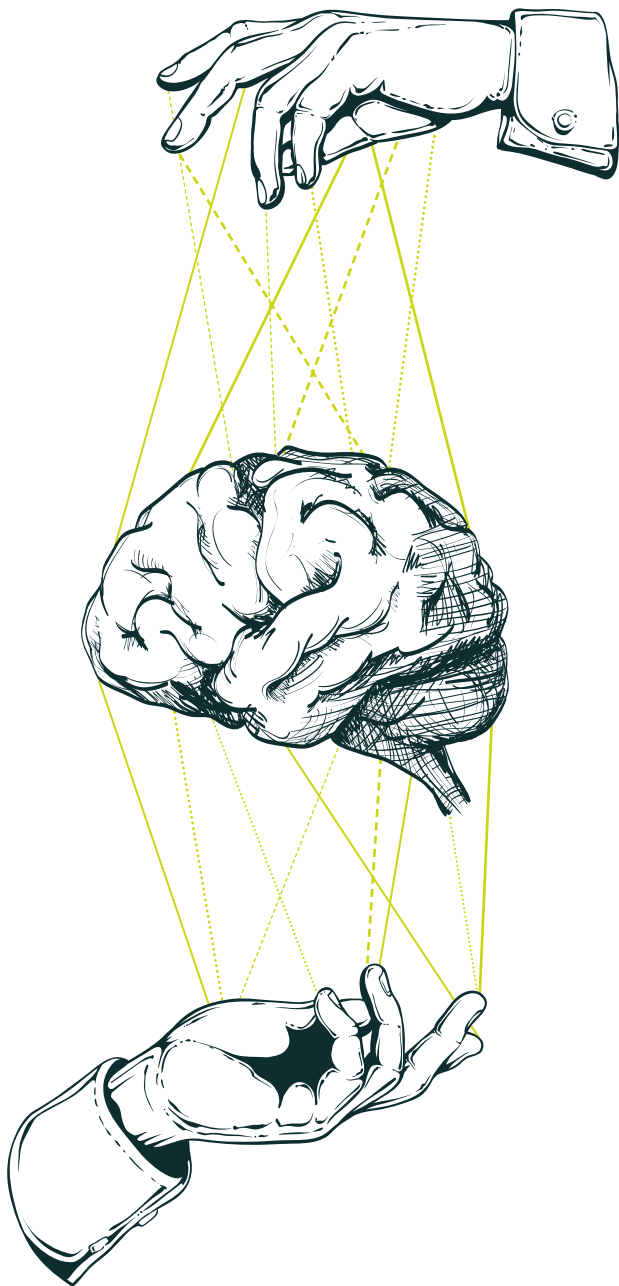
Escritor

El tiempo de aprendizaje pasado en el programa Elipsis es un tesoro para la memoria y el corazón. Los instantes de concentración con nuestras profesoras, la interacción con los escritores y el duro trabajo de escritura y edición en el que libres, mas no solos, pudimos hacernos una imagen de nuestro futuro, tal vez el propio relato de nuestras vidas, no dejó ni ha dejado de parecerme un sueño. Yo aprendí la belleza de la dificultad y la importancia de contar historias para dotar de alma aquello de lo que se relata, pues todo lo que tiene alma es relevante y por eso mismo irremplazable. El mundo merece más historias.



# elipsis

2019



**ENERGÍA  
ENERGÍA  
DESDEBIDICADA  
DESPERDICIADA**



Germán Augusto  
Valencia Pérez



# Josué Cabrera



El mundo estallará en pedazos. No sabemos cuándo, pero estallará. Tal vez ya estalló una única vez al inicio del tiempo. Tal vez somos fragmentos que continúan volando en todas las direcciones posibles, precipitados hacia el exterior vacío, chocando entre nosotros en la entropía generada por la patada cósmica con la que nos empujó algún dios ocioso que se aburría eternamente sentado sobre su sinsentido. Yo aún sigo cayendo y dudo que alguna mano providencial vaya a atajarme, porque no hay nada afuera realmente. El afuera no es más que movimiento insulso, un ir repetitivo y asintótico, ¿y lo de adentro? Tan sólo un sueño.

Hacía mucho tiempo que no me fijaba en el rompimiento de gloria que produce la luz al entrar por la ventana entreabierta con sus motas de polvo danzando. El polvo es lo que queda después de una explosión cuando las solemnes partículas ejecutan su movimiento browniano tocadas por los rayos del sol, la danza cenital de las chispas polvorientas que somos todos nosotros. Hoy lo haré, hoy reventaré la plaza, hoy la ciudad podrá salir perezosamente de su sueño para ver el bailoteo del polvo.

Cuando dejé la universidad sentí la misma tranquilidad, la grata sensación de haberse decidido no puede ser superada sino por la grata sensación de no tener que decidir nada. No me duché, quise salir temprano a recorrer el centro que, sabía, iba a arder como una fogata de holocausto unas horas después. Había decidido detonar la bomba a las tres. Me hacía gracia la idea de empezar a contar, no regresivamente como se suele hacer, sino progresivamente y desde las 2:57, uno, dos, ¡tres, las tres! y ¡pum! Todo volvería a comenzar como un relato mítico, trinitario, como la naturaleza divina del Dios cristiano, como Trimurti, las tres formas divinas del panteón hindú, una unidad múltiple: creación, conservación y destrucción. El cuento de los cuentos... bajé las escaleras y me dirigí a la recepción con mi dolor habitual. Allí estaba el conserje, el hace-todo y el hace-nada del hotel, recepcionista, vigilante, aseo, plomero, electricista y, sobre todo, esto sí por convicción, uno de los más grandes perezosos que he visto en mi vida. Con un genio de mierda de esos que

te reciben con un «buen día» desfigurado entre los dientes y de los que cuando les pides un favor siempre dicen que «sí» moviendo la cabeza de arriba abajo y luego no hacen nada y si les reclamas se enojan con indignación, como si los hubieras insultado.

—¡Buenos días, don Román! —Esta vez el jodido sí saludó bien.

—Hoy cumple ocho días exactos en la veinticuatro.

—Sí, lo sé.

—Ah, bueno, ¿entonces va a continuar en la habitación? —Lo que me quería decir era si le iba a pagar o no.

—Don Misael, primero debo salir a hacer algo. Cuando regrese le digo o le pago la salida.

—¿Y se demora?

—No, no creo que me demore —le respondí con impaciencia.

Me miró como si quisiera contarme un secreto y puso sus manos de gigante sobre la mesa de la recepción, manos como para ahorcar un toro, y aun así sólo útiles para rascarse la panza y recibir la plata de los clientes.

—¿Ya vio las noticias? Una señora se tiró del viaducto con sus dos hijitos pequeñitos, de brazos. —Mientras lo decía puso sus manos como si cargara dos jarras de cerveza—. Este país está jodido y esta ciudad es una Sodoma. Esa señora debió dejar a los muchachitos y tirarse solita. Es que es una hijueputa, qué decadencia, Dios mío.

—La cara se le hinchó como un sapo de la indignación que le producía el asunto, aunque más bien creería que era una especie de furor que le crecía a medida que escuchaba sus propias palabras. Lo miré a los ojos.

—Lo que usted llama decadencia yo lo llamo progreso espiritual.

—Di media vuelta y salí por la puerta del hotel. No alcancé a ver el final de la mueca que se le había empezado a dibujar como una cicatriz cuando iba en la mitad de mi frase.



# **NO RECUERDO LAS PALABRAS QUE LE DIJE, PERO DEBIERON SER ESPANTOSAS; GIRÓ, CRUZÓ LA PLAZA POR ENTRE LAS PALOMAS, HUBO UN REVOLOTEO COMO PARA UN CUADRO, UNA PINTURA TRISTE.**

52



elipsis 2019

La última vez que vi a Marina el viento golpeaba su cara. Sus ojos entrecerrados permitían escapar unas lágrimas que arrancaba con sus manos, casi al tiempo que acomodaba su furioso pelo de manera maquinal por encima de su oreja derecha y se mordía el labio inferior, como si quisiera decir algo que se ha retenido mucho tiempo. No recuerdo las palabras que le dije, pero debieron ser espantosas; giró, cruzó la plaza por entre las palomas, hubo un revoloteo como para un cuadro, una pintura triste. El sol se ponía esa tarde para siempre en la ciudad de Pereira. El sol era ella.

Todavía tenía el cuadro en mi cabeza, más que nunca pensé en ella, en lo estúpido que fui al repelerla como quien arroja al suelo las últimas monedas que quedan en su bolsillo. Me dolía la maldita pierna, aunque cojeaba más de lo normal cuando bajé las escaleras del hotel. No era sino ver la cabeza del Bolívar Desnudo adornada con una corona de palomas —de desnudo tenía poco, pues estaba finamente vestido con un manto de mierda— para empezar a recordar mi cojera. Tal vez se debía a que al ver ese monumento de la ficción nacional me daba por pensar en mitos y por ahí derecho en lo mismo de siempre: en cómo carajos habrán hecho para fundir en bronce las catorce toneladas del armatoste, eso sí que es glorioso. Entonces lo uno me llevó a lo otro. Pensé en Hefestos, el herrero de los dioses, el forjador que debió hacer cosas parecidas al orgulloso monumento, sólo que sin palomas y sin mierda. Recordecé que dicen que fue arrojado del Olimpo por Zeus, quedando para siempre divinamente cojo.

El día que vi a Marina por primera vez ella ya me había visto. Eso me dijo unos días más tarde al encontrarnos en uno de los pasillos de la universidad cuando torpemente le pregunté por cualquier cosa, en un impulso, sólo para hablarle. Me respondió con una sonrisa transparente: «¡Claro, claro, Román, ya te he visto, estamos en la misma clase de Historia de la Modernidad! El escéptico Román». Me quedé plantado, balbuceante, me cogió del brazo de la manera más espontánea e inocente, y sin ningún complejo me arrastró hasta la cafetería. La primera vez que la vi ella ya me había visto. Yo pocas veces elevaba la cabeza para mirar a mis compañeros; sólo miraba mis apuntes y al profesor cuando se levantaba para enfatizar en un meandro histórico o para anotar la fecha de algún acontecimiento que él escribía en el tablero. El día que la vi por primera vez, realmente no la vi, la escuché.

—Profesor, ¿hay una relación entre el relato historiográfico y el mito? Porque obviamente lo que hace a la historiografía es precisamente su precisión y método, pero cuando pensamos en la historia

moderna también pensamos en la historia del idealismo, las revoluciones y los héroes de la libertad —no había displicencia en lo que decía; al contrario, parecía previamente calculado. Se detuvo un momento y continuó—. Lo digo porque... precisamente dicha precisión y método se concibió desde el mismo idealismo y desde el mismo fervor en el progreso de la humanidad.

Sus palabras cayeron sobre mí como una, como tres, como seis, como una docena de manzanas newtonianas. Tuvo que haberme escuchado, tuvo que haberme puesto atención cuando días atrás en la misma clase le dije al profesor palabras semejantes. Sólo que yo no había formulado una pregunta. De manera sentenciosa escuché un discurso largo y pesado que recuerdo de forma fragmentaria, cosas como que mito e historia acaban siendo lo mismo cuando se le da demasiado crédito a uno o a otro, que tal vez debíamos creer un poco en los mitos y desconfiar de vez en cuando de lo histórico. Hablé de Abraham, de Diderot, de un «pentateuco enciclopédico» con un entusiasmo profético por el que ahora siento vergüenza. Desde ese momento no pude dejar de observarla. Notaba que a diferencia de mí y de los demás compañeros, ella siempre tenía oídos para todos, hasta para la pregunta o el comentario más insulso. Sus piernas solían temblar bajo el pupitre; su rostro afilado y su nariz puntiaguda se alzaban como un nictibio desde su largo cuello. Era un placer verla contemplar el mundo con sus ojos negros, de los que no se puede decir si miran proyectados hacia algún lado o sólo no observan nada en absoluto, mientras encubren una constante ensoñación bajo un delicado capul. Cuando estuvimos en la cafetería me confesó que ese día, cuando me cayeron una docena de manzanas encima, había preguntado porque el tema le interesaba y que le hacía gracia la seriedad con la que yo asumía la clase. Le parecía que yo era un tipo de esos que no decía mentiras o que si las decía a lo mejor la vergüenza me consumiría hasta desaparecer. Luego habló de «mi postura recta y de mi voz arenosa», de las veces que hubiera querido escapar de su casa, no porque tuviese algo que reprochar a sus padres, sino porque precisamente no



# SUS PALABRAS CAYERON SOBRE MÍ COMO UNA, COMO TRES, COMO SEIS, COMO UNA DOCENA DE MANZANAS NEWTONIANAS.

tenía nada que reprocharles. No eran una familia perfecta, pero sí actuaban como una, si acaso existiese algo parecido: no se discutía ni se alzaba la voz, no se agitaban en altercados irreconciliables y tampoco ejercían una vigilancia excesiva sobre su hija. A Marina esta extraña regularidad la llevaba a una curiosa conclusión: que su familia se «fundaba sobre una mentira, que había algo de vergonzoso en la falta de carencias, en la ausencia de imperfección». Sus piernas se estremecían bajo la mesa mientras hacía círculos con el dedo sobre el borde de la taza de café.

El recuerdo de Marina vino a anidar en mi cabeza justamente hoy, como si estuviera ligado de alguna manera a las motivaciones por las que iba a estallar la plaza. No, no era así, tal vez su imagen se había formado en mi interior como símbolo de mi última debilidad, no porque sea una visión dulce del pasado, una representación amigable, sino porque memoria es, en sí misma, todo lo que hace que no nos permitamos abrir las compuertas del olvido y deseemos conservar un cadáver que se pudre ante nuestras narices, lo que







hace que no admitamos lo que por constante es real: la pérdida y la renuncia. Lo que nos mantiene pegados al bronce igual que la mierda de las palomas sobre el Bolívar desnudo. Me seguía doliendo la pierna y la plaza aún estaba muy sola, apenas empezaban a llegar las señoras que vendían los tintos y las palomas de siempre descendían a recoger las migajas abandonadas de la noche anterior. La ciudad volvía a su amarillo. Todas las ciudades tienen su propio color y Pereira es amarilla en la mañana, al medio día y en la tarde; en la noche es negra sin dejar de ser algo amarillenta a la vez, de tramos oscuros para fraguar maldades y recodos brillantes para exhibirlas obscenamente. Pereira es un enorme puente, hecha para ser de paso. Te recibe con la gracia de una anfitriona regordeta y generosa, pero te despide con la súplica de la misma anfitriona enflaquecida y ahora tacaña que, con las manos extendidas como un mendigo, te pide que le devuelvas uno a uno los favores recibidos. De una ciudad de la que se dice que no tiene puertas no se debería asumir que es un sitio para quedarse; al contrario, precisamente porque no tiene límites esta apertura también te dice que si entras, debes salir rápidamente, que no es un lugar para estar sino para transitar, que lo que hay allí es un no lugar. En este caso Pereira no es un sitio alguno.

Eran ya las ocho de la mañana, yo seguía en pie ante las palomas que iban de aquí para allá en un ruidoso revoloteo cuando el rechinar de unas llantitas me anunciaron la llegada de doña Ana con su carrito provisto de termos con café, chocolate y agua para el té, empanadas, pancitos de distintos tamaños y cigarrillos que vendía menudeados. Ya había otros vendedores ambulantes con sus respectivos carritos, pero el de ella destacaba: las ruedas bamboleantes hacían un ruido distinto porque ella siempre empujaba con mucha fuerza, como si fuese a despegar con las palomas. Además, solía espantarlas y soltar carcajadas al hacerlo. Fiaba sus productos cuando consideraba honesta a su clientela por cualquier tipo de justificación, razones siempre subjetivas: el cliente podía ser de confianza tanto porque lo veía habitualmente en la plaza como porque

llevara corbata o un chaleco bonito, como porque caminara de tal modo o se peinara de determinada manera.

—Don Román, muy temprano por acá. —Su rostro curtido por el sol esbozaba una sonrisa bajo la gorra blanca.

—Ya ve, me desperté sin cigarrillos.

—¡Menos mal! —Tomó como siempre un vaso desechable y sirvió un café humeante y oscuro, me lo pasó y luego, de una cajetilla de cigarrillos, sacó uno empujándolo con los dedos y me lo ofreció.

Encendí el cigarrillo, que empezó a morir en mi boca lentamente entre crepitaciones. Pensé que doña Ana, dependiendo de su recorrido —siempre daba la vuelta a la plaza pasando frente a la catedral echándose la bendición, no importaba que ya hubiese pasado cincuenta veces—, podría estar lo suficientemente lejos del alcance del estallido y de las esquirlas como para no salir volando con las palomas, pues yo iba a dejar la maleta con los explosivos justo debajo del monumento del Bolívar, sobre la base de mármol, como una ofrenda votiva. Quien muy seguramente haría parte del sacrificio era el mimo que actuaba todas las tardes dándole vueltas a la estatua —eso esperaba, porque se había hecho parte esencial de mi fantasía—. Llegaba a eso de las dos de la tarde y no se iba hasta el anochecer. También los dos fotógrafos que, resistiéndose al tiempo, permanecían allí esperando a que los pocos nostálgicos como ellos les pidiesen una foto familiar junto al Bolívar imperturbable con su corona de palomas. ¿Por qué razón seguían ejerciendo su oficio si ya casi nadie los solicitaba? No creo que fuese sólo nostalgia o porque no pudiesen hacer otra cosa, sino porque son la memoria de la comunidad resistiéndose al olvido. Esa es la fuerza del mito, como si supiesen que representan algo más grande, como si tuviesen conciencia de ser un símbolo: el mito habita un tiempo otro, no histórico. Es una idea que permanece como un enigma, una adivinanza que precisa ser descubierta para, ahí sí, hacerse historia. Es una exigencia que plantea cómo deberían ser los hechos, cómo deberían restituirse y desenvolverse. La actitud

**ES EL DERECHO  
DE LA MADRE QUE  
SABE QUE A ESA  
EDAD, SI SE LES  
DEJA SOLOS,  
SE LES ARREBATA  
EL ESPÍRITU,  
EL PASADO Y EL  
SUSTENTO; ESTABA  
DESESPERADA...  
PA' QUÉ SE VA IR  
SIN ELLOS, ESO  
ES PEOR QUE  
MATARLOS.**

de estos fotografías era como la del mimo y la del monumento del Libertador: una actitud fundadora y ridículamente esperanzada, anhelando su propio tiempo. Por eso son la perfecta ofrenda. Debían desaparecer, admitir el olvido para luego, de manera escandalosa, permanecer en la memoria como la idea que siempre han sido. También, pensé, reventarían junto con ellos los ridículos personajes que con sus celulares se tomaban fotos para su mala memoria y, claro está, la multitud de palomas con mierda y todo. El cigarrillo continuaba reduciéndose en mis labios entre pequeños chisporroteos.

—Don Román. —Doña Ana me arrebató como siempre de la introspección—. ¿Ya vio las noticias? Esa pobre mujer y sus hijitos...

—No, no las he visto, pero ya me contaron —le dije mientras botaba el humo esperando el mismo drama del hace-todo del hotel.

—Ah, así es la vida don Román. Esa mujer era una madre de verdad, los hijitos eran suyos, los amarró con correas y se tiró del viaducto. ¿Sí ve? Una los lleva durante nueve meses en la panza, cómo se va una a desprender de ellos de cualquier manera cuando se comparte la misma alma, así digan que no tenía derecho, pero sí lo tenía. Es el derecho de la madre que sabe que a esa edad, si se les deja solos, se les arrebató el espíritu, el pasado y el sustento; estaba desesperada... pa' qué se va ir sin ellos, eso es peor que matarlos. El árbol no se cae sin llevarse sus frutos con él, ¿no cree?

—No sé, doña Ana. Siempre habrá razones para todo, pero no todo es razonable.

Lancé el cigarrillo al suelo y bebí un sorbo del café caliente. Yo no había concebido una idea semejante; lo que le había dicho a ese señor Misael tenía que ver con otro asunto. Resulta que en este país acostumbrado a la violencia se suele hacer revolución y contra revolución ametrallando a los enemigos: eliminado al otro se eliminan los problemas aquí, pero esta señora, que se había inmolado con sus criaturas, se había comportado como una mártir; lo suyo fue un gesto espiritual, otra vez como un símbolo, como una vieja imagen mítica, se vengó de sus problemas: la pobreza, los malos amantes y



la indiferencia. O no, tan sólo estalló. Así permanecería, como imagen resonante se tornaría un acontecimiento, un hecho memorioso, igual que la maltratada Medea, también infanticida, planteó una pregunta con su trágica expresión. Víctima de una imperdonable ofensa. Algo parecido percibí en la fuerza de las palabras de doña Ana. Bebí otro sorbo de café.

—Tiene usted algunas razones. —Le pagué el café y el cigarrillo y me retiré cojeando con el vaso desechable en la mano.

—Hasta luego, don Román —me gritó la vendedora cuando ya estaba demasiado lejos para contestar.

Salí de la plaza y me paré junto a la catedral, observé con el vaso en la mano los árboles de mango que rodeaban el rectángulo del parque, las palmas que adornaban los ángulos del interior del cuadrángulo central y la cruz que formaban las entradas y las gradas de la plaza. Recordé que antes se llamaba Plaza Victoria y que posteriormente, gracias al decreto de un presidente ingenioso, todas las plazas del país debían llamarse Bolívar para poder afianzar la leyenda haciéndola decreto nacional. Bebí el último sorbo de café, arrojé el vaso a uno de los botes de basura que engalanan la esquina de la catedral y me decidí a caminar con mi dolor de pierna hasta el parque El Lago Uribe Uribe, que era más bien un charco. Quería saber si el mimo ya estaba allí, pues solía trabajar primero en ese parque, que en horas de la mañana suele estar abarrotado de estudiantes y de borrachos amanecidos entre los que solía recoger monedas hasta el mediodía. Después desaparecía hasta las dos de la tarde, cuando arribaba como otra paloma a recoger las migajas dejadas por los visitantes de la Plaza Bolívar.

Debían ser casi las nueve de la mañana cuando llegué al parque El Lago. Había caminado lentamente las siete cuerdas que le separan de la catedral y la plaza central. El mimo ya estaba allí con la cara pintada como una luna plena, redonda y sudorosa con su gastado sombrero, persiguiendo a un par de estudiantes que cruzaban.



# HOY EN DÍA PENSAMOS EN EL ACTOR COMO ESE SUJETO QUE “SE METE EN EL PAPEL” DE ALGO O DE ALGUIEN.

Hacía ocho días que me lo había encontrado al lado del monumento empalomado del Bolívar. Me fumaba un cigarrillo y echaba bocanadas mientras observaba los fotógrafos, se plantó a mi lado y comenzó a hacer sus cosas de mimo. Lo miré con cara de pocos amigos y me largué en el acto del lugar. La verdad es que los mimos nunca me han caído bien. Tal vez les temo porque son como un espejo. Hace tiempo, el día que Marina se fue, estuve a punto de reventar uno a trompadas o, al contrario, que él me reventara a mí. Es curioso porque mimo, si no me equivoco, era la vieja palabra para designar al actor, y mimesis no era exactamente imitación, sino posesión; el actor no imitaba a nadie, sino que era poseído por el espíritu de quien interpretaba. Hoy en día pensamos en el actor como ese sujeto que “se mete en el papel” de algo o de alguien. Antes no era así; era el papel de algo o de alguien el que se le metía al actor, y a ese pobre mimo con aspecto cansado se le metían todos los personajes que pasaban por el centro de la ciudad. Ese tipo debía cargar todo el peso del mundo y el día que le conocí decidió cargar con mi peso.



**TODOS MIS  
PENSAMIENTOS SE  
IBAN SINTETIZANDO,  
ADQUIRIENDO  
UNA CURIOSA  
CONCRECIÓN. TOMÉ  
LA TAZA CALIENTE,  
LA PUSE CERCA DE  
MI NARIZ Y ABSORBÍ  
TODO EL AROMA.**

Me siguió unos metros a paso de cojo, tambaleante igual que yo, entonces le grité: "¡Así se hace como los arrojados del cielo!". Me sonrió y noté un brillo de inteligencia en sus aindiados ojos. En ese momento me sentí hondamente identificado con él, tal vez porque me le había metido en el cuerpo. Le pasé unas monedas que tenía en el bolsillo, me siguió unos pasos más y no resistí la curiosidad de conocer su nombre. Respondió dibujando con lentitud su nombre con los dedos al aire. Tardé un poco en trazar las sílabas en mi mente, luego atiné: ¡Leandro! Asintió con una sonrisa, me dio una palmada en el hombro y volvió sobre sus pasos.



Allí estaba él, entretenido con los estudiantes. Era divertido verlo: si pasaba una señora emperifollada, empezaba a caminar con la espalda muy recta, como una torcaza moviéndose sobre un cable de tensión. A los ejecutivos los seguía altivo y con el puño cerrado sobre la agarradera de una maleta invisible y mirando con sus ojos atentos por encima del hombro. A las muchachas bonitas las acompañaba con las manos en la cintura y moviendo el cuello igual que los perritos que van sobre los tableros de los carros, pero a los ancianos y a los niños solía hacerles representaciones del repertorio de los mimos, juegos de palmas o de dedos, el “¿Dónde estás?” y el “Rema que rema”, que consistían en mover los dos brazos a modo de remero y mirando como si buscara a alguien, o hacía como si estuviese montado en un caballo poniéndose la mano encima de las pestañas oteando el horizonte. Los hacía reír y le soltaban monedas. Mientras tanto yo pensaba en lo anacrónico de su oficio, sólo visible para los muy niños o los muy viejos; se me hacía una vieja institución que, por bella, debía desaparecer para hacerse importante. En todo caso ya le había visto y, decidido, regresé a paso lento al hotel sin pensar en otra cosa que en Marina.

El camino de regreso al hotel transcurrió con la misma lentitud con la que transitaba el día, con una cojera insufrible. El dolor en mi pierna se hizo más agudo. Tuve que detenerme y apoyarme sobre la ventana de un café. Desde afuera se escuchaba la algarabía del interior. Decidí entrar, me senté, estiré la pierna y pedí un café con leche. El olor de la greca era placentero y penetrante, el mismo olor de hace treinta años. Todos mis pensamientos se iban sintetizando, adquiriendo una curiosa concreción. Tomé la taza caliente, la puse cerca de mi nariz y absorbí todo el aroma.

El recuerdo de mi niñez se hunde en un agujero sin fondo. Del pueblo en el que crecí quedan las calles y el balcón de madera en el que solía soñar por horas enteras esperando el regreso de mi madre. Sólo el rostro de mi abuela Gertrudis permanece, igual que sus





palabras. Una vez, mientras estaba apoyado en la baranda de madera con mis ojos fijos en la esquina por donde aparecían de vez en cuando algunos transeúntes, sentí el abrazo cálido de mi abuela y su voz muy cerca de mi oído: “Mamá se fue a la ciudad a buscar una vida mejor para ti. Regresará pronto, un día de estos. Te traerá dulces y un regalo que es un secreto”. Mi madre nunca regresó y con el tiempo dejé de asomarme al balcón, pero no perdí la esperanza de volverla a ver.

Quise estudiar Historia porque de niño todo lo que escuchaba de mi abuela era sobre el esplendor del pasado, más brillante que nuestro presente. Todas las historias que salían de su boca eran maravillosas porque eran antiguas. Lo real se confundía con lo fantástico y yo ya no era capaz de imaginarme un futuro. Yo soñaba hacia atrás, el horizonte estaba a mis espaldas. “Eran otros tiempos”, decía doña Gertrudis, y yo me iba tras ellos.

Siempre me costó mucho trabajo aprender a diferenciar lo real de la ficción. Con el paso del tiempo tal impresión prorrumpía en los momentos más cruciales de mi vida. Los estudios me mantenían anclado en el suelo, sosteniéndome lejos de mi tendencia a la ensañación. Me fui haciendo un escéptico a manera de quien cubre una fuga de agua con un trapo enrollado. A medida que pasaban los años y cuanto más estudiaba, mi propio pasado se ensombrecía, se perdía con los relatos de mi abuela y las imágenes de mi balcón. Realicé mi tesina de pregrado sobre la historia de la fundación de mi pueblo porque creía que aportaba algo, como si el solo describir los hechos de su génesis pudiera hacerlo emerger del estado de anquilosamiento en el que permanecía. A veces reconciliarse con el pasado suele activar las energías del progreso en los hombres. Con esa clase de pensamientos hice mi trabajo de maestría del que aun retengo el título, “Fundamentos míticos de la Historia del Quindío”. Aún hoy creo que nos contamos historias no para recordar, sino para avanzar, para ir al encuentro del futuro con los brazos abiertos como niños.

Llegué a ser profesor a pesar mío, de mis colegas y de mis estudiantes. Siempre fui un tipo insufrible, demasiado crítico y exigente con el resto del mundo, pero nunca lo suficiente conmigo mismo. Admitir esto no me mejora; me hace un peor hijo de puta. Un día recibí la carta de despido con un “Muchas gracias por los servicios prestados, pero ya no es más requerido en nuestra institución”. Sentí entonces cómo me liberaba de un gran peso y me marché sin luchar. De la universidad me quedó la cojera. Después del despido, corrí como un preso recién liberado hacia la cantina de mi barrio, de la que no salí en tres días, al cabo de los cuales volví a la universidad por mis libros y algunas notas que había apilado durante años sobre mi escritorio. Salí de allí cargando dos pesadas cajas, crucé el pasillo y me dirigí a las escaleras que debía descender para luego llegar a otro pasillo y después a otras escaleras y así cuatro veces más hasta el primer piso, pero en la segunda grada de la escalera del tercer piso resbalé y rodé estrepitosamente. Salí del Olimpo haciendo mucho ruido y en una ambulancia mientras escuchaba rumores de lástima y risitas burlonas.

Anduve de aquí para allá sin detenerme mucho tiempo en algún lugar. Intenté volver a enseñar, pero me agujoneaba otra necesidad: a pesar de mi pierna requería acción, hechos, no palabrerías, el presente latía en mí como nunca antes. Solicité distintos empleos, trabajé como redactor y administrador, pero todavía había muchas palabras de por medio, así que abandonaba pronto. Fui vigilante, conductor de bus intermunicipal y por último —y gracias a un contratista que conocí en uno de los muchos traslados que hacía de un pueblo a otro— trabajé como transportista de materiales en una empresa minera. Dedicué con fidelidad mis días a esa labor que no requería más que estar atento a lo que se tenía enfrente.

No pudo ser más paradójico: el vuelco que me dejó cojo me proporcionó el movimiento que no había tenido cuando andaba derecho. Fui a parar de conductor de volqueta en una mina de carbón en el Chocó. Allí, poco a poco y gracias al permanente contacto con los materiales



y las explosiones controladas de bloques enteros de tierra, se me fue ocurriendo la idea de la bomba. Comencé a plantearme la idea de volar el mundo. Pude hacerme con los cuatrocientos cincuenta gramos de pentolita que había guardado con cuidado en una maleta en el armario de la habitación del hotel. Los había juntado con paciencia durante un año entero extrayendo sigilosamente de tubo en tubo, cada vez que se explotaba un socavón y aprovechando cuando me asignaban la misión de transportarlos: cinco envases tubulares que oculté de manera arriesgada debajo de mi camarote entre las cajas de libros que nunca son dignos de sospecha. Observé muchas voladuras y no fue difícil aprender a armar el explosivo. La verdad es que, si los cartuchos están debidamente cubiertos, no tienen por qué explotar por el calor, ni aun encendiendo fuego muy cerca. Luego sólo es envolverlos con cinta industrial, enterrar un detonador, que no es sino un pequeño corcho que funciona igual que un interruptor atado con un cordón detonante que a su vez termina en un pulso que puede ser activado a distancia. Este tipo de cosas realmente nunca están fuera del alcance de una persona común; al contrario, para una persona corriente resulta más sencillo el acceso a estos materiales, precisamente porque nadie cree que pueda usarlos. Ser un don nadie es realmente no ser nadie. Nadie entonces se pregunta, ni se preocupa.

El tiempo se había detenido en el café para empezar a girar hacia atrás. La pierna había dejado de doler. Pagué y salí con rapidez hacia el hotel. Crucé la entrada y vi el rostro del hace-todo como un girasol, volcado hacia la luz del televisor incrustado de una manera extraña en un hueco irregular de la pared. Muy raro que no se usara un simple soporte de hierro para el sol del hace-todo, pero es muy natural que aquí se suelen preferir las soluciones más complicadas en vez de cualquier otro recurso simple. No me vio o no quiso verme. Subí las escaleras, miré el número 24 descolgado sobre la puerta, entré y me arrojé sobre la cama, cerré los ojos. Debí haber tenido una pesadilla que no pude recordar: estaba sudando y sostenía con fuerza una de las almohadas contra mi pecho. Mi mundo, mis ideas se cerraban con el día. Puse la almohada bajo mi cabeza e hice memoria por última vez.



# NUNCA TUVE UNA RELACIÓN DURADERA PORQUE NUNCA ME ENAMORÉ O NO ME DI CUENTA A TIEMPO QUE ME HABÍA ENAMORADO.

Nunca tuve una relación duradera porque nunca me enamoré o no me di cuenta a tiempo que me había enamorado. El amor puede ser una cuestión muy racional, aunque lo mueven el sentimiento y el deseo. Captarlo y conquistarlo es un asunto de medición, de método, un juego de distancias y acercamientos. Un juego que nunca aprendí a jugar. Marina me amó, lo sé, siempre lo he sabido. Yo también la amé, pero no lo supe a tiempo, a su tiempo. Me di cuenta cuando la vi alejarse esa tarde en la plaza. En ese momento todo tuvo sentido: su pregunta ante el profesor y la fuerza de su mano al arrastrarme a la cafetería, la paciencia infinita con la que soportaba mis largas acusaciones al sistema, mis críticas a los profesores y a nuestros compañeros, a quienes acusaba de cómodos e ingenuos.

La última vez que la vi habíamos quedado de encontrarnos en la Plaza Bolívar para luego ir a ver una película. Llegué un poco antes de tiempo, el suficiente para verla aparecer con una ráfaga de viento que hacía restallar su falda y enloquecer su cabello. Avanzaba como



# PASÁBAMOS CERCA AL MONUMENTO DE BOLÍVAR Y UN MIMO COMENZÓ A SEGUIRNOS.

la imagen de una sirena en la vela de un navío. Salí a su encuentro, los dos sonreíamos, nuestras manos se aferraron. Caminábamos entre las palomas y el gentío de la plaza. Aceleré el paso y la arrastré un poco; se nos hacía tarde y la película estaba a punto de comenzar. Pasábamos cerca al monumento de Bolívar y un mimo comenzó a seguirnos. Era más alto y más robusto que Leandro. No me hizo gracia que nos siguiera, caminaba imitando mi postura por un momento y al otro hacía gestos femeninos abriendo los ojos de la misma manera que Marina. No pude más y exploté. Le grité exigiéndole que nos dejara tranquilos. El mimo, sorprendido, no se rindió, sino que hinchó sus cachetes y enarcó las cejas mientras ponía sus manos en la cintura a manera de reproche. Solté con brusquedad la mano que me sostenía y lo empujé.

— ¡Román! —me gritó ella asustada.

— No, este mimo hijueputa se burla de nosotros.

— Román, ya no más, él no está haciendo nada malo.

— Pero, ¿cómo es que te pones de parte de este?

— No, Román, no más. Ya estoy cansada de esa actitud suya —lo dijo con desesperación, a punto de llorar.

— ¡Ahora yo soy el culpable, pues!

— Sí, culpable, porque lo único que hace es no hacer nada. Ponerle trabas a todo. —Su rostro se enrojeció.

— ¿Entonces qué haces conmigo?



—¡No lo sé, no sé qué hago con un miedoso como usted! Con un tipo que no es capaz de salir de sí mismo. —No pudo más.

—¡Entonces vete a la mierda! —Miré al mimo, y este abrió las manos como si no tuviera nada que ver.

Logré agotarla, no por lo que hacía sino por todos los muros que levantaba entre los dos y el futuro. Cada invitación al diseño conjunto de una vida común se cerraba con un seco “no” de mi parte o una pregunta sobre el provecho y sentido de hacer aquello a lo que ella me empujaba con entusiasmo. Quiso decir algo, se pellizcó el labio, dio media vuelta y se fue espantando las palomas que revolotearon a su alrededor. Me quedé paralizado viéndola desaparecer detrás de uno de los árboles de mango de la plaza. Me pareció tan hermosa que quise correr a abrazarla. No lo hice.

Arrojé la almohada lejos, me levanté y me metí en la ducha. Debían de ser casi las dos de la tarde. Me dirigí al armario, saqué la maleta y revisé los explosivos. El procedimiento era sencillo: debía dejar la maleta sobre la base de mármol que sostenía la estatua de Bolívar, le diría al mimo que le echara un ojo, que había olvidado algo en el hotel, me alejaría tres cuadras y a las 2:57 contaría por minuto hasta tres y activaría la bomba. La pentolita es una composición de 50 % de TNT y 50 % de pentrita con una onda explosiva de hasta un kilómetro. Pereira sería otra, obligada a un nuevo nacimiento, Leandro sería otro, another little boy, yo sería otro.

Bajé por última vez las escaleras. Don Misael tenía los codos apun- talados en la mesa de la recepción, levantó los ojos y me miró pestañear. Me acerqué, le pagué la cuenta del hotel sin mediar palabra y traspasé la puerta de la entrada sin fijarme en el rictus de alegría que se le dibujaba en la cara al contar los billetes. Llegué cojeando a la plaza a las 2:30 pm, miré hacia todas las direcciones posibles. Leandro no estaba. Caminé con la maleta en la mano. Busqué a doña Ana. alcancé a verla cerca de los jugadores de ajedrez que, a la sombra de los árboles y justo después del almuerzo, se

agolpaban turnándose para disputar sus partidas. A pesar del dolor en la pierna, aceleré la marcha.

—¡Doña Ana! ¿Dónde está el mimo? —le grité nerviosamente mientras me aproximaba.

—Hoy no lo he visto, don Román —me respondió rápidamente al tiempo que movía la cabeza de un lado a otro.

Mis ojos lo buscaron con ansiedad, le di la vuelta a la plaza dos veces y no se veía rastro del mimo. Miré hacia los árboles y nada. Entre el ir y venir de los vendedores de café y nada. Revisé cada punto de acceso al parque por si lo veía venir. Ya eran las 2:50 pm y el desgraciado había desaparecido. A fuerza de ser poseído por todos los transeúntes se habría convertido en espíritu; todos los que pasaban por el lugar se me hacían un fragmento suyo. Todo se venía abajo, la gran pira que debía arder no tenía sentido sin él, sin el actor que contenía todo el dolor de la ciudad mi fantasía se desfiguraba. Me había imaginado como el único autor de una tragedia que estremecería los huesos de los habitantes de este espacio inconscientemente habitado. Sin mi héroe, sin mi semidios, no habría drama, no habría mito. Era simple: un hombre cuyo oficio consiste en arrancar sonrisas de los transeúntes afanados y de los que ya sin ninguna agitación permanecen inmóviles en lo que se les ha hecho bastante familiar: su trabajo cotidiano. Los que habitan las calles de la ciudad sin otra voz que la de sus propias gargantas, una voz sin habla que farfulla por los tiempos sin otro destino que hacerse eco inútil en el penoso comercio del día. Leandro, el que representó mi cojera, el maldito mimo que atajó mi paso cuando iba al cine con Marina y todos los mimos del mundo describen al hombre anacrónico. Este hombre que no era un hombre, sino una inteligencia, un signo para ser leído en sus dedos crispados, sin soltar una sola palabra, sin metáforas, un agonista respondiendo al coro tumultuoso del progreso debía hacerse pedazos como una máscara de Baco revelándose mientras se oculta en un único grito, en el *bang* de un último estallido.

El mimo iba a ser la noticia, debía ser el lamento catártico que señalara en el avance del tiempo lo que se perdía entre sus ruedas,

no para recuperarlo, sino solamente para no olvidar que algo se ha dejado atrás, porque cada vez que se echa mano de un suceso histórico parece que se estuviese indicando una ganancia, un adelanto, una lección, cuando eso de ir hacia adelante no es más que una expulsión, una pérdida. El mimo, doña Ana, los fotógrafos, los vendedores de chucherías: tenían que perderse para ganarse. No, no está, no llegó, no fue posible y por no serlo lo vi, así una idea arrancada del vacío que deja el vuelo de una paloma lanzada al aire. El mito es más verdadero que la Historia, pues está velado, es el recuerdo de la frustración, del extravío. Su lenguaje misterioso apunta a la nada de la que antes partió algo, quizá una paloma.

Una vieja canción empezó a sonar dentro de mí, tal vez venía de algún lugar de la plaza. “La capa del viejo hidalgo se rompe para hacer ruana y cuatro rayas confunden el castillo y la cabaña...”. Se entenebricieron mis ojos y una angustia de cirio me hizo temblar mientras todos los sonidos de la ciudad se agolpaban con desorden en mis orejas. La canción seguía restallando en mi oído interior hasta que se impuso y todo alrededor calló. A los mimos les retumban cancioncitas en la cabeza; por fuera les queda el silencio. No puedo detener el tiempo.

No puedes deshacerte del recuerdo de Marina. Tampoco ofrecer ningún tributo de sangre ante esta imagen pétreo. Tu camino no está en el avance sino en el retorno. El mimo no está, se lo tragó el mundo antes que la bomba, pero no importa. ¿Por qué no estallarla? No es necesario el mimo. ¿Por qué no entonces? Porque con él tampoco lo habría hecho. Todo ha sido energía desperdiciada.

La idea se quedó en el puño de mi mano, la apreté sin querer soltarla, igual que la maleta con los explosivos. Hubo un *boom* en mi cabeza. Pensé en que el ruido de las noticias sería más fuerte que el de la detonación. Iría a la cárcel de todas formas. Comencé a gritar: “¡Policía, policía, una bomba!”. Habíamos estallado hace mucho tiempo, empujados por una patada cósmica. 2:57, 2:58, ¡tres, las tres! Un mango cayó de uno de los árboles de la plaza.



# DEBERÍA IRSE, SEÑOR TORRES



**Andrés Londoño**  
Editor

Cuando decidí estudiar literatura hace un par de años lo hice por puro placer, porque leer era algo que me gustaba hacer en mi tiempo libre y quería seguir haciéndolo, tal vez con algo más de dedicación. Me topé con Elipsis por pura coincidencia y entré al grupo sin saber qué esperar al respecto. No fue hasta nuestra primera reunión en Cartagena que me di cuenta de que esto era algo serio, que estaba compartiendo con talentosos escritores y editores de todo el país y aprendiendo de grandes escritores nacionales e internacionales. Debo decir que me sentí intimidado; yo, un simple diseñador gráfico/ilustrador que nunca contempló la literatura como algo serio.

Asumí mi labor como editor con la misión de aportar una perspectiva diferente y creo que, junto con mi escritor, lo hemos logrado. Ha sido un proceso arduo, de leer y releer el mismo cuento y de construir con paciencia cada vez uno mejor. Al final lo que marca la diferencia no es qué tan buenos escritores o editores seamos, sino qué tan abiertos estemos a aprender y a nunca dar por sentado lo que creemos cierto. Culmino este proyecto pensando que, tal vez, la literatura puede ofrecerme mucho más de lo que yo creía.

## **Antonio Hernández**

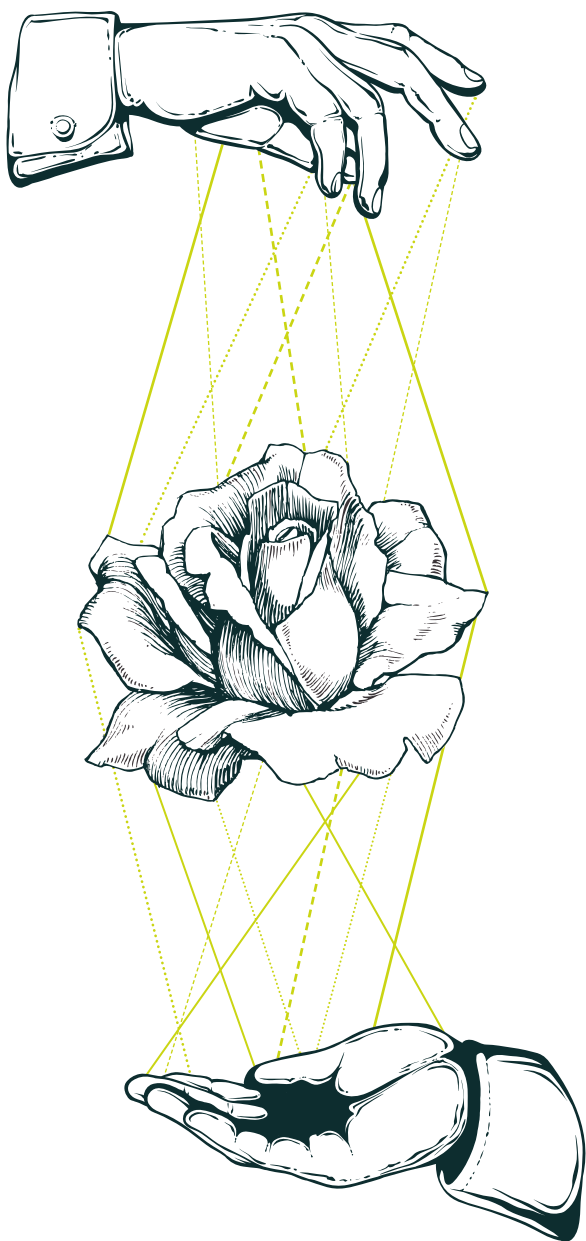
### Escritor

El primer día de Elipsis 2019, en Cartagena, Andrés Londoño fue el último en llegar. Esa casualidad nos permitió jugar con las posibilidades de su aspecto y adjudicarle un misterio que tardó poco en resolverse. Nos encontró rápido. Ahora imagino que se ubicó y caminó por las calles de Cartagena con la misma facilidad que usó para pasearse por mi cuento y encontrar los fragmentos que requerían más trabajo. Días después supe que sería mi editor y conversamos por primera vez sobre el proceso que estaba a punto de iniciar. Esa mañana me sugirió convertir las situaciones más sencillas y cotidianas en momentos memorables y llenos de intensidad.

Las semanas siguientes, Andrés siempre tuvo tiempo para mis preguntas y para ayudarme a enderezar ciertos apartados de la trama que ni yo mismo terminaba de entender. Todos sus comentarios y consejos, entre ellos hacer un primer párrafo abstracto y reflexivo, aumentar la narración psicológica, nunca perder de vista la verosimilitud y mejorar el ritmo, la puntuación y la estética de la prosa, fueron pertinentes e hicieron avanzar la historia. Espero haberlos incorporado de buena manera. El cuento, bajo su piel, contiene una mezcla de nuestras concepciones de literatura. Le agradezco a Andrés por ese resultado.

# elipsis

2019



# DEBERÍA IRSE, SEÑOR TORRES



Antonio José  
Hernández



Andrés  
Londoño



*No hay contingencia ni azar, hay riesgos y hay conspiraciones.  
La suerte es manejada desde las sombras:  
antes atribuíamos las desgracias a la ira de los dioses,  
luego a la fatalidad del destino, pero ahora sabemos que  
en realidad se trata de conspiraciones y manejos ocultos.*

— Ricardo Piglia, *Blanco nocturno*

A María Alejandra

Trataba de escapar a los pensamientos sobre la muerte para no sentirse desolado y vencido, pero siempre terminaban alcanzándolo. No le molestaba que fuera inevitable, sino que lo amenazara con arribar tan pronto, en compañía de devastadores síntomas que carcomían sus capacidades físicas y le disminuían el entusiasmo. Creía haber aceptado su destino, por rehusar el tratamiento y elegir peregrinar aferrado al silencio de los mimos. La paradoja radicaba en que al mismo tiempo no quería morir, ni experimentar aún más dolor. Mientras caminaba hacia la casa del señor Torres, Leandro se dijo que hubiera dado cualquier cosa por vivir ese último año sabiendo la fecha exacta de su muerte, pero sin tener que lidiar con los irremediables síntomas. ¿Le esperaba algo peor? Sus pensamientos se interrumpieron al ver que la puerta no estaba cerrada. Entró y llamó al dueño, mas no hubo respuesta.

La sala estaba en completo silencio, con las luces apagadas, pese a que el señor Torres siempre las encendía para leer el periódico en el sofá. Le gustaba burlarse de las columnas de opinión. En ocasiones Leandro empezaba a meditar sobre su futuro, perdía la noción del tiempo y se demoraba en irse. Entonces el señor Torres le leía en voz alta, como si estuviera frente a una multitud y no quisiera ser abandonado; entonaba las palabras con solemnidad y realizaba pausas dramáticas para mirar a la audiencia, constituida sólo por Leandro. El periódico de ese día, martes, treinta de julio, reposaba intacto



sobre el sofá. Leandro llamó de nuevo, con más fuerza, y nadie le contestó. El esfuerzo de alzar la voz hizo que le doliera la garganta; se apretó el cuello con una mano y se sintió un poco mejor.

Visitaba al señor Torres cada dos días, a las ocho y cuarto de la mañana, y nunca había encontrado la casa abierta; pese a ello, no se preocupó demasiado. Tal vez el señor Torres abrió para recibir algún envío, olvidó cerrar y después fue al baño. No tardaría en aparecer. Leandro se sentó en el sofá y miró a su alrededor. En las paredes de la sala había cerca de cincuenta fotos de diversos tamaños. La ausencia de luz les otorgaba un tono melancólico a esos momentos ya irrepetibles, que parecían conformarse sólo con el hecho de haber existido. La fotografía favorita de Leandro era una donde el señor Torres, que en ese tiempo era joven, aparecía sentado junto a su hija Eloísa. Los dos sonreían. La niña tenía el cabello corto y un vestido azul; el señor Torres, por otra parte, vestía una camisa verde, con corbata y saco negros. Eloísa sostenía el sombrero y las gafas de su padre, jugando a ser como él; el hombre sonreía. Era una lástima que Eloísa ya no estuviera. Leandro se levantó, caminó hasta el comedor, vio las gafas del señor Torres en el suelo, sin el lente izquierdo, y supo que algo malo ocurría.

Durante un segundo contempló la posibilidad de una broma, aunque aquella opción no tenía sentido. Entonces corrió por el pasillo, abrió la puerta del baño y vio que estaba vacío. Llamó al señor Torres por tercera vez, pero nadie le contestó. La casa tenía cuatro habitaciones y el señor Torres usaba una de ellas como oficina. Decidió empezar a buscarlo por ahí. Avanzó un par de metros, empujó la puerta y se puso pálido; sintió que todos los músculos del cuerpo se le encalabraban al mismo tiempo. Tras inclinarse un poco vomitó en el suelo, dejando caer su sombrero negro.

El cadáver estaba en el suelo, con los ojos abiertos, mirando hacia el techo. La sangre se le había escapado del pecho por tres agujeros. A Leandro se le aguaron los ojos. De inmediato apretó los párpados,



**EL CORAZÓN DE  
LEANDRO PALPITABA  
CON TANTA  
INTENSIDAD QUE EL  
PECHO COMENZÓ  
A DOLERLE. ESA  
MAÑANA, ANTES  
DE SALIR DE LA  
HABITACIÓN QUE  
ALQUILABA, SE  
IMAGINÓ CUALQUIER  
COSA MENOS  
ENCONTRAR MUERTO  
AL SEÑOR TORRES.**



para que las lágrimas no se convirtieran en un llanto desesperado, y se imaginó a sí mismo en su cama, más delgado que de costumbre; tranquilo, adormilado, hasta que abría los ojos y sentía que se le caían de las cuencas. Todo se oscurecía. Se obligó a despegar

los párpados, moviéndolos varias veces, evitando mirar el cadáver y concentrándose en la habitación. El cuarto era amplio y solía verse pulcro, como si lo asearan más de una vez al día. Esta vez las luces estaban apagadas y los cajones del escritorio se encontraban abiertos; varias carpetas reposaban sobre un asiento de madera. Había papeles en el suelo y algunos huecos en las filas de libros en la biblioteca. El corazón de Leandro palpitaba con tanta intensidad que el pecho comenzó a dolerle. Esa mañana, antes de salir de la habitación que alquilaba, se imaginó cualquier cosa menos encontrar muerto al señor Torres.

Por un impulso incontrolable miró de nuevo al cadáver. Lo contempló de la misma manera en que un niño observa la porcelana que acaba de romper, esperando que se arregle sola, y quiso verlo despertar, pese a saber que ya no era posible. En ese momento volvió a sentir náuseas. Algo en su interior deseaba escapar, huir. Tenía un sabor ácido en la boca. El estómago y la garganta le ardían. Además, el olor en la oficina del señor Torres le disgustaba; le parecía una mezcla entre el olor de un animal que se descompone y la esencia de una camisa sudada que no se ha lavado en varios días. Recogió su sombrero negro y corrió hacia el baño, que estaba justo frente a la oficina. Esta vez logró contenerse hasta llegar al sanitario.

El aroma de la colonia del señor Torres aún se conservaba en el ambiente. El espejo de marco azul, que tantas veces reflejara su rostro vivo, ahora sólo poseía varias manchas blancas, salpicaduras de crema dental; carecía de brillo y parecía no tener utilidad. Era como si los objetos del baño hubieran perdido su razón de ser en ausencia de la persona que más los usaba. El grifo goteaba. Las pintas en todas las baldosas parecían golondrinas. Leandro se percató de ese detalle y quiso que salieran volando en bandada, con sus débiles pero persistentes alas, y se llevaran el dolor muy lejos; el cielo, tan infinito, con tantas nubes de tristeza, se contenía en el blanco de cada baldosa y sólo ellas podían atravesarlo. A Leandro le hubiera gustado escapar con las golondrinas, pero su cuerpo





estaba más adherido que nunca a los recientes asuntos terrenales y le resultaba difícil moverlo. Poco a poco la pesadez se transformó en una sensación de vacío. Había perdido algo. Lo único que parecía quedarle era el gotear del grifo, constante y despiadado. Quiso dormir y despertar en otra ciudad, sin cáncer y junto a Lena. La puerta de la casa no estaba cerrada. No estaba cerrada. Debió sospechar antes de entrar.

Leandro se preguntó qué debería hacer. Las dudas lo carcomían y, por más que intentaba aclarar sus pensamientos, los sucesos recientes le empantanaban el juicio, llovían sobre él sin piedad, dejándolo cada vez más desconcertado. Por fin estaba a punto de levantarse, pero escuchó que la puerta principal de la casa se abría y alguien caminaba primero por la sala, después por el pasillo. Era imposible. La había cerrado él mismo. Se escondió en la ducha, tras una gruesa cortina de plástico, y se acucilló como si quisiera desaparecer. Desde esa ubicación se sintió minúsculo, vulnerable, como un animal a punto de ser golpeado. Los pasos sonaban cada vez más cerca; se aproximaban sigilosos, sin ningún afán. La manija de la puerta rechinó. Alguien había entrado al baño.

El grifo del lavamanos, que antes goteaba, dejó fluir un chorro de agua. Hubo un suspiro. Luego una voz femenina, un tanto cansada, tarareó una melodía que a Leandro le resultó familiar, pero que no pudo identificar. El grifo volvió a cerrarse, esta vez del todo. Leandro sudaba y las gotas bajaban por su cuello, haciéndole sentir que un dedo índice jugaba sobre su piel. Los pasos se alejaron con la misma calma que segundos antes usaron para acercarse y cesaron con el sonido de la puerta principal. Después solo hubo silencio. A Leandro le pareció que pronto regresarían para matarlo. ¿Debería aclararles que no era necesario, que el cáncer ya estaba haciéndolo? ¿Que llevaba varias semanas sintiéndose débil y cansado, con una pesadez insoportable que a veces le cerraba los párpados y le impedía trabajar? Estaba atrapado. Él mismo se había encerrado.



# LOS PASOS SONABAN CADA VEZ MÁS CERCA; SE APROXIMABAN SIGILOSOS, SIN NINGÚN AFÁN.

Disminuido en la ducha, consideró salir del baño. El miedo lo detuvo. Le parecía que la muerte se encontraba al otro lado de la gruesa cortina de plástico, esperándolo, irremediable e inevitable. El ruido de los pasos se había escabullido en su mente, acompañado por una infinidad de susurros, de incesantes murmullos en los que se urdía una conspiración para atraparlo y asesinarlo; las voces musitaban palabras incompresibles a excepción del nombre de Leandro, como si lo sentenciaran. Tembló hasta que los sonidos desaparecieron. Luego tomó el sombrero negro y lo hizo girar en sus manos. Trataba de no pensar, de borrar por completo su consciencia, pero recordó que el señor Torres le había regalado ese sombrero; el mismo señor Torres que estaba en el suelo, con los ojos mirando hacia la nada. Soltó el sombrero y se cubrió el rostro con ambas manos. Entonces lloró por el señor Torres, pero también por sí mismo; le pareció que pronto sería él quien miraría hacia la nada.

Tal vez el señor Torres interrumpió un robo y eso lo llevó a la muerte. Leandro pensó que el principal sospechoso sin duda sería el mimo que de un momento a otro empezó a visitar la casa del político local. Un escalofrío le recorrió la espalda. Le pareció mala idea



quedarse y llamar a la policía, porque nadie iba a creerle; además, tarde o temprano su familia y Lena se enterarían y querrían verlo, ayudar al inocente condenado en vano, un inocente que también tiene cáncer. ¡Y ellas dirían que él es un pobre hombre! Tenía que irse y no volver jamás. Pero los culpables son los que huyen. ¡No importa! Esperaba que no pudieran identificarlo. Haría lo posible para no ser encontrado. Al fin y al cabo, ya nada le devolvería la vida al señor Torres, ni a él. Decidió salir de la ducha y escapar, seguir escapando.

Se detuvo un segundo frente al espejo. Descubrió que tenía ojeras y estaba pálido. Las salpicaduras de crema dental parecían manchas en su piel morena, como si poco a poco el espejo de marco azul quisiera convertirlo en mimo. Intentó sonreír, pero no pudo hacerlo. Dio un par de pasos en busca de la puerta principal de la casa, apretando el sombrero negro con ambas manos, y volvió a pensar en el cadáver del señor Torres. ¿Así que Lena sentiría algo parecido al verlo muerto? ¿Lo vería muerto? Leandro caminó a través del pasillo con pasos largos y acelerados. Deseaba irse cuanto antes, pero frente a la puerta principal se encontraba Verónica, que vestía de negro, llevaba guantes y le apuntaba con un revólver.



Eran las cinco de la tarde del día en que Leandro vio por primera vez al señor Torres. La brisa deleitaba a los transeúntes, movía de forma inesperada sus cabellos y zarandeaba las ropas holgadas. Una joven de piel morena corría tras un billete que el viento trataba de robarle. El sol apenas disminuía su intensidad. La Colina de San Antonio ya empezaba a poblarse. Las risas y los gritos aumentaban. Leandro caminaba hacia la zona verde, dándoles la espalda a la iglesia de San Antonio y a la antigua muralla de piedra que formaba el mirador. En las tardes trabajaba como mimo; a veces, cuando el cansancio y la enfermedad se lo permitían, se quedaba hasta las ocho de la noche. En esa ocasión se sentía animado, eufórico.



Tenía el rostro pintado de blanco y en su mano derecha llevaba un desgastado sombrero negro con el ala rasgada. Vestía una camisa blanca, sencilla; guantes blancos; un pantalón un tanto arrugado, su favorito; unos zapatos negros de cuero, y unos tirantes que en esa oportunidad eran rojos.

Leandro caminó hasta donde las argentinas que vendían artesanías. Ada era rubia y alta; Margarita tenía el cabello negro, la piel blanca y llevaba gafas de sol. Las saludó con la mano. Ellas hicieron lo mismo.

—¿Está buena la tarde, muñequito? —preguntó Ada.

Leandro empuñó ambas manos y levantó los pulgares.

—Casi te caés ahora que venías para acá —añadió Ada con una risita.

Él negó con la cabeza. Ada asintió. Leandro repitió su movimiento. Ella volvió a reír.

—Me gustan mucho esos guantes tuyos, muñequito. Te quedan muy bien.

Leandro sonrió, orgulloso de su atuendo. En ese momento vio que una mujer y un niño caminaban por el prado, a pocos metros de él, y salió corriendo. Después de alcanzarlos imitó primero a la mujer, moviendo las caderas con exageración; luego al niño, dando pequeños saltos. Le sonrieron sin detenerse. Leandro hizo un puchero, mientras caminaba junto a ellos. El niño le dijo algo a la mujer. Ella se detuvo. Leandro también se detuvo. Ella buscó dinero en el bolsillo de su pantalón. Él también buscó dinero en el bolsillo de su pantalón arrugado. El niño sonreía. Por fin la mujer le entregó un billete de mil pesos a Leandro, que se llevó ambas manos al pecho, al lugar donde se encuentra el corazón, y les lanzó un besito. Acto seguido empuñó la mano y estiró su brazo. El niño, a su vez, juntó los dedos y golpeó el puño del mimo. Por último, se dijeron adiós con la mano.

**LEANDRO  
REGRESABA DONDE  
LAS ARGENTINAS  
CUANDO UN  
HOMBRE SE LE  
ACERCÓ. AL VERLO,  
EL MIMO EMPEZÓ  
A IMITARLO,  
ENCORVÁNDOSE  
Y COJEANDO  
SÓLO UN POCO.  
EL HOMBRE SONRIÓ  
Y LE ENTREGÓ UN  
BILLETE DE CINCO  
MIL PESOS, PERO  
NO SE ALEJÓ.**

Pensaba regresar donde las argentinas, pero vio que una pareja de jóvenes se preparaba para sentarse en el pasto. Esperó a que estuvieran cómodos y fue hacia ellos. Tras confirmar que notaron su presencia, comenzó a hacer rústicos movimientos de *ballet*. La joven soltó una carcajada. Leandro, una vez frente a ellos, se sentó en el pasto y tomó la mano de ella, que dejó de reír; el muchacho, por el contrario, dudaba entre increpar al mimo o burlarse de su pareja. Leandro se levantó rápido, puso una de las rodillas en el suelo e hizo el ademán de abrir un estuche. Así la joven volvió a reír. Leandro empezó a pestañear rápido, se puso las manos en las mejillas y le hizo un guiño a la joven. El muchacho dijo que no tenían dinero en ese momento. Leandro juntó las manos, como si rezara. El joven movió la cabeza de izquierda a derecha. El mimo asintió, les dio la mano y se fue caminando con los talones juntos y las puntas de sus pies alejadas una de otra; tras varios pasos empezó a mover el brazo derecho como si tuviera un bastón.

Leandro regresaba donde las argentinas cuando un hombre se le acercó. Al verlo, el mimo empezó a imitarlo, encorvándose y cojeando sólo un poco. El hombre sonrió y le entregó un billete de cinco mil pesos, pero no se alejó. Lo saludó con excesiva cordialidad, tanta que Leandro se sintió como un poderoso monarca y decidió contestar con una paródica inclinación. El hombre dijo que se llamaba Miguel Ángel Torres, que llevaba varias tardes detallando el trabajo de Leandro, porque hace muchos años no había un mimo en la Colina de San Antonio, y que la llegada de uno le parecía algo asombroso; luego añadió que a su hija Eloísa le hubiera encantado la imitación de Chaplin que él acababa de hacer, pues la hubiera hecho reírse a carcajadas. A Leandro le pareció escuchar la risa de una niña, quizá alguna de las que jugaban en la Colina, e imaginó que se trataba de la hija del señor Torres. Esperó a que ella llegara corriendo para abrazar a su padre, pero no fue así. Entonces el semblante del señor Torres le pareció triste, aunque él se esforzara en disimularlo. Poco a poco la risa se fue alejando de ellos, hasta desaparecer.



—¿Te ha ido bien? Mirá, estoy trabajando en algo y pensé que te podría interesar.

Leandro arqueó las cejas.

—Es un proyecto que quiero presentar en la Gobernación apenas termine. Llevo dos meses redactándolo. Es para solicitar ayudas para artistas callejeros como vos. Vos tenés talento. Tal vez te sirva. Sí, sí, ya sé que suena raro, pero no es algo malo. Aquí todos me conocen. No hay ningún problema con eso. ¿Te interesa ser beneficiario?

Leandro alzó los hombros y las cejas al mismo tiempo e hizo que las comisuras de sus labios se estiraran, como si con ellas pretendiera abarcar gran parte de sus mejillas. Tenía las manos abiertas e inclinadas hacia abajo, mostrando las palmas cubiertas por los guantes blancos.

—¿Por qué no hablás?

Leandro se señaló el rostro.

—Está bien. Entiendo, entiendo. ¿Vos a qué hora llegás acá a la Colina?

Leandro levantó tres dedos.

—Mirá, vení a las dos, vení sin pintarte y hablamos. ¿Te parece?

Leandro se cruzó de brazos. Levantó una mano para tocarse el mentón, frunció el ceño y empezó a darle leves pero continuos golpes al suelo con uno de sus pies.

—¿Y qué decís? —El señor Torres sonrió.

Leandro asintió. Entonces el hombre le dio la mano y se fue.



# SUBIR LA PENDIENTE HACÍA QUE LEANDRO SE AGITARA Y POR MOMENTOS SE AHOgara.

DEBERÍA IRSE, SEÑOR TORRES



Antonio José Hernández



87

—Ese tipo es un político importante, muñequito. Por aquí todas dicen que todo lo que toca lo vuelve oro. Hace como una semana nos habló de un proyecto que está haciendo, pero le dijimos que no, muñequito, porque estamos de paso y quedarnos no es lo nuestro. Es un milagro que se ande preguntando por los pobres, quién sabe qué intereses tiene —dijo Ada cuando Leandro, mediante gestos, le preguntó por el señor Torres.

Al día siguiente, el sábado seis de julio, a las dos de la tarde, el señor Torres esperaba a Leandro en la parte más baja de la Colina, de pie junto a unas gradas de piedra. Subir la pendiente hacía que Leandro se agitara y por momentos se ahogara. Todos los días sucedía lo mismo; pese a ello, y al incesante calor que debía soportar, le gustaba la ciudad de Cali. Leandro, sudoroso, le dijo su nombre al señor Torres y se dieron la mano. El hombre, al verle la frente y el cuello húmedos, lo invitó a tomar una limonada. De camino al lugar donde las vendían, le explicó que el proyecto exigía varios documentos fáciles de tramitar y un par de presentaciones en espacios públicos; con eso se les pagaría una buena suma de dinero y se le seguiría consignando durante seis meses. También se necesitaba evidencia de que todos continuaran haciendo arte callejero al menos por ese periodo. En ese momento llegaron a un pequeño local. El señor Torres pidió y pagó dos limonadas grandes. El frío líquido





le refrescó la garganta a Leandro, aunque al principio bebió demasiado y se le congeló el paladar. El señor Torres añadió que el dinero les daría estabilidad, les permitiría sobrevivir y los situaría como elementos importantes de la cultura urbana contemporánea. Era probable que lo aprobaran.

Leandro miraba al señor Torres con atención, para no perder detalles, pero no compartía su entusiasmo. Estaba seguro de que cualquier otra persona aceptaría la propuesta sin pensarlo dos veces. Durante un par de segundos consideró las posibilidades y todas le parecieron adversas, desfavorables. No podía hacerlo, no iba a quedarse tanto tiempo en un solo lugar.

—Mire, hombre, señor Torres, déjeme pensarlo unos días. Es que no pienso quedarme tanto aquí y es mejor estar seguro —dijo, pese a ya haber tomado la decisión.

Esperaba que el señor Torres se cansara de esperar la respuesta, pero no fue así. Todas las tardes de la semana siguiente, mientras hacía su caminata habitual, el hombre fue a la Colina para saludarlo y preguntarle por su decisión. Leandro alzaba los hombros y se iba corriendo.

Tras una semana, el señor Torres lo invitó a desayunar a su casa. Él mismo cocinaba, según dijo. Leandro pensaba negarse, pero aceptó sólo porque una comida gratis le vendría bien, sobre todo si la enfermedad lo obligaba a moverse poco y a esforzarse lo menos posible. La conversación entre ambos fluyó con naturalidad, aunque el señor Torres habló más tiempo que Leandro. Le explicó detalles del proyecto que aún no terminaba de redactar y, de un momento a otro, sin saber cómo, se encontraron conversando sobre Chaplin, en especial sobre *Luces de la ciudad* y *Tiempos modernos*. Al regresar a la habitación que alquilaba, Leandro se dijo que al señor Torres le encantaba ser escuchado, y por eso siguió aceptando sus invitaciones a desayunar cada dos días.



Una mañana, mientras desayunaban, Leandro le preguntó al señor Torres qué pensaba de la opinión que la gente tenía sobre los políticos del país. El hombre sonrió como si llevara tiempo esperando esa pregunta. Comían arepas, carne frita, fruta picada y café. El señor Torres servía poca comida en los platos, pues Leandro solía dejar más de la mitad de las porciones.

—No sé qué opinión hay sobre los políticos del país—mintió el señor Torres.

—La gente piensa que son corruptos —dijo Leandro.

El señor Torres lo miró intrigado.

—Pudiste preguntar directamente eso.

Leandro asintió y guardó silencio.

—¿Y vos qué pensás? —añadió el señor Torres.

—Yo creo que la mayoría lo son, pero hay otros que no.

—¿Creés que yo lo fui? —Entonces a Leandro le pareció que el señor Torres lo miraba con desprecio, incluso había dejado de comer.

—No sé, señor Torres. Es algo que no he pensado.

—No digás mentiras, hijo. Lo has pensado, por algo preguntaste. Viste todo esto y querés saber cómo puedo pagarlo sin trabajar a diario. ¿Me equivoco? Mirá, seré sincero.

A Leandro comenzaron a temblarle los pies.

—He hecho cosas malas —añadió el señor Torres con un tono de voz sombrío—, cosas que no debí hacer, pero todos hemos sido un poco malos. ¿Me equivoco? —El hombre sonrió de repente, con la intención de restarle importancia a su comentario—. ¿Y hoy sí vas a decirme si cuento con vos para el proyecto?



# LEANDRO COMÍA CON LENTITUD, A VECES SE DEMORABA HASTA UNA HORA Y MEDIA EN DESAYUNAR. NO LE APETECÍAN LOS ALIMENTOS; SE SENTÍA LLENO.

90



elipsis 2019

Leandro tenía un nudo en la garganta. Tosió un par de veces.

—Todavía no estoy seguro, señor Torres.

El señor Torres asintió. Leandro comía con lentitud, a veces se demoraba hasta una hora y media en desayunar. No le apetecían los alimentos; se sentía lleno. Era como si al cabo de cuatro mordidas su estómago y su garganta se empeñaran en hacerle saber que ya no podían soportar más; y si seguía comiendo unas intensas náuseas lo invadían. Leandro pensaba que su cuerpo exigía soluciones o se preparaba para el final, aunque él no lo quisiera así. En ocasiones las comidas se tornaban insípidas; entonces no era tan difícil dejarlas en el plato. Durante las dos primeras invitaciones tuvo pena con el señor Torres, porque era incómodo dejar casi la mitad de lo que le servía. Por fortuna el hombre se dio cuenta y redujo las porciones.

Leandro y el señor Torres permanecieron en silencio por varios minutos.

—Para el próximo desayuno invité a una pintora que conocí hace como tres semanas y que sí aceptó participar del proyecto apenas le dije. Ella vendía cuadros en la Colina, aunque me ha dicho que no le va muy bien —El señor Torres suspiró—, porque a nadie parece irle bien aquí, pero yo logré convencerla de venderlos afuera, en el antejardín de mi casa, para que tuviera más comodidades. Tiene como cinco años menos que vos y es muy buena en lo que hace. Todavía no termina de traerme los papeles, pero no demora en hacerlo. Entre los dos te vamos a convencer, Leandro. Ya verás.

Leandro sonrió.

—Vos estás enfermo, ¿no? —preguntó de repente el señor Torres.  
—No, estoy bien. Lo que pasa es que a veces me molesta el calor.  
—No sabés mentir, Leandro. Te tocás mucho el pecho. Tenés como algo respiratorio. He visto que tenés la respiración pesada y a veces pareciera que silbaras por la nariz. Eso sin hablar de que casi no comés, debés haberte adelgazado por eso, y de que sudás mucho y te ves cansado. No te pongás en esas conmigo. Mejor decime que no querés hablar y...

—No quiero hablar de eso.

El señor Torres guardó silencio. Luego se inclinó un poco hacia la derecha y sacó su billetera del bolsillo trasero del pantalón.

—Tomá, para que vayás al médico y comprés lo que sea que te mande. Los particulares son caros —dijo mientras le entregaba dos billetes de cincuenta mil pesos a Leandro.

—No es necesario que...

—¡Tomá, tomá! No me hagás repetirlo.



Leandro agarró los billetes de mala gana. El señor Torres lo miró a los ojos durante unos segundos y Leandro se sintió inspeccionado, como si fuera un paciente. Hace mucho no experimentaba esa desagradable sensación.

—No estarás en los vicios, ¿no? —dijo por fin el señor Torres.

Leandro sonrió al mismo tiempo que negaba con la cabeza.



El cielo estaba nublado, gris en exceso. Tras dos cálidas semanas, por fin parecía que iba a llover. La frescura y el frío hicieron que Leandro no se sintiera en Cali. Él y Verónica se miraron por primera vez. El señor Torres acababa de presentarlos y de regresar a la cocina para terminar el desayuno. A Leandro le molestó la forma como Verónica lo recorrió con la mirada y después pareció desecharlo. Él vestía una camisa negra, arrugada, de manga larga e ideal para el frío, y acababa de quitarse el sombrero nuevo que el señor Torres le había regalado. Ella, por otra parte, no le pareció extraordinaria, sino prepotente, orgullosa; tenía la piel blanca, el cabello corto y las uñas pintadas con esmalte negro. Tuvo la impresión de haberla visto antes, aunque no estaba seguro.

Verónica se levantó del sofá, se acercó a una de las paredes de la sala y descolgó uno de los tantos cuadros. Leandro dejó de prestarle atención a la mujer y pensó en su enfermedad. La noche anterior no había podido dormir a causa de un fuerte dolor en el pecho y un ardor en la garganta; le faltaba el aire, como cosa rara. Incluso se levantó varias veces, sudoroso, con la esperanza de vomitar y sentirse mejor, pero lo máximo que hizo fue escupir. La situación era insoportable, tanto que Leandro estuvo dos horas pensando si debería ir al médico, para al menos apaciguar el malestar; la idea de haberlo considerado le fastidió. Decidió no hacerlo, aunque las próximas noches fueran peores.

**LEANDRO DEJÓ  
DE PRESTARLE  
ATENCIÓN A LA  
MUJER Y PENSÓ EN  
SU ENFERMEDAD.  
LA NOCHE ANTERIOR  
NO HABÍA PODIDO  
DORMIR A CAUSA DE  
UN FUERTE DOLOR  
EN EL PECHO  
Y UN ARDOR EN  
LA GARGANTA;  
LE FALTABA EL AIRE,  
COMO COSA RARA.**



El señor Torres les dijo que fueran al comedor y les llevó dos tazas de café y dos platos con hojaldras. Él ya había desayunado. Verónica volvió a colgar el cuadro y se sentó a la cabecera. Leandro se ubicó a la izquierda de ella; el señor Torres, por otra parte, se dejó caer en la silla de la derecha y comenzó a golpear la madera con dos de sus dedos. Pronto intensificó el ritmo de los golpes. Era la primera vez que Leandro lo veía en persona con corbata. El señor Torres esperó a que sus dos invitados empezaran a conversar, pero ellos no lo hicieron. Verónica se tapó la nariz con la mano derecha y estornudó tres veces.

—¿Me hacés el favor de prestarme el baño? —preguntó aún con la mano sobre la nariz.

El señor Torres asintió. Entonces la mujer abandonó el comedor y se internó en el pasillo.

—No seás tímido —dijo el señor Torres tras terminar de morderse la uña de su dedo índice.

En ese momento alguien tocó la puerta dos veces. El señor Torres dejó de golpear la mesa y se levantó del comedor para abrir; se movía despacio, encorvado, como de costumbre, y parecía un gran animal durante una migración. Regresó acompañado por un anciano que también vestía de saco y corbata. Leandro pensó que el recién llegado parecía la vejez del señor Torres y no pudo evitar sonreír.

—No lo esperaba tan temprano, doctor López. Esta es su casa. Bien pueda siéntese ahí en el sofá y póngase cómodo —dijo el señor Torres sin vosear y sin sonreír.

—Así estoy bien, tranquilo —respondió el doctor López tras pasarse la lengua por encima de los dientes—. No me pienso demorar. Vos sabés que sólo vengo por lo que hablamos por teléfono.

El doctor López dejó de hablar al ver a Leandro en el comedor y a Verónica, que apenas regresaba del baño. El señor Torres se

percató y caminó hacia ellos, apresurado, tanto que se tropezó y por poco cae al suelo.

—¿Me hacen un favor y nos regalan un momento, muchachos? Vayan a conversar al patio, yo les aviso cuando terminemos

—dijo con frialdad.

El señor Torres tenía una casa esquinera, antigua y con dos salidas, pues no estaba dividida en pequeños apartamentos, como la mayoría de residencias en Cali; la puerta del patio conducía a otra cuadra. Leandro y Verónica caminaron en silencio a través del pasillo, como dos fantasmas. Ni siquiera se miraron. Al llegar al patio descubrieron que el jardín era grande. Leandro miraba a su alrededor con curiosidad, ya que no conocía esa parte de la casa. Había orquídeas, lirios, margaritas y anturios, todos florecidos. Un colibrí danzaba de unos a otros, sin preocuparse por el cielo cubierto o la amenaza de un torrencial aguacero. También había tres sillas mecedoras. Verónica se sentó y comenzó a balancearse. Luego se oyeron varios gritos dentro de la casa. Ambos se acercaron al pasillo para escuchar. El doctor López exigía que el señor Torres pagara todo el dinero y le daba dos semanas de plazo; decía que en política no había favores sino deudas. El señor Torres respondía que ellos ya tenían un acuerdo de pago y él no pensaba cambiarlo. Hablaron de dineros bajo la mesa y de lo que cada uno había hecho por el otro.

—¡No te hagás el marica! —dijo el doctor López—. Yo te ayudé cuando...

A Leandro y a Verónica la conversación les llegaba igual que los zumbidos de un insecto. Las voces por momentos se escuchaban cercanas, próximas, como si ellos aún estuvieran junto al señor Torres y al doctor López en la sala; en otras ocasiones se convertían en susurros casi imperceptibles, que parecían provenir del fondo de un abismo y que distorsionaban la comprensión de los hechos. En todo caso, las palabras denotaban rencor.





# LEANDRO MIRÓ LAS IMÁGENES DEL DOCTOR LÓPEZ, QUE ESTABA VIEJO: TENÍA EL CABELLO CORTO, Y LA PIEL BAJO SUS PÁRPADOS, DEMASIADO ARRUGADA.

96



elipsis 2019

—¡Necesito mi dinero ya, Miguel Ángel! Lo necesito —arremetió el doctor López—. ¿Vos creés que los votos se consiguen solos? Necesito lo que me debés desde hace... —su voz fue perdiendo fuerza.

El señor Torres, alterado, volvió a mencionar el acuerdo de pago. También añadió algo sobre los documentos de alguien que sabía demasiado y había terminado muerto. En ese instante Leandro sintió frío; su camisa negra, arrugada y de manga larga, pareció incapaz de abrigarlo lo suficiente, incapaz de proporcionarle la seguridad necesaria para enfrentar el ambiente de ese día. Verónica no hizo comentarios sobre la discusión que ocurría en la sala. El doctor

López sentenció una semana y media para el pago de su dinero o habría consecuencias. Después la casa quedó en silencio.

El señor Torres fue a buscarlos con una sonrisa en el rostro, como si nada hubiera pasado, pero sudando y un poco afónico, y les pidió que regresaran a la mesa del comedor. Mientras atravesaban el pasillo, Verónica tarareó una melodía que Leandro nunca había escuchado y lo hizo distraerse de la confusión provocada por los recientes sucesos. El café del desayuno estaba frío y las hojaldras habían perdido su sabor. El señor Torres les habló del proyecto que redactaba para presentar en la Gobernación, pero en su discurso Leandro no encontró la emoción de los días anteriores; olvidaba palabras y parecía poco interesado. Unos minutos después la lluvia se dejó caer sobre la ciudad, destrozándose contra los tejados, las calles y las sombrillas. El señor Torres le prestó un paraguas a Verónica. Leandro prefirió esperar a que escampara, sentado en el sofá, junto al señor Torres, que esa mañana no leyó el periódico, ni habló demasiado.

Al día siguiente Leandro consultó información sobre el doctor López y el señor Torres en una sala de internet. El primero había estado varias veces en el Senado; el segundo había trabajado como su asistente en los inicios de su carrera. Leandro miró las imágenes del doctor López, que estaba viejo: tenía el cabello corto, y la piel bajo sus párpados, demasiado arrugada. Las notas periodísticas lo definían como un hombre ejemplar, tanto en la vida pública como en la privada. No se mencionaban escándalos, salvo el suicidio de su hijo y, hace poco tiempo, dos hospitalizaciones. Tres meses antes había anunciado su candidatura a la alcaldía de la ciudad. Leandro pensó que con su carrera política resultaba posible que lo consiguiera.

También aprovechó para buscar sobre su enfermedad, porque las últimas noches le habían resultado difíciles, plagadas de pesadillas en las que adelgazaba hasta el punto de ni siquiera poder moverse; pesadillas en las que estaba postrado en su cama, mirando hacia arriba, y lo único que hacía era pensar en la muerte. Cada vez se sentía más

**EL SEÑOR TORRES  
MIRABA LA TAZA  
DE CAFÉ QUE TENÍA  
ENTRE LAS MANOS.  
LUEGO LEVANTÓ  
EL ROSTRO Y SU  
MIRADA SE CRUZÓ  
CON LA DE LEANDRO,  
QUE SE SINTIÓ  
IMPRESIONADO  
POR ESOS OJOS  
BRILLANTES,  
NEGROS Y FRÁGILES,  
COMO A PUNTO DE  
QUEBRARSE.**

cansado. Quiso, por último, releer los correos de Lena y revisar si había alguno nuevo, porque en días anteriores había tenido la impresión de estar olvidando ciertos detalles de su rostro. Abrió varias páginas, pero pronto cambió de parecer, suspiró y cerró todas las pestañas del computador sin leer el contenido, abandonándose a su suerte.



—Eloísa era mi vida.

El señor Torres miraba la taza de café que tenía entre las manos. Luego levantó el rostro y su mirada se cruzó con la de Leandro, que se sintió impresionado por esos ojos brillantes, negros y frágiles, como a punto de quebrarse. Le pareció, incluso, que dentro de ellos el señor Torres tenía escondida a Eloísa.

—Era mi vida aunque molestara hartos. ¿Vos tenés hijos, Leandro?

—No, señor Torres, no tengo...

—Entonces no me vas a entender. Esa niña lo era todo para mí. Imaginá que lo tenés todo y de un momento para otro lo perdés. Imaginá eso. Después no te queda nada por hacer.

Leandro pensó en Lena y creyó comprender al señor Torres.

—Tenía un lunar en el cachete derecho. Yo me untaba saliva en el pulgar, o cogía un trapo mojado, y la perseguía por toda la casa. Ella se reía a carcajadas. Cuando la alcanzaba me ponía a limpiarle el cachete. Decíamos que era mugre, que un poquito de chocolate se le había quedado pegado.

Leandro esbozó una sonrisa al imaginarlos jugando.

—Le gustaban las películas de Chaplin porque después de verlas hacíamos mímica. Y nos hacíamos coquillas para ver quién aguantaba más sin reírse.



El señor Torres miró su taza de café con atención y siguió hablando con la cabeza agachada.

—También le gustaba ir a una finca que teníamos en Palmira. Un fin de semana fue con mi exesposa, yo estaba ocupado trabajando y no las pude acompañar. La niña se subió a un árbol y tuvo un accidente. Allá fue donde...

El señor Torres seguía mirando la taza de café con tanta dedicación que Leandro decidió hacer lo mismo. En el recipiente aún se distinguía la silueta de un gatito, desgastada por el paso del tiempo y del agua, pero seguramente imperturbable en la memoria del señor Torres. El hombre la apretaba con fuerza, aferrándose a ella como si se tratara de una vida junto a su hija.

—Mi esposa tuvo depresión, por poco no la supera. Yo no lo hice. Es fotografía, ella las tomó —dijo el señor Torres mientras señalaba la pared rebotante de fotografías—. Y quería quitarlas porque la ponían triste. No la dejé —dijo tratando de sonreír—. Nos separamos cinco años después. Las cosas se acaban, sabés. Por más que uno trate, siempre se acaban. Ella quería otro hijo. Yo no estaba preparado para eso.

En ese momento el celular del señor Torres sonó. El hombre se desprendió de la taza y se limpió la cara con un pañuelo. Leandro se preguntó si el señor Torres habría llorado por su hija más tiempo del que la había escuchado reír.



Eran las ocho de la noche. Leandro abandonaba la Colina de San Antonio cuando escuchó la voz de una mujer llamándolo. Por un momento le pareció que se trataba de Ada, la argentina, pero recordó que ella y Margarita ya se habían ido de la ciudad. El viernes pasado, a las tres de la tarde, Leandro las había



# EN ESE MOMENTO ALGO EN SU INTERIOR PARECIÓ ROMPERSE, HACERSE TRIZAS.

encontrado en la parte más baja de la Colina, junto a las gradas de piedra donde se había visto con el señor Torres, y ambas le habían dejado marcas de labial rojo en la mejilla derecha al besarlo para despedirse.

—Adiós, muñequito. No seás un mimo triste. Tené días buenos, ¿sí?  
—le susurró Ada, con los ojos llenos de lágrimas.

La mujer que lo llamaba era Verónica. Lo saludó con una sonrisa y le preguntó si tenía tiempo para conversar. A Leandro le pareció sospechoso por la forma en que ella lo había tratado la mañana que se habían conocido, pero aceptó. Entonces Verónica empezó a caminar en dirección a la iglesia de San Antonio. Había pocas personas en el lugar. La luna, arriba de ellos, los seguía con obstinación. Verónica y Leandro se sentaron afuera de la iglesia. Ella tenía una cerveza en la mano. No lo invitó a tomar.

—¿Vos creés en Dios, Leandro? —dijo de repente.

Leandro no contestó. Miraba los edificios y las luces de la ciudad de Cali sin dejar de pensar en la pregunta de Verónica. Se dijo que tener o no tener fe no hacía mucha diferencia. En ese momento algo en su interior pareció romperse, hacerse trizas. Hacía mucho alguien no se acercaba a él sin demostrar compasión o preocuparse por su aspecto. Tal vez hablarle a Verónica con al menos un





poco de honestidad fuera buena idea. No quiso mencionar su enfermedad, pero sí le preguntó a ella por el señor Torres. La mujer guardó silencio durante un rato.

—Es una lástima que sea de derecha —dijo por fin, tras tomar un trago de cerveza.

A Leandro le gustó la afirmación de Verónica y decidió contarle lo sucedido a la hija del señor Torres. Luego añadió que en ese momento no supo qué contestarle al hombre.

—Te entiendo, ve. Es algo difícil —dijo Verónica mientras acercaba la botella de cerveza a sus labios—. Uno muchas veces no sabe qué decir. Mirá que a mí no me ha contado eso.

Leandro se quitó los guantes blancos, pues las manos le sudaban, y los puso en el suelo.

—Los dos sabemos que el señor Torres nunca va a terminar de redactar ese proyecto, ¿no? Es sólo una excusa para estar acompañado —dijo con rapidez Verónica—. Nadie es así de bueno. Ese hombre tuvo que haber hecho cosas horribles y lo único que quiere ahora es sentirse bien consigo mismo. Y está bien que lo quiera, ¿no?

—¿Cómo así? —preguntó Leandro.

—Lo que escuchaste, mimo —Verónica lo miraba a los ojos.

A lo lejos se escuchó el inesperado ladrido de un perro. Leandro se sobresaltó; desde las pasadas pesadillas llevaba varios días sintiéndose vulnerable, la angustia se le había vuelto cotidiana. Verónica lo miró y le sonrió.

—No te ofrezco porque estás enfermo —dijo Verónica, alzando la botella de cerveza—. Tenés la voz ronca. No me vayás a decir que te cambia por las noches.



—No, no, estoy bien. Me molesta el calor, pero la noche está fresca. Estoy bien.

—No, no, estoy bien. Me molesta el calor, pero la noche está fresca. Estoy bien. ¡Estoy bien! —dijo ella, fingiendo estar ronca para imitar a Leandro—. ¿Por qué alguien que está bien, pero que en verdad no está bien, viene a una ciudad como esta? ¿No sería mejor estar en otra parte, mimo?

—A lo mejor sí.

Verónica lo miró con curiosidad antes de dejar que los edificios de Cali le inundaran de luces los ojos. Aquellos puntos amarillos y rojos pretendían imitar al cielo, sin conseguirlo, porque la sola luna los hacía ver insignificantes.

—Y si pudieras irte, ¿a dónde irías? —preguntó Verónica.

Leandro no contestó. Ya no importaba dónde estuviera. De ese modo la conversación se llenó de silencios.

—¿Tú a dónde irías? —Leandro le devolvió la pregunta.

—Italia. Pero antes debo hacer algo y no sé si esté bien.

Esta vez Leandro la miró con curiosidad. Estaba seguro de no importarle a Verónica, pero esa última frase parecía un secreto insinuado sólo para él.

—¿Y para dónde mandamos al señor Torres? ¿Vos a dónde le dirías que viajara? Yo le compraría un boleto al pasado —añadió Verónica.

Leandro pareció animarse. Le gustaba ese juego.

—Yo al señor Torres le diría que busque a su exesposa y lo vuelva a intentar con ella. De tenerlo aquí, al frente, le diría: “Señor Torres, váyase. ¡Claro! Váyase, busque a su exesposa y muera acompañado. Váyase porque yo no voy a inscribirme en su proyecto. ¡No puedo!





# LA MUJER ARROJÓ UNO DE LOS GUANTES AL SUELO. LEANDRO LO MIRÓ CAER, EN COMPLETO SILENCIO, COMO SI FUERA UNA PLUMA.

Usted debería irse y no estar solo. Debería irse, señor Torres". ¡Eso es lo que le diría!

Verónica lo miraba y sonreía. Después le preguntó cuánto tiempo más pensaba quedarse en Cali. Leandro dijo que al menos un mes. Miraron la ciudad hasta casi medianoche y se despidieron inclinando la cabeza.



Leandro miró a Verónica abriendo sus ojos lo más que pudo. Intentó caminar hacia ella, pero se detuvo al cabo de dos pasos, y levantó la mano izquierda, como si quisiera detener el disparo que aún no se realizaba; con la otra apretaba el sombrero negro. Pensó que le dispararía de inmediato, sin siquiera hablarle, pero ella sólo lo miraba a los ojos. Después buscó en el bolsillo de su pantalón, sin dejar de observarlo, y por fin sacó los dos guantes blancos, un poco sucios. Él los reconoció enseguida y recordó haberlos olvidado en la





iglesia la noche que se habían sentado a conversar. Entonces entendió lo que sucedía. ¿Así que iba a morir de esa manera, lejos de todo, en una casa que ya no le pertenecía a nadie? La mujer arrojó uno de los guantes al suelo. Leandro lo miró caer, en completo silencio, como si fuera una pluma.

Luego recordó la primera vez que había visto a Verónica, la forma en que ella lo había mirado y desechado, y la discusión que el señor Torres había tenido ese día. Leandro tenía los músculos tensos, como si su vida pretendiera aferrarse a ellos, remarcándole su peso y exigiéndole que sobreviviera. Verónica, por su parte, volvió a buscar en el bolsillo de su pantalón y sacó un celular negro. Marcó sin dejar de mirar a Leandro y se acercó el aparato al oído.

—Ya está dormido —dijo y colgó.

Después volvió a guardar el celular en su bolsillo, con una lentitud ceremoniosa que a Leandro le pareció fatídica. Él permanecía estático, como preparándose, como si asimilara que ya jamás podría volver a moverse. Verónica cambió de mano el arma para buscar con más tranquilidad algo en el otro bolsillo de su pantalón; se trataba de un celular distinto. Marcó más rápido que antes y de nuevo se acercó el teléfono al oído.

—Necesito ayuda —dijo, casi a punto de llorar—. ¡Necesito ayuda! Estoy en el barrio San Antonio, a dos cuadras de la Colina, como llegando por el hotel. Están robando una casa. Hace nada vi que un hombre de camisa blanca entró a la fuerza. ¡Tienen que venir rápido!

Guardó el celular sin dejar de apuntarle a Leandro. Luego permaneció en silencio. En ese instante él pensó que morir sin ruido no estaba mal, pues así tendría tiempo de escucharse a sí mismo, de oír lo que pensaría cuando empezara a irse, en caso de que al menos tuviera un par de segundos y no todo fuera tan repentino. Entonces Verónica le dijo que al terminar se largaría del país, con destino a



Italia, como le había dicho, y volvería a empezar. ¿Y qué haría él? La mujer lo miraba con algo que a Leandro le pareció tristeza; él quiso decirle algo, despedirse, pero no encontraba las palabras exactas.

—Está bien —fue lo único que pudo articular, entre balbuceos.

Verónica suspiró.

—No tanto, mimo. Tenés que irte rápido —dijo, mirándolo a los ojos por última vez.

Leandro, sin saber cómo y sin hacerse más preguntas, se encontró corriendo por el pasillo, en dirección hacia el patio, hacia la segunda puerta. Todo a su alrededor se volvía borroso. Le pareció avanzar en medio de la niebla de un bosque oscuro. La puerta de atrás estaba abierta. Lo habían planeado todo, hasta el mínimo detalle. Leandro casi no podía respirar. Estaba a punto de desmayarse, pero debía irse de inmediato. Dejó de correr para no levantar sospechas. Apretaba el sombrero con ambas manos. Pronto estuvo frente a la casa donde alquilaba una habitación. Entró sin saludar a los dueños, una pareja de ancianos negros que tenían un hijo en Chile, y lo primero que hizo al estar solo fue quitarse la camisa blanca y ponerse una negra. Empacó su ropa y sus objetos personales en su morral y en su maleta de ruedas. Dejó algunas camisas en el lavadero; otras en las cuerdas. Había pagado el mes de julio, que igual estaba a punto de terminar. Les dijo a los dueños que su madre estaba hospitalizada en Bogotá y debía marcharse de inmediato. Ellos, sorprendidos y tristes, le desearon buena suerte.

Leandro hubiera preferido quedarse al menos un mes más, pero ya no era posible. Mientras bajaba hacia la Calle Quinta, con su equipaje en ambas manos, le pareció escuchar pasos detrás de él. El corazón le latía rápido. Por un momento imaginó que el señor Torres lo perseguía, lo alcanzaba y lo miraba con ojos ajenos al mundo, que parecían recriminarlo por dejarlo solo. Los pasos le parecieron tan



**LEANDRO CASI NO  
PODÍA RESPIRAR.  
ESTABA A PUNTO  
DE DESMAYARSE,  
PERO DEBÍA IRSE  
DE INMEDIATO.  
DEJÓ DE CORRER  
PARA NO LEVANTAR  
SOSPECHAS.  
APRETABA EL  
SOMBRERO CON  
AMBAS MANOS.**



reales que lo obligaron a detenerse. Al voltear, creyó ver al señor Torres de frente. “¡No hay nada que pueda hacer! ¡Nada! ¡No puedo quedarme!”. Entonces ese irreal señor Torres lo miró a los ojos, sin recriminarlo, y pareció decirle lo mismo que antes Leandro le dijo a Verónica: que estaba bien. Cerró los ojos, para no dejarse vencer por el llanto, y continuó su camino.



**DE REPENTE UN  
ÚNICO PENSAMIENTO  
SE APODERÓ DE ÉL.  
YA NO IMPORTABA  
DÓNDE ESTUVIERA;  
NO LE IMPORTABA  
EN ABSOLUTO SI  
SEGUÍA HABIENDO  
VIOLENCIA, GRANDES  
EDIFICIOS O ÁRBOLES  
QUE ELOGIARAN  
LAS SOMBRAS,  
AUTOMÓVILES O  
CANTOS DE AVES,  
ENCIERRO O  
AIRE LIBRE.**



En la Calle Quinta detuvo un taxi y pidió que lo llevaran hasta la terminal de transportes. Eran las doce del mediodía. Miraba por la ventana, pero el paisaje seguía borroso; sólo había manchas y muchas luces de colores. Leandro se frotó la cara con fuerza. Lo único que deseaba era olvidar el cadáver del señor Torres, borrarlo por completo de su existencia, aunque sospechaba que tendría ese recuerdo el resto de su vida.

Dejó el sombrero negro en el asiento de atrás; al fin y al cabo en una de las maletas llevaba el viejo, desgastado y con el ala rasgada. El taxista alcanzó a ver el sombrero y bajó del vehículo para entregárselo. Leandro tuvo que agradecerle. No sabía qué hacer, ni a dónde ir. Recordó a Verónica y tuvo miedo. Luego caminó hacia la escalera eléctrica y, una vez en el segundo piso, buscó un lugar para sentarse. Trataba de no llamar la atención, pero no lograba contenerse y miraba con frecuencia hacia todas partes; se sentía perdido, sin destino. Entonces volvió a recordar a Verónica apuntándole con el revólver. Tuvo rabia, quiso gritar. De repente un único pensamiento se apoderó de él. Ya no importaba dónde estuviera; no le importaba en absoluto si seguía habiendo violencia, grandes edificios o árboles que elogiaran las sombras, automóviles o cantos de aves, encierro o aire libre. De todas formas, el final se apresuraba. Recorrió la terminal en busca de posibles destinos y se decidió por uno donde nadie lo buscaría.

Tal vez en Florencia tuviera buenos días, como Ada le había dicho. Leandro se preguntó de nuevo por qué no había sospechado al encontrar la puerta abierta y por qué Verónica había querido dejarlo vivir. Le hubiera gustado ver los documentos del señor Torres; le hubiera gustado no entrar a la casa esa mañana. Tras subir al bus que lo llevaría a Florencia, también se preguntó cuánto tiempo tardaría en morir. No tenía idea, pero lo averiguaría pronto.

Diez minutos después ya estaba en marcha. Abrió la ventanilla y dejó que el viento le arrancara de las manos el sombrero negro, que voló durante unos segundos, como una golondrina. Luego cayó al suelo, exhausto.

# ATAJACAMINOS



## **Gabriela Melo**

Editora

No se puede predecir la aparición de una oportunidad. Simplemente ocurre, como una considerada parte de las acciones de la vida. Llámese suerte o coincidencia, lo que deja de ser parte de un inentendible juego de azar es cuando esa oportunidad se agarra con ambas manos y se moldea para ser camino, montaña, luz. Elipsis fue todas esas cosas: fue aprendizaje, dificultad, resultado. Enfrentarse a procesos de complejidad en campos editoriales profesionales, conocer de primera mano a escritores y figuras reconocidas, escuchar esa voz polifónica de la literatura en charlas y eventos fue esa dimensión lejana que apareció de repente frente a nuestros ojos diciéndonos: soy real.

Leí en alguna parte que somos la suma de nuestros individuos pasados. Sé que uno de ellos, al que recuerdo con anhelo y cariño, fue la Gabriela que hizo parte del programa Elipsis del British Council; aquella que edificó una parte significativa en mi pasado, acompañó mi presente e incidirá en mi futuro, como un evento significativo que cambió el curso de mi vida.

## Juan Sebastián Cubides

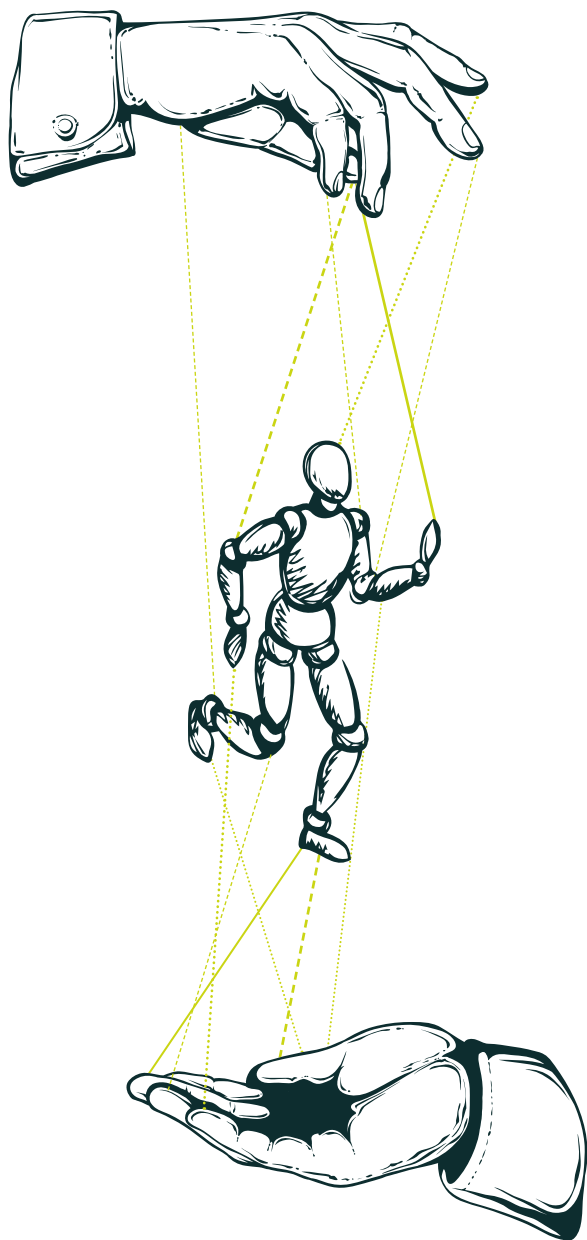
Escritor

Uno cree que escribir es sentarse y llenar con letras un espacio en blanco. Y en últimas eso es. Pero hay un camino para cada palabra que se decide escribir. Desde el mar ausente de Cartagena por la cantidad de trabajo que tuvimos hasta la concurrida Feria del Libro, una historia dio vueltas en mi cabeza una y otra vez. Los parques, los juegos de los niños, una pelota o un árbol de mango eran un montón de material al que yo intentaba darle un uso en el cuento. Tanta imagen que muchas veces tuvieron que ponerme un límite: Alejandra con su crítica a los “como si” y su insistencia con el tiempo, Marta con su forma de entender tanto lo que escribí que terminó por encontrar cosas que yo no había visto. Y Gabriela, mi editora, con sus comparaciones entre una y otra entrega. Podría hablar mucho más de lo que fue esto. Una crítica a algo que se produce con tanto cariño es siempre un ataque personal. Pero es también personal el agradecimiento que aquí, en este pequeño párrafo, quiero dejar para todos los que tuvieron que ver con este proceso que permite realmente vivir la experiencia de qué es ser un escritor.



# elipsis

2019



# ATAJACAMINOS



Juan Sebastián  
Cubides Salazar



Gabriela Melo

Cuando le pregunté a Leandro qué se necesitaba para ser un mimo, él respondió: silencio y pintura. He guardado silencio una semana, también —sin que mamá se enterara— me pinté la cara de blanco, pero nada funcionó. Pintura blanca tienen la luna, mi bicicleta o las paredes de mi casa. Pero ser mimo es difícil cuando se trata del silencio, y más si al hablar o contar un secreto uno cree que puede recuperar a un amigo. Mi historia con Leandro acabó esa noche. Quizás el truco no está en cerrar la boca y pintarse el rostro, sino en huírle a tanto ruido.

A Leandro lo conocí hace tres meses. Mi ventilador se había quemado por tanto corte de energía y mamá había hecho jugo de guayaba en el almuerzo, por lo que la lengua se me pegaba al paladar y el zumbido de las chicharras y los grillos se escuchaba en el aire. Quedamos con los del barrio en reunirnos después de almuerzo, porque Jorgito había encontrado en la calle una botella de aguardiente desocupada, y ya sabíamos por experiencia que eran los mejores recipientes para capturar y ver pelear a las hormigas de fuego.

Esa tarde salí en mi bicicleta con una chocolatina Jet en el bolsillo y un canguro cargado con bolinchas. Había dos tipos de bicis en mi barrio: las que se frenaban desde el manubrio y las que se frenaban con el pedal. Yo tenía ambas, pero la vieja, sobre la que aprendí a montar y que tenía el marco pintado de blanco, era mi favorita. Poder frenar con los pies era importante, y aunque la que papá me regaló era más alta, yo prefería la blanca porque podía derrapar en la cuadra donde vivía Moni y dejar un nubarrón de polvo a mis espaldas. No siempre se podía hacer chirriar la llanta: había tardes en las que la mamá de Moni dejaba la manguera abierta tanto tiempo que el agua se acumulaba sobre las piedras y el polvo de la calle, formando pequeños charcos que al pasar con la bici dejaban la espalda manchada de barro. Pero la manguera abierta





no era cosa de todos los días, y esa tarde llegué a la esquina del parque con la camisa limpia. Las bicicletas de Ricardo y Jorgito ya estaban allí. Acomodé la mía, busqué a mis amigos y los encontré bajo un árbol de guayacán, concentrados en lo que parecía ser una pelea de hormigas.

—Hey, ¿empezaron sin mí? —dije mientras pateaba una piedra pequeña.

—Shhh —respondió Moni, igual a mi profesora de ciencias.

Todos estaban allí reunidos: Jorgito, Moni, Ricardo, Cindy, Lucas, Migue. Quizás habían decidido salir porque no había energía, pero era una novedad que Cindy y Moni se rieran con semejante gana cuando era día de ver hormigas pelear. Decidí que lo mejor era quedarme callado y abrirme paso entre el grupo.

—¡Oiga, Nicolás! —reprochó Jorgito al sentir mi empujón—. Yo estaba primero.

Cuando llegué a la primera fila miré a Ricardo, luego al piso en busca de la botella, pero no estaba; un camino delgado de hormigas cargaba trozos de hojas rosadas sobre el lomo y escalaba por el tronco. Están reparando el árbol, pensé. Subí la vista y los vi a todos con los ojos clavados en la vía.

—¿Qué pasa, muchachos?

—Mira —respondió Moni, con el índice apuntando hacia al frente.

Bajo el semáforo en rojo había un hombre con la cara pintada de blanco. Vestía un jean manchado de tierra, zapatos negros, dos tirantes y un saco que lo hacía sudar como un tablero untado de tiza al que le pasaron el borrador por encima. Caminaba con pasos cortos y, en su intento por imitar la discusión de dos señoras que cruzaban bajo el semáforo, estiraba los brazos como una marioneta.



# PUDE VER QUE EL MIMO CAMINABA JOROBADO, CON UNA MANO TAPÁNDOSE LA BOCA Y LA OTRA EN EL BOLSILLO DEL PANTALÓN.

116



elipsis 2019

—Lleva rato imitando a la gente —dijo Moni.

—Yo vi uno en Bogotá —dije mientras sacaba la chocolatina del bolsillo—. Es un mimo, y mamá dice que son como vagabundos.

—A mí se me hace que más que vagabundo es como un payaso —repuso Cindy.

Cindy, un caso aparte: la única del barrio que no sabía montar bici. Abrí la chocolatina a escondidas de Jorgito.

—Hey, miren, creo que viene hacia nosotros.

El mimo caminaba hacia el parque, lento, como si midiera el cielo en cada paso. Nos apretamos tanto que Jorgito se dio cuenta de mi chocolatina y me pidió un poco. “Jum”, dije. Partí uno de los cuadritos y se lo di. Pude ver que el mimo caminaba jorobado, con una mano tapándose la boca y la otra en el bolsillo del pantalón.

No estaba mal vestido, pero la camisa no le quedaba bien: no sé si era porque los huesos del hombro sobresalían como la proa de un barco o si era porque la camisa le quedaba grande. Cuando ya estuvo frente a nosotros, se sentó sobre las hojas secas que estaban bajo el árbol de guayacán.

—Señor mimo, ¿está bien?

—¡Tonto! —me interrumpió Moni— Los mimos no hablan.

Moni tenía razón. Esa tarde el mimo estuvo callado. Lo único que se escuchaba era el bufido de tractor que quedaba en su garganta cada que terminaba de toser. Al inicio se había recostado en el tronco del árbol, pero parecía que se ahogaba con su propia tos y tuvo que pasar el resto de la tarde con la espalda recta, como lo exigía la coordinadora de disciplina de mi colegio. No era entretenido ver toser a alguien de esa manera, así que solo Ricardo, Jorgito y yo nos quedamos arrancándole antenas a las hormigas y metiéndolas dentro del frasco, mientras apostábamos de a una bolincha por cada dúo que se enfrentaba. Las sombras de los árboles empezaron a desaparecer y por el camino que antes recorrían las hormigas habían quedado una o dos hojas tiradas. A veces la luz velada de los carros nos llegaba y se veía a una hormiga mordiendo a la otra dentro del frasco. La mamá de Jorgito apareció en el parque y lo entró. Ricardo y yo no teníamos a nadie que nos dijera que era hora de irnos a dormir cuando la noche se anunciaba con las luciérnagas y el viento que corría desde el barranco, así que caminamos hasta uno de los bancos de cemento, nos sentamos, y desde allí miramos al mimo, que tenía los ojos cerrados y permanecía apoyado sobre el tronco del árbol por donde antes se encaramaban las hormigas.

—¿Será que no tiene dónde dormir? —pregunté.

—La gente no cree en mimos —dijo Ricardo, luego escupió en el piso—. Así que no les pagan por lo que hacen.

—Bueno, en ese caso es muy probable que no tenga dónde dormir.

—Miramos por un rato al mimo en silencio. Dormía como mi abuelo:



carraspeando la garganta y tragando saliva. Ricardo soltó un suspiro y se levantó del banco.

—Doce bolinchas al que llegue primero a su casa.

—Va —le respondí.

Pasó una semana. La guerrilla había tumbado otra torre de energía y sin tele ni PlayStation la casa se hacía igual de aburrida a las misas de domingo. Afuera no había mucho por hacer. Papá me había prohibido salir por cuestiones de orden público. Además, había apostado mis últimas doce bolinchas con Ricardo al que ganara una carrera en bicicleta y había perdido. Mi canguro estaba vacío y no me aceptaban en ningún juego, por lo que todo el fin de semana me la pasé en cama, haciéndole entender a papá lo difícil que era vivir en un barrio como el nuestro y pidiéndole que, si no nos mudábamos, al menos me llevara con él en su próximo viaje.

Papá nos visitaba un fin de semana cada quince días. Aunque a veces, cuando discutían y se lanzaban cosas con mamá, él salía dando un portazo y no volvía sino hasta un mes después. Cuando papá se iba, mamá llegaba tarde a casa con un sonido de tacones parecido al del segundero del reloj y con el brillo del aguardiente en los dientes. Las peleas no solo ocurrían en mi familia: desde mi habitación también se oía discutir a los de la casa 6. Pero ellos no tenían hijos y eso, de alguna forma, me alegraba.

No solo eran peleas en la casa. A veces papá me daba consejos durante el almuerzo. Decía, por ejemplo, que el primer pecado de un comerciante era no enseñarle a negociar a su hijo. Luego se remangaba la camisa y me miraba a los ojos a la espera de cuál era mi respuesta. Ese fin de semana papá volvió con sus consejos, yo le había pedido que me llevara a Bogotá y él había soltado la cuchara y había empezado a remangarse la camisa. La excusa de siempre era que la carretera era peligrosa, pero él iba y volvía con sus cajas sano y salvo, y yo la verdad no entendía.



# AFUERA NO HABÍA MUCHO POR HACER. PAPÁ ME HABÍA PROHIBIDO SALIR POR CUESTIONES DE ORDEN PÚBLICO.

—Bueno —apreté los párpados para que cayera una lágrima por mi mejilla—, en ese caso preferiría que entraran los soldados con sus aviones y sus bombas y dispararan afuera de las casas. Así al menos no se moriría un niño de aburrimiento —le respondí.

—No seas dramático, Nicolás —dijo mi mamá.

Papá sonrió.

—Me voy en la noche, pero en la tarde podríamos encender la planta eléctrica y proyectar una película que te va a gustar. —Luego se levantó del comedor y se llevó una servilleta a los bigotes, como a la espera de que yo siguiera con todo eso de la negociación.

—No me interesan mucho las películas últimamente.

—Es sobre soldados. —Debí apretarme los labios y mover las piernas bajo la mesa, porque él de inmediato arrugó la frente y dejó la servilleta, untada de caldo, sobre el mantel.

—Podría considerarlo.

—No te preocupes. Si la película no es interesante, podríamos ir a dejarle flores al abuelo.

—Ni hablar —respondí—. ¿Cuál es? Dime el nombre.



**A VECES PAPÁ TENÍA  
RAZÓN Y NEGOCIAR  
ERA ALGO QUE UN  
NIÑO NECESITADO  
DE BOLINCHAS  
TENÍA QUE SABER,  
SOBRE TODO  
SI SUS AMIGOS  
TAMBIÉN LLEVABAN  
UNA SEMANA SIN  
SALIR A JUGAR  
Y SIN ENERGÍA.  
ACOMODÉ LA CAJA  
Y UNA SILLA EN LA  
ENTRADA DE MI  
CASA Y ESPERÉ.**

—¿Ve? —dijo él, dirigiéndose a mamá—. Aún tiene debilidades, pero con sus dramas y todo va directo a ser un gran empresario—. Al terminar de hablar se soltó la correa y empezó a caminar al cuarto.

—¿Papá? ¿Y la película? —Seguía alejándose—. ¿El nombre de la película?

—Troya —respondió con un grito desde la habitación.

La planta eléctrica hacía vibrar los vidrios de la casa. Yo había pintado de rojo una caja de cartón y le había dicho a mamá que dibujara un letrero con la palabra “taquilla” en uno de los costados, para que se viera más bonito. A veces papá tenía razón y negociar era algo que un niño necesitado de bolinchas tenía que saber, sobre todo si sus amigos también llevaban una semana sin salir a jugar y sin energía. Acomodé la caja y una silla en la entrada de mi casa y esperé.

La primera en llegar fue Moni con su mamá. A Moni le decíamos Moni porque era mona y porque se llamaba Mónica. Cuando mamá quería regañarme por mis notas del colegio siempre usaba a Moni como ejemplo: “Fíjate en lo juiciosa que es. Con el papá desaparecido y aun así responde en el colegio. Y tú, que te andas quejando todo el tiempo por bobadas”. Así que por temor a que Moni empezara a hablarme del colegio decidí cobrarle solo tres bolinchas por la entrada y la hice seguir deprisa. Después llegó Jorgito y le cobré ocho —le hubiera sacado más, pero tiene la puntería de un bizco y pierde mucho en el juego—. Ricardo, por su parte, llegó con el canguro lleno y tronando.

—Bueno, Ricky, si quiere entrar a ver la película son doce bolinchas por tiquete —dije mientras le alargaba mi mano en forma de cuenco.

—¿Doce? Pufff. Con doce bolinchas podría jugar durante semanas enteras —respondió. Luego empezó a alejarse de la casa.

—Por ser mi amigo —dije, apresurado—, se lo podría dejar en diez.

—Ni siquiera es una gran película, Nico. Ocho.



Hacía cálculos de cuántas bolinchas perdería si aceptaba la entrada por ocho, cuando apareció el mimo en el andén de mi casa. Ya no llevaba puesto el saco, y me pareció que le costaba mantener firme la cabeza. Era difícil saber cuántos años tenía porque, aunque no tenía canas, había llegado sin la pintura blanca en su rostro y, tanto el color amarillento de su piel como sus ojeras lo hacían parecer un viejo.

—¿A cuántas bolinchas la entrada? Llevo tiempo sin ver una película. Miré tu letrero y me gustaría entrar. —La voz de Leandro era ronca y costaba escucharlo. Antes de yo alcanzar a responderle, se acercó a una de las sillas del andén y se sentó, del bolsillo sacó un pañuelo y se limpió el sudor del rostro.

—Bueno, no sé si mamá deje que un mimo entre en casa, pero déjeme le pregunto. —Me levanté de la silla y encontré a papá junto a mí.

—¿De dónde lo conoces? —me preguntó mientras encendía su cigarrillo.

—Es el mimo que trabaja en el parque —respondí. Mamá ya había llegado también a la puerta.

—Ah, es usted —papá le extendió la mano, Leandro se levantó apresurado de la silla y trastabilló. Mamá fingió sonreír.

—¿Está bien? ¿Quiere un cigarro, hombre? —preguntó papá—. Ayer me reí un buen rato gracias a usted, mientras esperaba a que el semáforo cambiara.

—Estoy bien, le agradezco, señor. Pero ya no puedo fumar.

—Ah —respondió papá sorprendido. Me pareció que lo miraba de arriba abajo, como si tuviera a mi abuelito frente a él —. Siga, hombre, mi casa es su casa.

La mamá de Moni y mis papás se habían acomodado en las sillas del comedor. Sobre el sofá estaban Jorgito y sus padres, y al resto de nosotros nos tocó sentarnos en el suelo, junto a Leandro. Desde la cocina salía un olor a maíz pira quemado, que mamá repartió en platos soperos. Recibimos gaseosa al clima en un vaso plástico y hablamos de una feria de artesanías que llegaría la siguiente

semana hasta que apareció el símbolo de la Warner Bros. Pictures y después un perro que olfateaba un caballo muerto.

■

Leandro no alcanzó a ver toda la película porque volvió el tractor de su garganta. Se levantó con una mano tapándose la boca y salió por la puerta con afán, mientras en la pantalla Aquiles arrastraba el cuerpo de Héctor sobre la arena. Al terminar la película, nosotros también salimos, emocionados por lo que habíamos visto, y dando gritos de guerra saltamos a la calle.

Días atrás yo había aprendido una nueva forma de correr en la bicicleta: el mentón recostado en el manubrio y las piernas bien cerradas sobre el marco, y aunque había obtenido resultados con Jorgito y Migue, a Ricardo no le lograba ganar porque las piedras en la vía destapada hacían que el manubrio me golpeará la mandíbula. No me importaba perder carreras en la escuela, pero con Ricardo siempre había más en juego, y yo llevaba solo una o dos victorias en lo que había corrido del año. Por eso al llegar al parque tiré con fuerza mi bicicleta contra el andén.

—Eh, lencico, págueme mis bolinchas —dijo Ricardo.

Yo empecé a caminar hacia el árbol de guayacán. A cada piedra pequeña que me encontraba en el camino le daba una patada.

—Nicolás, ¡oiga! —Ricardo me agarró de la camisa.

—Suélteme —dije y le di un empujón.

—Usted es muy colino. No sabe pagar las apuestas.

—Cualquiera ganaría en una bicicleta con llantas igual de grandes a la suya. —Seguí caminando hasta que Ricardo me empujó y caí sobre la tierra. Los otros amigos empezaron a llegar.

—Aquí no vengán a pelear. —Giré la cabeza. Era el mimo—. Él le pagará las bolinchas más tarde, niño. ¿Verdad? —Me estiró la mano para que me levantara, pero se la solté rápido al sentir lo delgada que era.



—Sí, pero le daré solo ocho —repuse, mientras me limpiaba la arenilla de las manos.

—Puff —dijo Ricardo, nos dio la espalda y se fue hacia donde estaban las bicicletas y mis amigos.

—Gracias, señor mimo —dije.

—Me llamo Leandro —respondió. Luego empezó a darme empujoncitos por la espalda para que yo caminara delante de él, hacia donde ya estaban todos.

—Y bien, ¿qué tal les pareció la película? —Moni abrió los ojos tan pronto escuchó hablar a Leandro.

—Impresionante, magnífica, aunque yo creo que...

—Bueno, ¿vamos a pelear o no? —Moni iba a empezar con sus charlas académicas y decidí que lo mejor era interrumpirla.

—Sí —respondieron todos en coro.

—Oigan, miren a Jorgito —dijo Cindy.

Jorgito se había alejado del grupo. Tenía una guama larga en la mano. La movía, de un lado para otro, golpeándola en un árbol igual a como lo haría un guerrero troyano con una espada, pero en uno de los golpes la estrelló tan fuerte contra el tronco que la guama se rasgó y dejó caer sus semillas. Ricardo soltó la carcajada y luego todos nos reímos. Leandro no se rio. Antes de alejarse del grupo y caminar en dirección al árbol de guayacán me miró y me pareció que sus ojos tenían el mismo reclamo de mamá cuando yo iba a levantarla del sofá para que se acostara en la cama.

—Bueno, chicos. Yo soy Helena porque tengo el cabello mono.

—Ay, Mónica, pero yo también quiero ser Helena —intervino Cindy.

—Hagamos cara y sello.

Se quedaron ambas lanzando una moneda al aire y decidiendo quién sería Helena, mientras los otros corrimos por el parque en busca de una rama o algo que pudiera parecerse a una espada. En mi barrio a la hora de elegir armas los árboles se convertían en un problema porque los palos eran muy gruesos. La mayoría ya había



# EN MI BARRIO A LA HORA DE ELEGIR ARMAS LOS ÁRBOLES SE CONVERTÍAN EN UN PROBLEMA PORQUE LOS PALOS ERAN MUY GRUESOS.

ATAJACAMINOS



Juan Sebastián Céspedes Salazar



125

encontrado su espada, así que busqué con prisa en medio de la hojarasca del piso y encontré una rama seca, recta, de esas que se podían partir con la rodilla y me pareció que serviría. La levanté del suelo y miré a Leandro, que tenía un libro entre las manos y estaba sentado bajo el guayacán. Esa no me parecía la forma correcta de sentarse si uno estaba tirado sobre el pasto. Había que estirar los pies y dejar que la espalda tomara la forma del árbol, con la cadera adelante y la espalda hacia atrás. Si los adultos comprendieran esas cosas, no andarían con la cara que tenía el mimo aquel día: desgastada, incómoda. Aparté la mirada y volví a donde estaban los demás.

—Bueno, ya estamos todos. —Moni se había puesto una flor de heliconia sobre la oreja, hablaba más alto—. Cindy ganó la apuesta, pero dice que prefiere ser la esposa de Héctor, así que yo seré Helena. —Cindy soltó un jum y luego arrugó la frente.

Ricardo había elegido una rama similar a la mía. Jorgito tenía un tronco pesado y parecía más un gigante de El Señor de los Anillos que



# LAS HOJAS DE LOS ÁRBOLES SE SACUDÍAN. YO SABÍA QUE CUANDO EL VIENTO SUBÍA DESDE EL BARRANCO SE ACERCABA EL MES DE ELEVAR COMETAS Y DE PESCAR.

126



elipsis 2019

un guerrero de Troya. Migue empuñaba una guama y otros habían agarrado palitos del tamaño de una regla del colegio.

—Tú —Moni me señaló— serás Aquiles por tu espada y porque tienes el cabello largo y mono. Jorgito será Menelao por su panza y sus cachetes, Ricardo será Héctor por sus crespos y porque Cindy así lo quiso. —Noooo —todos protestamos.

—Ay, si siguen así me voy y no juego —dijo Moni.

—Yo no pienso aceptar que Cindy sea mi esposa —declaró Ricardo.

Por la calle vi que bajaba el carro de papá. Frenó frente a mi bicicleta y pitó. Yo corrí hacia él. Llegué a la ventana del pasajero, él estiró el brazo y empezó a bajar la ventana. Del carro salía un olor a cigarrillo y cerveza.

—Me voy. Te encargo a tu mamá. Cualquier cosa me llamas, ¿eh?

—Sí, pa.

—Bueno, ahí le dije a tu mamá que nada de salir hasta tarde. Están diciendo que la guerrilla está cerca y ya sabes de lo que son capaces, ¿verdad?

—Sí, pa.

—Bueno, no pongas esa cara triste, Nico. Ya te di gusto y no quiero problemas. Nos vemos después —con la mano me acarició el cabello. Subió la ventana y se fue.

Las hojas de los árboles se sacudían. Yo sabía que cuando el viento subía desde el barranco se acercaba el mes de elevar cometas y de pescar. A lo lejos vi que mis amigos se golpeaban a punta de ramitas y guamas con movimientos de cámara lenta. Un espadazo al brazo, otro al cuello y otro a la pierna. Unos caían al piso llevándose la mano al corazón, otros se llevaban la mano al hombro, heridos. Ricardo corría rápido por entre los cuerpos que después serían comida de buitres y perros. Me limpié las lágrimas del cachete, apreté mi arma y fui a pelear la guerra, nuestra guerra, con el sonido del viento entre las ramas de los árboles.

■

Los griegos respetaban tanto la noche como los papás de mis amigos. A Moni llegaron a buscarla y el juego terminó.

—Te entras ya —gritó doña Cielo, su mamá, desde la esquina del parque—. Es posible que mañana se acabe el toque de queda y vuelvan a clase.

Migue, Lucas y Cindy se fueron juntos. Ricardo se me acercó.

—Yo seré Héctor, siempre que me deje matarlo.

—Bueno, yo quisiera, pero la película no es así, y ahí no podemos hacer nada.

—Le doy a Prisma y no le cobro las bolinchas de la carrera.





Prisma era la bolincha favorita de Ricardo. Tenía manchas cafés, negras y verdes y simulaba el camuflaje de la guerrilla. Jorgito un día le había ofrecido hasta diez bolinchas a Ricky por intercambiar a Prisma, y ahora yo tenía la oportunidad.

—Bueno, a veces las películas mienten. Nosotros también podemos. Lo acepto solo si también incluye su espada.

—Hecho. —Sacó del bolsillo la bolincha, que casi no se veía bajo la noche, y me la entregó junto a su arma. Luego escupió en el piso.

Ricardo se quedó en silencio. Me pareció que miraba las farolas de los carros y el rojo del semáforo en medio de la noche. Pensé en el colegio. Lo mío era la calle. Sin duda la vida era mejor sobre una bici que sentado en un pupitre. Y ni hablar de casa. En mi habitación yo sentía que la sala era también una botella de vidrio en la que el grito y los golpes de papá a mamá rebotaban por las paredes, como si a ellos dos también les hubieran cortado las antenas y los hubieran metido a vivir juntos.

—Sería bueno otro atentado de la guerrilla, ¿no? Así no hay colegio —dije.

—Me da igual —respondió Ricardo y se despidió poniéndome el puño.

Mamá debía estar en la sala de mi casa, con un cigarrillo en los labios y un bolero a todo volumen. A pesar de los golpes, la rama de Ricardo aún tenía dos hojas aferradas a su tallo. Arranqué ambas y las partí en varios pedazos. Me llevé los dedos a la nariz: el limón huele igual a la sangre de las hojas. ¿Olerán a limón los soldados? Por no volver a casa, sería capaz de ir a pelear en cualquier guerra.

—Nicolás. —Era la voz de Leandro.

—Se debe dormir bien sobre el pasto y las hojas —dije y luego me senté a su lado.

—Es mejor que un andén —respondió mientras se secaba el sudor de la frente con la manga de la camisa—. Aunque yo no duermo aquí.

**EN MI HABITACIÓN  
YO SENTÍA QUE LA  
SALA ERA TAMBIÉN  
UNA BOTELLA DE  
VIDRIO EN LA QUE  
EL GRITO Y LOS  
GOLPES DE PAPÁ A  
MAMÁ REBOTABAN  
POR LAS PAREDES,  
COMO SI A ELLOS  
DOS TAMBIÉN LES  
HUBIERAN CORTADO  
LAS ANTENAS Y LOS  
HUBIERAN METIDO  
A VIVIR JUNTOS.**



# PERO LEANDRO NO OLÍA NI A SUDOR NI A MANTEQUILLA; ESA NOCHE ÉL OLÍA A TIERRA HÚMEDA Y PASTO.

130



elipsis 2019

Cuando Leandro no llevaba su saco puesto, los omoplatos de su espalda parecían un par de islas; al sudar su camisa se volvía igual de transparente al papel mantequilla que usábamos en el salón para calcar mapas. Pero Leandro no olía ni a sudor ni a mantequilla; esa noche él olía a tierra húmeda y pasto.

—¿Dónde duerme entonces?

—Cerca de aquí tengo una habitación en arriendo.

Abrió su morral negro, adentro alcancé a mirar una bolsa llena de medicamentos parecidos a los que mamá tomaba en las noches y que la ayudaban a dormir. Agarró el sándwich que estaba junto con una cajetilla de cigarrillos.

—¿Leandro?

—¿Sí?

—¿A usted también le cuesta dormir? —El mimo no me respondió. Solo me alargó una de las mitades del sándwich.

—Gracias —dije y luego le di un mordisco. Era un sándwich de atún con mayonesa y lechuga—. Está muy bueno.

Él también empezó a comer. Miró la cajetilla de cigarrillos y abrió la cremallera del bolso. Pensé que la guardaría, pero antes alcancé a tragarme un pedazo que tenía en la boca y le dije:

—Eran los favoritos de mi abuelo.

—¿Qué cosa?

—Los Marlboro.

—Son los mejores. —Giró la cajetilla dos veces sobre su mano y les quitó el plástico que los rodeaba.

—¿Y qué espera? Mi abuelo ya se hubiese fumado uno.

—Que se me pase la tos.

—Jaja, “que se me pase la tos”. Cuando mi abuelo estuvo enfermo mamá le tenía prohibido fumar, pero él siempre decía que no hacer lo que se le diera la gana era como estar muerto en vida.

—Tiene razón tu abuelo—dijo. Cerró la cremallera del bolso y descargó lo que sobraba del sándwich en el piso. Luego abrió la cajetilla y encendió uno de los cigarrillos—. ¿Y dónde está ahora?

—¿Quién? ¿Mi abuelo?

—Ajá.

—Murió hace unos meses.

Ambos nos quedamos en silencio hasta que terminamos de comer.

—¿Siempre están sin luz acá? —me preguntó.

—No. No siempre. —Le pegué con el índice a una hormiga que corría por mi brazo izquierdo—. Pero ya llevamos rato así. Es la guerrilla.

—Eso escuché —carraspeó la garganta y apagó lo que quedaba del cigarrillo contra la tierra. Se recostó en el piso, me pareció que cerraba los ojos y se acomodaba para dormir.

—Papá dice que están cerca de la ciudad, pero mamá no está de acuerdo, ella cree que lo dicen solo para asustarnos.

Desde la calle nos llegaba de vez en cuando el sonido de los carros. De resto hacía tanto silencio que, cuando uno se acomodaba, se podía escuchar el crujido de las hojas tiradas sobre la tierra y el sonido de las chicharras.



—A mí no me gusta la guerrilla —respondió después de un rato.  
—¿A quién sí? —Busqué entre las hojas la hormiga que había acabado de tirar de un golpe. Al lado de una piedra pequeña encontré otra hormiga muerta, sin antenas. La agarré con mis dedos y se la mostré—. Nunca me había encontrado una después de sacarlas del frasco.  
—Tampoco me gustan las peleas, menos si son de animales —respondió.  
—¿Y entonces por qué nos dejó pelear a nosotros?

Leandro soltó un suspiro y se dio media vuelta. Yo sabía que cuando un adulto me daba la espalda era porque quería silencio. Así que me recosté con la cadera echada hacia adelante y la espalda recostada de tal modo que una de las raíces hiciera de almohada, y me dediqué a mirar el cuerpo recogido de la hormiga. Leandro se había acostado en la misma pose y, de no ser por el bufido de tractor, hubiera creído que estaba solo a esas horas de la noche.

—Porque creo que hay que enseñarles a los niños a no ser tontos: a soñar, a rebelarse —respondió al fin.  
—¿Me puedo quedar otro rato? —pregunté.  
—¿Su mamá no lo regaña?  
—No se da cuenta. A esta hora ya debe estar dormida.  
—¿Y su papá?  
—Papá se fue.  
Leandro se sentó y me pasó su morral.  
—Sirve de almohada —dijo y luego me sonrió.

Debí quedarme dormido, porque él me despertó diciendo que ya los pájaros y el viento habían dejado de cantar y que sería mejor que volviese a casa.

■

El toque de queda no lo levantaron porque la luz no volvió. Días después de mi conversación con Leandro decidimos reemplazar las

espadas con las pistolas de balines que llegaron con la feria de artesanías. Las pistolas no se dañaban con los golpes o el paso del tiempo y los disparos dolían más que un espadazo o la picazón de una hormiga de fuego. En televisión nunca mostraron a un guerrillero con un arma, pero si algún color debían tener las armas en la selva, yo estaba seguro de que tenían el color del musgo, así que pinté la mía de verde.

El parque se había convertido en terreno de guerra y los árboles nos servían como apoyo para las latas de gaseosa vacías que usábamos como objetivo en tiro al blanco. El que más tumbaba con un solo cartucho se ganaba desde bolinchas hasta dientes caídos y lombrices. Pero los vientos de agosto seguían aproximándose y muchas de las latas caían al piso sin siquiera empezar a disparar. Así que pronto empezamos a dispararnos entre nosotros.

Nos dividíamos en dos grupos y nos escondíamos detrás de los troncos del parque. El objetivo era eliminar a los del bando enemigo, por eso cada vez que uno recibía un tiro a pesar del dolor debía levantar ambos brazos al aire y gritar “Por el honor y por la patria”, para después salir del campo de batalla a esperar al vencedor.

Leandro no había vuelto al parque. Moni contó que lo había visto cerca del semáforo del hospital, y aseguró que volvería a nuestro barrio. Era mi amigo, pero yo entendía que debía trabajar y para la época en que disparábamos era mejor, porque fallábamos los tiros y probablemente hubiera sido blanco de alguno de nosotros. En pleno juego no nos atrevíamos a asomar el cuerpo o la cabeza de los troncos, y apuntábamos con tanto miedo que la mayoría de los balines terminaban incrustados en la tierra, o atravesados en las hojas de los árboles, y no era buena idea que alguien ajeno al juego estuviera recostado en medio de un tiroteo como ese.

El juego se había convertido en el preferido de Jorgito porque era capaz de recibir los tiros en su barriga a quemarropa y el hecho de que no le doliera y pudiera dispararle a otro lo convertían en alguien



invencible. Ricardo se cansó de perder y propuso que le disparáramos a las hormigas, pero no era lo mismo matar hormigas con balines que quitarles las antenas y verlas pelear entre ellas. Decidimos que para la quinta y última guerra Ricardo y yo estaríamos en el mismo bando; Jorgito era capaz de derrotar un batallón entero y los dos juntos teníamos más posibilidades de vencer.

Los juegos estaban hechos para divertirse y no para sentir dolor; a pesar de que ya había recibido dos disparos en el brazo, no había querido gritar “Por el honor y por la patria”. Estaba perdiendo: tenía ganas de llorar, pero eso no estaba permitido en la guerra y empecé a disparar a ciegas mi pistola. Los gritos de Ricardo hacia Jorgito se ahogaban con el sonido de mis disparos. Me agaché para empezar a meter balín por balín en la recámara. Cuando escuché que tanto los disparos como los gritos habían desaparecido levanté la cabeza y lo primero que hice fue buscar a Ricardo a mi lado. No estaba. En realidad, nadie estaba tras sus árboles. Todos, como el primer día que vimos al mimo, estaban apretados unos con otros sobre Jorgito, que había empezado a gritar: “Estoy ciego, estoy ciego”.

Yo no pude evitar reírme. Mis amigos me voltearon a mirar con rabia. Ricardo se alejó del grupo y se sentó en el piso y empezó a agarrar grumos de tierra y a soltarlos por pedazos: no se atrevía a mirar a ninguno, pero tampoco era capaz de irse de allí. Jorgito dejó de gritar y empezó a llorar. Tiré mi arma al piso y corrí a buscar a sus papás. Nos meterían a la cárcel, estaba seguro de ello. Al estar cerca de su casa empecé a gritar: “Doña María, doña María, le hemos dado a su hijo y quedó ciego”. En vez de ella salió la empleada del servicio y ambos corrimos hacia el parque.

A Jorgito lo llevaron al hospital. Al día siguiente regresó con la buena noticia de que no estaba ciego. Llegó con un parche negro en el ojo, un par de botas y un sombrero, y decía ser un pirata. También llegó la noticia de que por orden de ley quedaban decomisadas todas nuestras armas. Así lo había dispuesto el papá de Jorgito, que



**LOS JUEGOS  
ESTABAN HECHOS  
PARA DIVERTIRSE  
Y NO PARA SENTIR  
DOLOR; A PESAR  
DE QUE YA HABÍA  
RECIBIDO DOS  
DISPAROS EN EL  
BRAZO, NO HABÍA  
QUERIDO GRITAR  
“POR EL HONOR Y  
POR LA PATRIA”.**



era policía, y organizó una jornada de desmovilización en el parque: a cada niño que entregaba su arma, él le daba a cambio un roscón. Cuando yo estaba en la fila para entregar mi pistola verde escuché el radio que tenía amarrado a su correa: “Civil muerto por herida de proyectil de arma de fuego en el kilómetro cinco vía Suaza. Cambio. Patrullen el área. Cambio”. Decidí que lo mejor era no entregar la mía.





# EN ESAS TRES SEMANAS LEANDRO SE VOLVIÓ ABURRIDO CUANDO DE IMITAR SE TRATABA.

136



elipsis 2019

—¿Por qué no se sienta cómodo? No sé cómo hace para sentarse de esa manera —dijo al acercarme a Leandro. Había vuelto al barrio y al igual que antes se había recostado contra el guayacán rosa del parque para descansar.

—¿De cuál manera? —respondió él levantando la mirada de un libro llamado *Ardo en llamas gritó el fénix*. Cada vez que intentaba respirar el pecho se le inflaba y desinflaba con rapidez y el aire salía por su nariz con esfuerzo. Me pareció que el sonido de su respiración lo avergonzaba un poco y, cuando ya lograba recuperar el aliento, empezaba a respirar por la boca.

—Con la espalda tan recta —respondí y me senté a su lado, cuidándome de que mi cola quedara echada hacia adelante y la espalda encorvada apenas lo suficiente para acomodarse entre las raíces y el tronco—. Es mucho más cómodo de esta manera.

Leandro sonrió, bajó la mirada a la página cincuenta y tres del libro y luego lo cerró.

—¿Por qué se fue todo ese tiempo? Con Ricardo hablamos de que no se debe ganar mucho imitando a los demás, pero en este parque se descansa muy bien. —Leandro empezó a toser—. Además —dije, subiendo la voz para que me alcanzara a escuchar—, usted es de las pocas personas que hace sonreír a nuestros papás.

—Gracias —respondió cuando terminó de toser. Abrió su mochila, apartó la bolsa de los medicamentos y sacó una revista llamada *Condorito en la selva*—. Lo compré en el centro ¿Qué tal?

La portada me sorprendió. Era una especie de pájaro humano que se abalanzaba aferrado a una liana. Lo abrí y pasé las páginas con rapidez: la mayoría de los colores eran verdes, rojos y naranjas.

—Son mis colores favoritos. Muchas gracias —dije y, emocionado, lo abracé.

Pasaron tres semanas así: al terminar la escuela y la guerra de Troya, me quedaba en el parque y, al igual que los espartanos, Leandro y yo honrábamos a los dioses con jamón, queso y salchichas. Hablábamos poco, porque preferíamos leer, pero en los pequeños espacios pude contarle que yo quería ser soldado cuando fuera grande, que mi soldado favorito era Robocop y que no me gustaba la escuela. Él me habló de cosas que yo no conocía: Filip Bizot, Mo-li-err, y de pájaros: un montón de pájaros. Loros, colibríes, torcazas. Hablaba con tal emoción que cuando se refería al plumaje de las torcazas, el vuelo rápido de los colibríes o el canto afónico de los loros, su pecho y su respiración se aceleraban.

En esas tres semanas Leandro se volvió aburrido cuando de imitar se trataba. Había instalado una butaca de madera bajo el semáforo y había preferido quedarse quieto, como detenido en el tiempo, y a mí eso no me causaba gracia. Ya la gente no se reía de él, pero recogía más monedas y parecía sudar menos. El único momento divertido era cuando empezaba a toser y se llevaba la mano a la boca, porque me recordaba a los juegos de estatuas de la escuela. Corran – Tosan y luego: ESTATUAS, pero Leandro no podía quedarse quieto, le costaba un montón.

Al llegar la tercera semana el colegio cerró de nuevo y mamá me prohibió jugar lejos de casa. En la radio anunciaron otro atentado de la guerrilla; un nuevo toque de queda y un plazo estimado de dos semanas para reconectar la energía. Papá había tenido que



cancelar su viaje de vuelta porque en la vía los retenes aumentaron y no podía ingresar tan fácil las cajas de cartón que compraba en Bogotá, y que estaban marcadas con un: “DELICADO” en rojo, y una “X” en el recuadro de “Aguardiente”. Por lo que las noches en casa seguían con el olor a cigarrillo, el sonido de los tacones o las copas de vidrio manchadas con colorete.

Zeus, Poseidón, Atenea: todos ellos vigilaron la guerra de Troya, pero yo no podía entender cómo hacían Aquiles, Menelao, Héctor, para luchar y divertirse estando vigilados. Por tener que pelear cerca de nuestras casas y no en el parque, la guerra de Troya acabó; algunos adultos salían al andén a vernos jugar, y así uno no podía luchar, herir y morir de la misma manera.

Durante el día yo intentaba pasar el tiempo con Prisma y las bolinchas en mi cama, a veces cogía el libro de Condorito y lo empezaba a leer de nuevo. El naranja de los vestidos me hacía recordar el parque con los balines tirados en el suelo, y sus hojas secas, y sus pájaros, y sus hormigas de fuego, y el olor a tierra húmeda de Leandro; pero un libro no puede entretener durante toda una tarde a punta de chistes, y yo tenía que optar por jugar con lo que encontrara en mi cuarto: espadas, la pistola de balines, trompos, y una colección de soldaditos de plástico que formaba en dos grupos.

Finalmente amaneció el domingo con un viento que bajaba por las calles dándoles sacudidas a las planchas de zinc del tejado, y que para mí era la llegada de agosto, de las cometas y de la pesca. Saqué las bolinchas de mi canguro y las cambié por un rollo de nailon y un anzuelo. También empaqué un yogur y a Prisma. Salí de mi casa a escondidas. El camino hacia la casa de Ricardo era aburrido; yo lo había transitado un montón de veces. Debía subir hasta la cima de la montaña en la bici y las piernas dolían, pero la devuelta era fantástica porque uno se tiraba calle abajo sin frenos, y desde esa altura se podía ver el color barroso del río Hacha y los techos de la cárcel, e imaginar que sobre ellos había helicópteros, soldados armados y francotiradores.

Al llegar, empecé a silbar nuestro código y Ricardo se asomó a la ventana. Le mostré el nailon. Dejó caer la cortina y se alejó. Al poco tiempo salió en cuclillas de la casa, también con un rollo de nailon en las manos y un tarro lleno de lombrices.

—¿De dónde las sacó?

—De mi patio. Ayer del aburrimiento me dediqué a escarbar igual que las gallinas, y encontré varias de estas —dijo mientras me alargaba el tarro para que yo las viera.

Las lombrices estaban vivas y eran muy buenas como carnada. Le devolví el tarro y luego le dije que en la mañana había leído a Condorito.

—Condorito del culo. No tengo el menor interés por leer a ese pájaro hablador. —Yo sabía que cuando Ricky decía groserías era porque su tía lo había golpeado de nuevo, así que lo ignoré.

—Mamá me prohibió salir, pero logré escaparme sin problema —dijo mientras Ricardo levantaba la cerca de alambre para que yo pasara.

Los árboles eran altos, enredados y tupidos; por eso no se alcanzaba a ver lo que había a los lados o adelante a menos de dos metros. El año pasado habíamos bajado con Ricardo por el mismo camino, por lo que yo me sentía con más confianza y presté más atención al ruido que los micos y los grillos hacían a lo lejos. Hacía calor y la piel la sentía pegachenta. Los mosquitos se me acercaban y ya dos de ellos me habían dejado ronchas en el brazo y la mano. Una bandada de loros voló por encima de nosotros.

—Eh, Ricky, ¿usted sabía que a los colibríes los matan para decorar sombreros?

—¿Qué son los colibrés?

—Colibríes, bruto. Esos pájaros pequeños y coloridos que a veces se ven en el parque.

—¿Y cómo pueden decorar un sombrero con un pájaro? ¿Los amarran de una pata, o qué?

**RICARDO TENÍA LOS  
OJOS CLAVADOS  
EN LAS ARMAS DE  
AMBOS HOMBRES.**

**A ORILLAS DEL CAÑO  
BAJABAN DOS LAJAS  
DE PIEDRA, QUE POR  
ESTAR CUBIERTAS DE  
MUSGO ERA FÁCIL  
RESBALARSE. EL  
AGUA GOLPEABA  
CONTRA ALGUNOS  
TRONCOS DORMIDOS  
QUE SE ACUMULABAN  
EN LA ORILLA.**

—No sé. La verdad no se lo pregunté a Leandro, pero por acá debe haber muchos. —En la copa de los árboles alcancé a mirar dos micos titís que pasaban deprisa, con un griterío tan fuerte que Ricardo frenó por un instante, miró hacia su alrededor y luego siguió por el camino.

—Desde que usted anda con Leandro, no hace sino hablar de bobadas, Nico. No sé cómo puede creer en lo que dice un mimo. A mí me parece que en la selva todo es del color verde o del barro. No creo que esos pájaros estén aquí.

Al terminar de hablar Ricardo se detuvo. Yo no podía ver lo que estaba adelante, así que me escabullí por un lado y miré al frente. El caño era de unos cinco metros de ancho y el agua esquivaba las rocas con pereza. Junto al caño había dos jóvenes vestidos de guerrilleros. Uno de ellos fumaba mientras metía la mano en el agua, y el otro sostenía un fusil en sus brazos.

El que fumaba alcanzó a decir algo que yo no entendí porque la gritería de los micos continuaba. Los pelos de su barba y su bigote no dejaban mirarle los dientes, y me pareció que tenía la palma de su mano tan grande que el agua hacia ondas alrededor de ella como si fuera una roca.

—Sí. Pero mi comandante quiere ver antes el terreno —gritó el hombre que estaba de pie.

—¿Qué hacemos, Ricky? —pregunté con un susurro tan débil que mi voz se perdió con el sonido del agua.

Ricardo tenía los ojos clavados en las armas de ambos hombres. A orillas del caño bajaban dos lajas de piedra, que por estar cubiertas de musgo era fácil resbalar. El agua golpeaba contra algunos troncos dormidos que se acumulaban en la orilla. Y bajo el reflejo del sol se alcanzaba a ver el movimiento de algunas cuchas que se acercaban a la superficie. Antes de que pudiéramos huir de allí, uno de ellos nos vio y nos apuntó con su fusil.



Hablaban entre ellos. Solo vienen a pescar. Las lombrices. Por favor. Sapearnos. Pero qué caras, por dios. Son solo dos niños, mierda. Atentado. Liberar a nuestros camaradas. Cárcel. Mientras nos llegaba solo el murmullo de algunas palabras, miré que por el piso fangoso y húmedo pasaba un camino de hormigas cargando un cucarrón muerto. Uno de los hombres gritó algo que no alcanzamos a entender y nos hizo una seña con la mano y las cejas para que nos fuéramos de allí.

Ambos corrimos. A medida que subíamos, los troncos de los árboles quedaban atrás, y algunos rayos de sol lograban entrar por entre los espacios que dejaban las hojas. El aire me faltaba y me caí sobre el barro. Me levanté y seguí corriendo con las rodillas llenas de sangre y con dos hojas húmedas pegadas en la palma de la mano. Respiramos por un momento. Mirábamos hacia el camino, pero allí solo se veían los troncos deformes de los árboles. Un colibrí muerto, un cucarrón muerto, todo en la selva parecía estar muerto. Ricardo me miró, luego se llevó el índice a la boca y me dijo en voz baja: “No se lo contamos a nadie”. Yo asentí y volvimos a correr. Las hojas crujían detrás de mí, sentí que alguien nos seguía y aunque las piernas me dolían atravesamos la cerca de un brinco, sin despedirnos. Ricardo entró a su casa y yo llegué hasta la mía.

■

Es verdad que Jorgito parecía un pirata con su parche y sus botas, también que Moni era la mejor del salón, pero nadie en el barrio le había tocado vivir algo así: que lo apuntaran con un arma, un arma de verdad, y que hubiera escapado de ella. La prueba estaba en mis rodillas, en mi raspón. Dos hombres que probablemente habían salido por televisión. Los culpables de llevarse al papá de Moni y desaparecerlo, pero que junto al río parecían más dos muchachos del colegio que soldados similares a Robocop.

Mamá empezó a golpear la puerta de mi habitación, luego dijo que ya estaba servido el almuerzo. Dejé a Condorito sobre la cama y salí.



**MIRÁBAMOS HACIA  
EL CAMINO, PERO  
ALLÍ SOLO SE VEÍAN  
LOS TRONCOS  
DEFORMES DE  
LOS ÁRBOLES. UN  
COLIBRÍ MUERTO,  
UN CUCARRÓN  
MUERTO, TODO EN  
LA SELVA PARECÍA  
ESTAR MUERTO.**



Mamá había recogido su cabello con una moña y tenía puesto un vestido blanco con flores. Mientras ella servía las lentejas con arroz y carne asada vi que, en su vestido, cerca de una de las camelias que estaban en la espalda, había un colibrí con el pico dentro de la flor.

—¿Qué te pasó en las rodillas, Nico?

—Me caí de la bicicleta.

—¿Estás bien? —Acercó el dorso de su mano y lo puso en mi frente—. No tienes fiebre, pero tienes una cara terrible.





# INTENTÉ DORMIR LO QUE QUEDABA DE LA TARDE Y DECIDÍ QUE ME ESCAPARÍA EN LA NOCHE PARA CONTÁRSELO TODO.

—¿Cuándo llega papá?

—No he podido hablar con él. Mi teléfono está descargado y en la tienda dicen que no hay señal. —Ella se sentó a la mesa.

—Nunca está acá.

—No empieces, por favor. Trabaja para que nosotros estemos bien.

—¿Y estamos bien? —Mamá soltó el tenedor sobre el plato y me miró con fijeza.

—Lo estamos. —Volvió a agarrar el tenedor—. ¿Estás seguro de que no te pasa nada?

—Estoy un poco aburrido sin salir, eso es todo.

Mamá ya había recogido el reguero de la noche anterior y la casa olía a musgo. Cuando los almuerzos eran junto a papá no se podía comer en silencio pues la radio o la tele permanecían encendidas. Hablaban de atentados, de la guerrilla, de ladrones y de delitos. Pero siempre que yo preguntaba algo al respecto, mamá decía que no eran más que mentiras. “Nos quieren asustar”, insistía.

—¿Podemos apagar el radio? —dije. Mamá arrugó la frente y luego lo apagó.

—¿Cuál es el problema?

—Siempre andan hablando mal de la guerrilla.

—Bueno —respondió—. ¿No vas a comer más?



—No tengo mucha hambre.

—Mira, Nico. Trata de jugar con tus soldados o algo, pero no puedes dejarte amargar por bobadas. Uno en la vida tiene que ser feliz, sin importar qué pase; es la mejor forma de ganarle la guerra a todo: al aburrimiento, al miedo, al terror, a lo que quieras.

Ella bebía, pero sabía reconocer cuando yo estaba preocupado o me iba a enfermar, y de alguna manera siempre decía una o dos frases que me dejaban tranquilo y mudo. Terminamos de comer en silencio y yo entré de nuevo a mi habitación.

Sobre la mesa de noche aún estaban formadas ambas cuadrillas de soldados. Los soldados de plástico no se parecían a los guerrilleros que había visto horas antes. Estos estaban hechos de plástico verde y usaban unos cascos redondos sobre el rostro de alguien que perfectamente podía ser papá. Pero los dos que habíamos visto no usaban nada sobre la cabeza, y las caras eran similares a los que cursaban once en la escuela, solo que con barba y bigote.

Quería hablar, pero con Ricardo habíamos hecho un pacto de silencio. ¿A quién de mis amigos le habían apuntado con un arma? A ninguno. Estaba convencido de que ni siquiera a mis papás. ¿Cuántos de mis amigos habían escapado de algo así? La respuesta era la misma: ninguno. Debía decirle a alguien: mamá no era una opción porque me regañaría por escaparme de casa. Papá no llegaría sino mucho tiempo después. Moni se asustaría y lloraría por su padre; así que la única opción que quedaba y entendería mi aventura era Leandro. Intenté dormir lo que quedaba de la tarde y decidí que me escaparía en la noche para contárselo todo.

■

Me desperté a las diez. Mamá siempre dejaba un candelabro en el nocher. Me levanté y miré por la ventana: luna llena. Abrí el cajón de mi mesa de noche y miré uno de los dientes que se me cayó, el



libro *La Iliada* que me dejó mi abuelo al morir de cáncer, un trompo, un yoyo y mi pistola de balines con su culata pintada. Las armas de los guerrilleros no eran verdes. Sobre la pared blanca del armario estaba recostada una guama con manchas cafés, que desprendía un olor dulzón y que había sido la espada que Jorgito destrozó contra un árbol. Saqué la pistola del cajón, levanté la guama de la pared, caminé hasta la cocina y boté ambas a la basura.

Al volver a la habitación me fijé en los soldaditos de nuevo. Los soldaditos de plástico morían. Yo en el juego los lanzaba lejos por el disparo de un carro tanque, por balas o por un puño. ¿Morirían también los guerrilleros? ¿Eran todos los de esa guerra hombres hormiga sin antenas? ¿Habrán jugado ellos a Troya o a Pistolas de Balines? ¿Habrán jugado alguna vez?

El reloj de la sala dio once campanazos. Mamá solía guardar las llaves en el nochero, así que entré a buscarlas. La habitación de ella estaba llena de sombras por la luz que alcanzaba a entrar desde la calle. Sobre el nochero había una Biblia, un cenicero y las llaves de la casa. Cogí las llaves y salí con prisa. Abrí la nevera y un olor a leche podrida se me metió por la nariz. Empaqué el último yogur de melocotón y dos manzanas. Salí de casa. Arriba no había estrellas y aunque en luna llena la noche solía ser clara, la luz que llegaba era muy débil. Agarré la bicicleta blanca, acomodé las cosas en la canastilla y empecé a pedalear hacia el parque.

Parecía que la gente que vivía en las casas había salido a una fiesta en el otro extremo de la ciudad porque las puertas estaban cerradas y las cortinas estaban rígidas. Los carros parqueados por la calle tenían empañados los vidrios y el viento de agosto había desaparecido.

Mientras escuchaba el sonido de la cadena y mis pedaleos, pensaba en preguntarle a Leandro por un pájaro que cantara durante la noche, uno que desde la rama de un árbol abriera el pico e hiciera

un ruido capaz de despertar al resto de pájaros que durmieran a su lado. Uno que acompañara a los niños a pedalear cuando se escapaban de casa. De repente sonó un estruendo tan duro a lo lejos que frené en seco y los vidrios vibraron y las alarmas de los carros se encendieron y los perros empezaron a ladrar. Un trueno, pensé, y seguí sin detenerme.

Me habría gustado escuchar la algarabía del equipo de sonido en casa, el golpe de la botella contra la mesa o el tarareo de mamá. Las alarmas de los carros quedaron atrás y empecé a sentir en el manubrio la vía destapada de la calle de Moni. La casa de Moni era la primera de la cuadra, por lo que se alcanzaba a ver todo el parque. El sonido mismo de la bicicleta al pasar por encima de las piedras me parecía que despertaría al barrio entero. ¡Bum! Otra vez. Luego disparos a lo lejos y una alarma que yo no había escuchado nunca, pero que sonaba mucho más duro que el resto.

Dejé mi bicicleta tirada en la calle y corrí hasta llegar a la casa de Moni. Golpeé duro la puerta, pero nadie abrió, entonces me acosté detrás de la balastrada del andén y me quedé quieto. Los árboles se sacudieron y de las hojas empezaron a salir los loros, los azulejos, los colibríes y las torcazas que huían del parque. ¿Huiría también Leandro? Los brazos y las piernas me temblaban como si alguien los sacudiera por detrás. La noche entera parecía una tormenta de trastazos de disparos y el impacto de las bombas.

Me arrastré hasta la puerta de Moni y toqué de nuevo. Nadie abrió. Pensé en correr hasta el parque y esconderme con Leandro, pero cuando por fin lo había decidido, alcancé a verlo con un cigarrillo en los labios, cubierto detrás del tronco de un árbol de mango.

Golpeé de nuevo. Volví a asomarme por en medio de las columnas del balaustre y al costado contrario de la calle, donde antes había



pasado con mi bicicleta y escuchado el primer estruendo, alcancé a ver a un grupo de ocho guerrilleros que bajaban trotando y armados por la calle. Sentí ganas de empezar a gritar a la puerta de Moni, pero ya los hombres estaban cerca y las palabras no me salían de la garganta.

Al pasar frente a mí, vi que llevaban las botas manchadas de barro. Eran jóvenes la mayoría, armados con fusiles grandes y negros que brillaban bajo la luz metálica de la luna. Llevaban un uniforme que tenía los mismos colores de Prisma. Tenían un radio por el que se alcanzaba a escuchar una voz ronca y gruesa, muy similar a la que salía del radio del papá de Jorgito, y que yo no lograba entender. Uno de los últimos hombres de la fila disparó una ráfaga al aire. Los oídos me vibraban. Esas no eran guamas, ni pistolas de balines; eran armas. Y ellos, soldados de verdad.

Giré la cabeza y alcancé a mirar a Leandro. Él también me vio. Seguía con un cigarrillo en los labios y pude ver que dio una bocanada larga porque la punta del cigarrillo brilló más. Me pareció que las piernas le fallaron y, de no ser porque su espalda estaba contra el tronco, hubiera caído al piso. Se sentó en el banco de cemento. Yo quería gritarle que se escondiera, que hiciera algo por su vida, pero ya era tarde.

Cerré los ojos, escuchaba el golpeteo de las botas contra las piedras, el tintineo de las armas y el metal, el eco de los disparos que llegaban de lejos y el viento que sacudía los árboles. Hacía calor. Me hubiera gustado levantarme del piso y gritar “Por el honor y por la Patria” y que me dejaran huir de todo eso, de todo ese ruido, de todo ese juego, de toda esa guerra.

Los dientes me tiritaban y yo apretaba tanto las manos que acabaron por dormirse. Cuando abrí los ojos, vi que uno de los hombres tenía apuntado a Leandro. El hombre del arma gritó algo que no logré entender. Algo me agarró la camisa, por la espalda.



# ME HUBIERA GUSTADO LEVANTARME DEL PISO Y GRITAR “POR EL HONOR Y POR LA PATRIA” Y QUE ME DEJARAN HUIR DE TODO ESO, DE TODO ESE RUIDO, DE TODO ESE JUEGO, DE TODA ESA GUERRA.

—Soy yo, shh. —Era doña Cielo, la mamá de Moni, que de un empujón me tiró adentro de la casa y luego cerró la puerta—. No llore, Nico. Todo va a estar bien.

Ella estaba armada. Tenía una pistola en las manos y alcancé a ver que le temblaban. Moni no estaba en la sala. Con afán corrí la cortina un poco y me asomé por la ventana. Por un momento recordé a Ricky esa mañana haciendo lo mismo. Leandro se había levantado del banco de cemento y ahora estaba de pie con una mano alargada y la otra doblando el índice, tal y como si fuera un gatillo. El guerrillero seguía apuntándolo, y ambos parecían una estatua apuntándole a otra.





# EL SONIDO DE LAS BALAS CONTINUABA. EL HOMBRE QUE LO APUNTABA SACÓ UN RADIO DE SU PANTALÓN.

150



elipsis 2019

El sonido de las balas continuaba. El hombre que lo apuntaba sacó un radio de su pantalón. Leandro también se llevó la mano al muslo y aparentó llevarse un aparato a la oreja. Era la mejor imitación que le había visto: lo había logrado con todos los detalles; las mismas arrugas del rostro, el mismo movimiento brusco de los brazos, el mismo brillo en los ojos. Uno de los guerrilleros sonrió y le dijo algo al otro.

—¿Qué mierda está haciendo ese tipo? —dijo doña Cielo. Luego re-mató—. Mierda.

Uno de los guerrilleros sonrió ante la imitación de Leandro. El que lo estaba apuntando levantó su fusil, de nuevo le dijo algo a los otros hombres y luego vi que Leandro salió a correr. Sobre la calle estaba mi bicicleta pintada de blanco. La luna también tenía el rostro pintado de blanco. La luna se fue esa noche.

Leandro también se fue como si él hubiera sido el primero en salir herido en una guerra de balines, o en la guerra de Troya. Se fue calle abajo, y yo quedé pegado al vidrio de la ventana, esperando a



que el ruido de las balas se fuera. Y a que él volviera. Pero, aunque el ruido terminó, a Leandro no lo volví a ver. La mamá de Moni me llevó al mismo cuarto donde estaba su hija hasta que amaneció y la gente fue saliendo poco a poco a las calles a hablar de lo sucedido.

Fue el papá de Jorgito el primero que salió con una libreta en la mano. Golpeaba en cada casa y preguntaba si todos estaban bien. “¿Se llevaron a alguien?”. “No, a nadie”. “Gracias, doña”. “De nada”. Luego seguía su camino con el radio encendido, que permitía escuchar voces más afanadas y cifras más grandes de civiles muertos. Mamá no había dejado de abrazarme desde que nos encontramos en la casa de doña Cielo. “De ahora en adelante te entras a las ocho”, me dijo. “Bueno”, le respondí. Antes de que la gente se entrara a sus casas, levanté mi bicicleta de la calle y me acerqué al parque. El árbol de guayacán rosa estaba solo.

Tres semanas pasaron desde entonces. Las hormigas terminaron de reparar el guayacán. Sobre sus ramas, dos torcazas crearon un nido. El rojo, amarillo y verde del semáforo sigue funcionando, pero ya la gente no sonríe como antes. Al inicio creí que era por la ausencia de Leandro, pero mamá tiene razón: la mejor forma de ganarle la guerra a todo es con felicidad, y aquí en Florencia parece que todos estamos perdiéndola. Hemos vuelto a las bolinchas porque la guerra nos aburrió.

Creo que, si hubiera contado algo de lo que vi esa mañana con Ricardo junto al río, si hubiera roto mi pacto de silencio, Leandro aún estaría bajo el semáforo. Pero de Leandro no supe más. La escuela volvió a abrir. Sobre la silla ahora intento mantenerme con la espalda recta, y en la clase de ciencias pregunté por un pájaro que cantara de noche y la profe me respondió que había uno llamado atajacaminos. Papá volvió de su viaje. “Ya no me vuelvo a ir”, me dijo. Hace poco anunciaron por la televisión que Philippe Bizot se presentará en Bogotá. Ya convencí a papá de llevarme. Quizás encuentre a Leandro allí.



# EL REGALO



**Katherine Cano**

Editora

Cuando me pensaba terminando un proceso de profesionalización sin más, me encontré de repente en una convocatoria que me señalaba un camino esencial pero aún intransitado: el de la edición. La cita abierta que solía mantener con autores ya perdidos en el espacio, pero no tanto en el tiempo, se volvió una interacción personal real, un encuentro en ciudades que no conocía con gente cuya profesión es escribir y editar. Habité nuevos lugares y “turisteé” con un propósito creativo. El proceso Elipsis trajo para mí no sólo la participación en eventos como el Hay festival y la FILBo — que referenciaba como proyectos a mediano plazo—, sino también el descubrimiento de la labor de un editor, oculta tras historias cuidadosamente construidas y pensadas. Leer a un compañero y pensarlo en su texto fue un desafío al lugar común que es la recepción pasiva de información; fue un cuestionamiento a la propia labor escritural. Elipsis fue una nave que me llevó a aprender (en Cartagena y en Bogotá) de escritores británicos y de editores experimentados, además de disfrutar del paisaje vivísimo que fueron mis nueve compañeros.

Mi mirada ha cambiado: quiero revisar con celo lo que escribo y leer a mis amigos y colegas. Ha sido un gran paso el poder apreciar más detenidamente lo que producimos aquí y pensarnos como un país

que no es sólo receptor de ideas y conocimiento, sino que también es productor de ellos. He aprendido a confiar en lo nuestro y en la posibilidad de que, a través de interacciones como la que tuvimos con el British Council, se vea en nosotros una enérgica muestra de la multiculturalidad. Espero que este proceso no termine aquí, sino que las relaciones se mantengan y que los amigos del British sigan creyendo en nuestro valor más apreciado: el pluralismo.

## **Zulma Rincón**

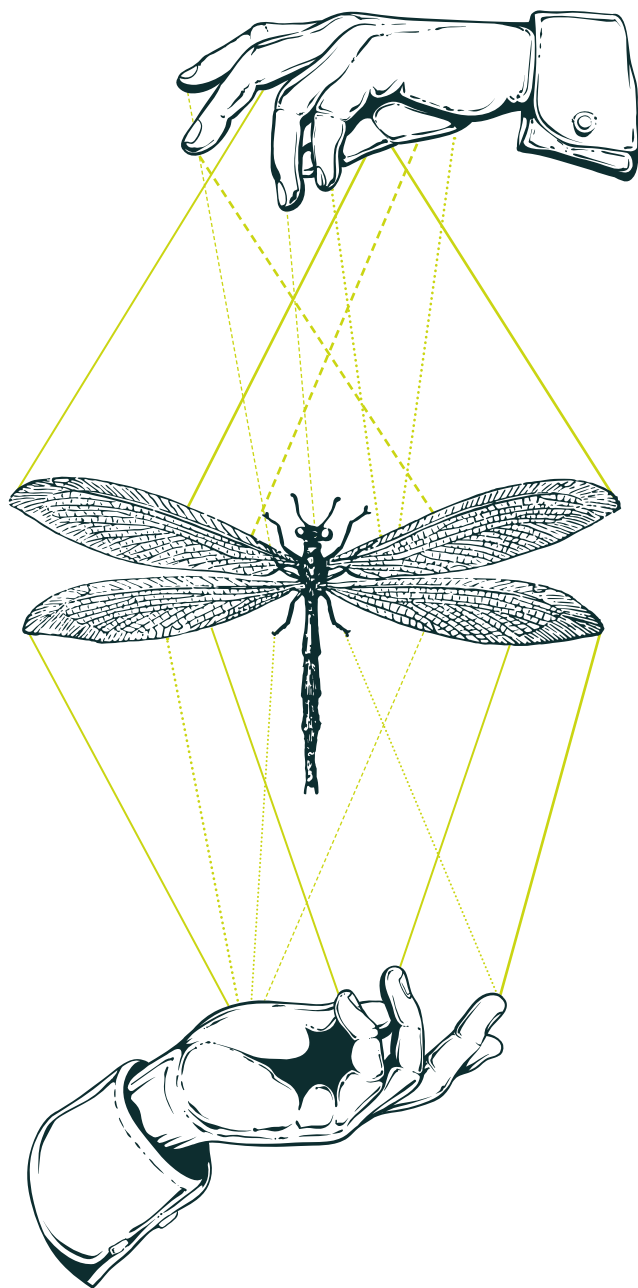
### Escritora

Este proceso ha sido toda una metamorfosis, y ser mariposa no ha sido fácil. De oruga andaba de aquí para allá sin reparos, comía de este o aquel libro sin preocupaciones, nadie me pedía cosas bonitas o movimientos encantadores. Debo agradecer a todos mis maestros (Óscar, Paco, Juliana, María Paz, Ricardo), que de alguna manera me acompañaron en el camino de la escritura, y a Elipsis por permitirme conocer tan grandes seres humanos. Gracias a ellos sé que valen la pena los esfuerzos: los trasnochos, la investigación, los esquemas, las palabras, los tachones, las lecturas. Todo esto me ha hecho ser distinta, y me ha fortalecido.

Estar en el Hay Festival y en la FILBo no solo han sido sueños cumplidos, sino que fueron una oportunidad para aprender de Kim, Luna, Madeleine, Dylan, David, Sarah, Carolina, Philippe y Alexandra que la escritura es un espacio para exponerse y dar lo mejor de sí, con humildad y alegría. Agradezco a mis compañeros de escritura y edición por este mimo que construimos de a poco. En especial a Katherine por el cariño con el que escribía las correcciones. Y por supuesto agradecer a mis guías supremas: Alejandra y Marta, que con esmero y paciencia pulieron ala por ala en espera de que la mariposa volara. Ser mariposa nunca ha sido fácil, me repito, mientras tejo palabras que zumban en mi cabeza queriendo escapar, hallando caminos que ahora son posibles y se construyen letra por letra.

# elipsis

2019



# EL REGALO



Zulma Rocío  
Rincón Díaz



Katherine Cano



*“¿Sabes cuál es la mayor victoria  
de una gata sobre un tejado de zinc caliente?”*

*Resistir en él todo el tiempo que le sea posible,  
hasta el último segundo”.*

— Tennessee Williams (*La gata sobre el tejado de zinc caliente*)

Cuando Lena ve la luz del sol que entra por las cortinas, se da vuelta y hunde la cabeza entre la almohada. Mueve sus pies a la parte fría de la cama, donde antes dormía Leandro, e intenta salir del letargo. Su cabeza aplasta la almohada hasta casi desaparecerla, como si esta mañana pesara de más. La noche había sido larga: las peleas callejeras de perros habían dejado a una hembra herida que no la había dejado dormir de tanto chillar. Ahora los machos ladraban afuera, como llamándola. Había pasado mala noche; sueños de muerte, de fantasmas, rondaban su cabeza. Ella se despertaba a cada tanto en la madrugada para planear lo que haría, lo que diría, cómo se vestiría. Qué pasaría en el día. Qué sorpresa le darían sus amigas. Qué irá a pasar con Leandro. Pensaba en el Leandro que conocía y trataba de hacerse una imagen del Leandro que vería. ¿Sería posible volver a empezar?

Retira sus pies de ese lado de la cama. Había quitado los cuadros de él, regalado su ropa, tirado las máscaras que decoraban las paredes, pero nunca pudo solucionar la ausencia del otro lado de la cama. Por más que cambiara de colchón ese vacío no se iría, era un espacio que ella no podía materializar para arrojar por la ventana.

La primera vez que lo vio fue en un teatro con su grupo de actores. Hoy también lo vería en un teatro. ¿Estará solo? ¿Estará dispuesto a seguir una vida juntos como si nada? ¡Debe tener una muy buena explicación! Quizá Sandra y Laura tuvieran razón. Ella no debería estar



haciendo esto. Ya es suficiente tiempo sin saber de él. Los pensamientos se dibujan y desdibujan en el techo blanco con cada parpadeo. Sus ojos recorren la habitación en un intento por encontrar respuestas en ella: en las grietas diminutas, en la mancha del techo, en el par de réplicas de Monet, en la biblioteca pequeña repleta de libros que algún día leería. Si las cosas hablaran tampoco tendrían nada que decir. Un día Leandro estaba y al otro ya no, y eso era todo.

Hace frío, la neblina arropa Bogotá haciéndola ver más gris de lo normal. Lena estira sus brazos y sus piernas, tensiona todo su cuerpo, bosteza, se mueve un poco entre las sábanas, disfruta de su desnudez al rozar la tela. Decide levantarse al fin. Gira para que la gravedad la ayude a salir de la cama. Pone música. Esa canción se lo recuerda: un 20 de diciembre, tres años atrás, se hizo novia de Leandro. Se habían conocido en el Teatro de La Candelaria. Había festival de teatro y Lena y sus amigas fueron a ver una obra. Como estudiantes de psicología tenían por costumbre ver teatro, pues era una forma de estudiar el comportamiento humano sin estar en terapia. Se sentaron delante de Leandro y su grupo de actores, y fue la primera vez que ellos cruzaron una sonrisa. Ella creyó conocerlo y él respondió al saludo con un movimiento de cabeza. Cuando la obra acabó ella no aplaudió ni se levantó de su silla para ovacionar a los actores. Quedó confundida y decepcionada porque no sabía lo que había pasado al final con el personaje principal, no lograba comprender la totalidad de la obra y eso la frustraba. Le gustaba entender las cosas; de lo contrario le parecían inútiles. De pequeña siempre preguntaba los porqués de todo, y no quedaba satisfecha hasta obtener una respuesta. Por eso decidió estudiar psicología y, al confirmar que todo tenía una razón, nunca dejó de buscarla.

Leandro y sus actores en formación se reunieron a hablar en el café del teatro. Tenían la costumbre de hacer foro de las obras que veían. Las mesas en la cafetería del teatro estaban llenas; sin embargo, lograron encontrar algunas sillas junto a la mesa donde Lena, sentada con sus amigas, discutía la obra.



# ELLA SE COMIÓ TODO, NO SÓLO LA CENA, SINO LAS PALABRAS DE LEANDRO, QUE LLEGARON COMO LA ENTRADA DE UN PLATO FUERTE.

158



elipsis 2019

—No todo tiene que tener un porqué, no te obsesiones con eso, el arte no siempre tiene explicación —le decía Sandra a Lena para ponerla a pensar en otra cosa. Lena vio a Leandro acercarse a la mesa y se cercioró de que no lo conocía y de que le había sonreído por equivocación, la luz le había jugado una mala pasada.

—¿Podemos sentarnos aquí?

—Claro, sigan —dijo Lena mientras miraba a los ojos a Leandro.

—¿Cómo les pareció la obra? preguntó Leandro mientras todos se acomodaban.

Sandra y Laura se miraron entre sí y movieron su cabeza dando una negativa. Lena, en cambio, entró en la conversación convencida de que podría saciar su sed de respuestas.

—La verdad no logré entender el final de la obra. Es inesperado y no tiene coherencia con la historia.



Lena sintió los ojos de sus amigas clavándose en ella y escuchó los cuchicheos. Ya sabía lo que le esperaba.

—¡Te gusta! —susurró Laura al oído de Lena cuando advirtió que no paraba de mirar a Leandro en medio de su explicación.

—¡No! —susurró incómoda—. Déjame escuchar.

Sus amigas regresaron a los cuchicheos.

—Shhh —dijo Lena, cansada de los murmullos de sus compañeras.

Después de la charla, Leandro las invitó a comer. Lena aceptó encantada, pero Laura y Sandra prefirieron irse a sus casas. En la cena quedó fascinada con los conocimientos de teatro que él tenía, y su sed de aprendizaje. Pero además de obras escénicas, hablaron de fotografía, de música y de psicología. Ella se comió todo, no sólo la cena, sino las palabras de Leandro, que llegaron como la entrada de un plato fuerte. Al salir intercambiaron números y prometieron volver a charlar.

Los pensamientos no la dejan moverse. Por cada acción hay un momento de inmovilidad que se alarga tanto como el recuerdo. No para de pensar en su actitud o su reacción cuando vea a Leandro, en las razones por las cuales desapareció y la abandonó, en las posibles excusas. Debe moverse un poco más rápido. Sus amigas la esperarán desde temprano para caminar un poco en el centro comercial, quizá le comprarán algo y almorzarán juntas. A pesar de ser tan distintas, eran sus únicas amigas. Se habían conocido al comienzo de la carrera, y nunca se habían separado. Se sentía querida y el tiempo haciendo trabajos en la universidad las había unido. Sus diferencias hacían que siempre tuvieran algo de qué hablar. Al final del día verán a Philippe Bizot por decisión de Lena. Ni Laura ni Sandra saben quién es el tal Bizot, pero saben que es importante para ella. Detener el tiempo con un baño caliente. Salir de la ducha envuelta en una toalla y con el cabello empapado. Elegir su mejor ropa interior y el vestido rojo que le había regalado cuando eran novios. Hacía poco



más de un año no lo usaba. Al ponérselo lo siente un poco suelto y se da cuenta de que está mucho más delgada, pero se mira al espejo y comprueba que le sigue quedando bien. Buscar un abrigo liviano. Desayunar huevos, café con leche y pan: el desayuno favorito de los dos desde que empezaron a vivir juntos. Mirarse al espejo. Aplicarse el suficiente maquillaje para que no se noten las ojeras y dure hasta la noche. Lena no podía creer que Leandro hubiese aceptado la invitación después de un largo año de silencio, distancia y abandono.

El día anterior imprimió las boletas que había comprado hacía casi un mes, y preparó un rico arroz-con-todo de almuerzo, asegurándose de que quedara suficiente por si Leandro llegaba a quedarse en Bogotá. Se arregla el cabello, organiza la mesa y la habitación y sale. Caminando hacia el TransMilenio se siente un poco idiota y las palabras de sus amigas salen a relucir en su cabeza. “Déjalo ya”. “No va a volver”. Pero mientras su cabeza le ordena olvidarlo, su cuerpo sigue instrucciones de prepararse para su llegada.

El TransMilenio está tan congestionado como su cabeza. Cuando por fin logra tomar una silla revisa el celular. Piensa en la comunicación que tenía con Leandro: nunca faltaron los mensajes y ahora no tiene cómo comunicarse. No sabe si el correo de la invitación ha quedado claro, así que escribe otro en el celular para ratificar el punto y la hora de encuentro. Escribe a sus amigas que va en camino y revisa las felicitaciones de cumpleaños que recibe de amigos y familiares. Recuerda el último mensaje de Leandro: “Te amo”.

Los primeros días después de haberse ido Leandro, Lena estaba desesperada. Cuando ella volvió a casa él ya no estaba. Era normal que él viajara por trabajo a veces, pero no era normal que no le avisara. Abrió armarios y se fijó en lo que faltaba: notó los espacios vacíos de pantalones y camisas. Trató de recordar algún viaje previsto, revisó los mensajes y le escribió de inmediato, pero no recibió respuesta. Lo llamó cientos de veces al celular, pero siempre era lo mismo—*Sistema correo de voz*—. Salíó al teatro a buscar



# LENA NO PODÍA CREER QUE LEANDRO HUBIESE ACEPTADO LA INVITACIÓN DESPUÉS DE UN LARGO AÑO DE SILENCIO, DISTANCIA Y ABANDONO.

EL REGALO ::

Zulma Rocío Rincón Díaz



161

respuestas. Hacía frío, pero ella sentía su cuerpo caliente. No estaba segura si por la preocupación, por la rabia, o por la velocidad al caminar. Era sábado, el fin de semana de Reyes. Golpeó a la puerta del teatro y nadie le abrió. Leandro solía trabajar allí sin importar la época, y si había función alguien quedaba encargado del teatro. Algo grave pasaba. El lunes era festivo y ella tendría que esperar hasta el martes para saber alguna razón de él, así que fue a la casa de la familia de Leandro, y aunque le costó mucho tomar la decisión porque ninguno de los dos tenía cercanía con ellos, era su última opción. Allá tampoco recibió respuesta. Pensó que habrían salido de viaje por ser festivo. “¿Él iría con ellos?”, pensaba. “Es imposible, me hubiera avisado”. Llamó a los amigos más cercanos, y de todos



recibió la misma negativa. No paró de buscarlo en cada rincón de su memoria, buscó hasta a los amigos con los que ya no hablaba, y no encontró ninguna respuesta. El fin de semana lloró de rabia, de miedo y de una profunda tristeza que se instaló en su garganta. Le dejó mensajes de texto de todo tipo, mensajes de voz, mensajes en WhatsApp y Facebook. Si Leandro hubiera tenido más redes sociales, le habría escrito a todas. Decidió escribirle un correo en el que mezclaba los insultos con las súplicas, en el que lo increpaba, lo regañaba y luego le pedía que le explicara qué había ocurrido. Sus manos se movían rápido y sus ojos se humedecían con cada maldición que escribía. Se secaba con rabia las lágrimas, que no le dejaban ver la pantalla. No podía creer que hubiera sacado sus cosas y se hubiera ido sin decir nada. Se llevó casi todo. Nunca le gustó tener de más. El vacío se sintió como un hueco en el estómago que la hacía comer con ansiedad. Con cada hora que avanzaba, el temor de que le hubiera pasado algo disminuía, y el odio hacia él por haberla abandonado sin más aumentaba.

El martes volvió al teatro para confirmar lo que pensaba. La atendió Andrés, un actor y la mano derecha de Leandro.

—Sigue y te tomas un café. Hace poco llegué y encontré esta carta de Leandro. No sabía que se había ido, lo siento mucho. También te dejó esto —dijo, y le entregó una cajita roja.

Las palabras de Andrés llegaban a Lena como una avalancha de barro denso sobre su cabeza. Después de un profundo suspiro, abrió la caja. En la carta decía que dejaba a Andrés encargado de todo. Afirmaba que lo había entrenado durante siete años para que pudiera manejar el grupo sin problema y consideraba que ya tenía la suficiente experiencia para hacerlo.

—Me dejó la copia de todas las llaves del teatro. No dice para dónde se va, ni cuándo va a regresar. Pide que no lo busquen. —Hubo un largo silencio entre Andrés y Lena.

—Es una libélula —dijo al fin Lena con los ojos llorosos, mostrándole a Andrés el prendedor que estaba en la cajita.

Lena apenas probó el café, se levantó de la mesa, le dio un abrazo a Andrés y salió del teatro muy despacio. Sus pensamientos iban más rápido que el viento que corría afuera. El clima estaba aletargado y vacío, o por lo menos así lo percibía ella. No sabía qué pensar. “¿Es una despedida definitiva? ¿Es un hasta luego? ¿Estará bien? ¿A dónde se habrá ido?”, se preguntaba mientras se alejaba del Teatro Ícaro. La Candelaria empezó a tomar nuevas formas, los recuerdos empezaron a llegar a su cabeza como cascadas de agua que no paraban. Sólo habían sido dos años, pero parecían muchos más. En ese momento deseó borrar los recuerdos con Leandro de su memoria, quizá por odio, quizá por desconcierto. ¿Qué pasó? ¿Dónde estás? Se repetía una y otra vez sin obtener una respuesta diferente al sonido del contestador del celular —*Sistema correo de voz...*—. Estaba desgarrada, sin saber a dónde ir ni qué hacer. Quería recorrer cada lugar por donde habían estado juntos con la esperanza de encontrarlo sentado mientras tomaba un café, con el cigarrillo en la mano, viendo al horizonte, o caminando por alguna de sus usuales calles. “*Pide que no lo busquen*”, le retumbaban en la cabeza las palabras de Andrés. Ella no perdía la esperanza de volver a verlo. Había decidido que escribiría cada día hasta que le respondiera.

Su rutina ahora era revisar su correo en espera de una respuesta, y los correos que ella escribía se iban convirtiendo en un diario de emociones que se transformaba con cada pensamiento: escribía que había botado sus cosas, pedía explicaciones, luego se disculpaba por haber regalado su cuadro favorito, y maldecía la vida de Leandro. Unos eran secos y sin ganas, y otros, llenos de ira y celos. ¿Cómo era posible su silencio? ¿Por qué no dijo nada antes de irse? ¿Por qué es tan terco y egoísta? Eran las preguntas que la asaltaban todo el tiempo y que no se callaba en los correos. Después de la ansiedad inicial, la rabia la había obligado a dejar de comer. No paraba de llorar por la ausencia de Leandro. A veces de noche, a

**NO PARABA DE  
LLORAR POR LA  
AUSENCIA DE  
LEANDRO. A VECES  
DE NOCHE, A  
VECES DE DÍA, SE  
LE AGUABAN LOS  
OJOS EN CUALQUIER  
MOMENTO: CUALQUIER  
OBJETO DE LA CASA,  
UNA CONVERSACIÓN,  
UNA LECTURA, UNA  
CANCIÓN, UNA  
CALLE, UN OLOR O  
UNA PALABRA SE LO  
RECORDABAN.**



veces de día, se le aguaban los ojos en cualquier momento: cualquier objeto de la casa, una conversación, una lectura, una canción, una calle, un olor o una palabra se lo recordaban. A los quince días no aguantó más su encierro físico y mental. Se arregló lo mejor que pudo, se puso tacones y vestido, se maquilló, se bañó en perfume y salió a cine con sus amigas. Ese día decidió dos cosas: empezar a botar cada cosa que la entristeciera, limpiar la casa de su presencia, y no volver a escribirle cada día; no sabía si él estaba leyendo sus correos. Y ella tenía muy claro que una relación era de dos, y que debía tener dignidad; así lo amara mucho no podía dejar de vivir por alguien que ya no estaba. En la noche se dedicó a escribir el último correo. Al mes se dio cuenta de que escribir era más importante para ella que para Leandro. Y casi una vez al mes resultaba escribiendo algo con un poco de odio, rabia, y hasta humor para asimilar el abismo emocional que había en sí misma.

El viaje en TransMilenio es tan lento que parece que se estira como queso caliente que se niega a romperse con el mordisco. Se baja y camina un poco hasta llegar a Iserra 100. Sandra y Laura la esperan en la puerta. Dos abrazos, dos besos, y dos bonos de regalo directo a su mano, el de Laura de ropa y el de Sandra de comida. Lena está segura de que habían comprado lo que hubieran querido que les regalaran si fueran ellas las cumpleañoseras. Pero ella espera el mejor regalo en la noche.

—Te sienta muy bien cumplir años. Leandro no merece tanto

—dice Laura.

—Invitamos a Andrés a que almorzara con nosotras —dice Sandra—, esperamos que no te moleste.

—Dañaste todo, era una sorpresa —le dice Laura a su amiga.

—A Lena no le gustan las sorpresas. Es mejor así, ¿Verdad?

—Andrés es un amigo, está bien. Además, también vendrá a la obra, no hay problema. Me imagino que también querrá ver a Leandro.

—Pero, ¿tú sí crees que venga? —se atreve a decir Sandra. Laura levanta una ceja y le abre los ojos en un intento de callarla—. Hay

que ser realistas, lleva un año desaparecido y ahora va a venir así, ¿de repente? Yo no creo —dice antes de que Laura la arrastre hacia el centro comercial.

Ya adentro Lena trata de divertirse con sus amigas e intenta olvidar la ansiedad que siente apretándole el estómago...

Cuando Lena salía temprano de trabajar caminaba, y pensaba. Se atormentaba al pensar que las razones de Leandro debían ser más fuertes que todo el amor que le profesaba, y trataba de entenderlo. Caminaba desconcertada, hablando para sí misma y con sus audífonos puestos, que era la manera de no parecer loca mientras le hacía reclamos a un Leandro imaginario. Correo a correo guardaba esperanzas, acumulaba recuerdos y trataba de escribir como escape al desconcierto que sentía. Por más que sus amigas le dijeran que lo olvidara, siempre había algo más que no se lo permitía, quizá su terquedad o su naturaleza caprichosa, que no aceptaba un hecho sin explicación razonable. Encontró olvidados entre los cajones paquetes de cigarrillos de él, que ella fumaba poco a poco intentando consumir su recuerdo, pero su esencia se le pegaba a la ropa, a la carne. Habría sido más fácil si se hubieran despedido. Pero su única despedida tenía forma de libélula.



Suena el rumor y el pito de los carros como un día cotidiano en Neiva. El ruido, el caos y la radio despiertan a Leandro. Sus miedos y pensamientos se mezclan con el desorden de afuera e intenta abrir los ojos. Se siente pulverizado. El cuerpo le pesa. Tan pronto se despierta, una oleada de tos intenta salir de su cuerpo. Ha puesto la alarma del radio temprano para poder viajar a Bogotá. “Neiva 20 de diciembre, temperatura promedio del día de 23 a 32 grados centígrados, mayormente soleado. Y en otras noticias el alcalde electo se ve envuelto en...”. Apaga la radio porque el dolor de cabeza es insoportable. Hace todo lo posible por sentarse en la cama para lidiar con un ataque de tos cada vez más parecido a una arcada, y



# EL RUIDO, EL CAOS Y LA RADIO DESPIERTAN A LEANDRO. SUS MIEDOS Y PENSAMIENTOS SE MEZCLAN CON EL DESORDEN DE AFUERA E INTENTA ABRIR LOS OJOS.

EL REGALO



Zulma Rocío Rincón Díaz



167

trata de tomar grandes bocanadas de aire para no ahogarse. No quiere seguir en la cama, pero sus fuerzas son casi nulas, sus arrojos en cada movimiento lo desgastan y lo acaban. Aunque la cama lo seduce se levanta porque necesita estar a tiempo y alcanzar a hablar con Lena antes de la obra. Después de un año de ausencia debe disculparse por haber sido tan torpe y abandonarla sin explicaciones. Pero su cuerpo dirá mucho más que sus palabras. Al ver su piel desgastada y traslúcida, sus ojeras y su delgadez, Lena adivinará la razón de haber huido.

Enciende el ventilador en lo más bajo posible para respirar un poco de aire, pero el ataque de tos lo obliga a apagarlo. Cada paso por





# CADA PASO POR SU PEQUEÑA HABITACIÓN ENCARNA UN DOLOR EN TODO EL CUERPO.

168



elipsis 2019

su pequeña habitación encarna un dolor en todo el cuerpo. Alista la ropa que se pondrá. Toma un baño rápido. Siente el golpe de calor al salir de la ducha.

Mientras se cambia, termina de empacar las últimas cosas que le faltan. Se siente cada vez más lento y eso le da rabia. Piensa que no debió salir de la cama ese día, pero tiene mucha ilusión de ver al amor de su vida y a Philippe Bizot, y vivirlo antes de morir. Tantas experiencias en su viaje le han enseñado que vale la pena despedirse. Ha aprendido mucho durante el último año. Ha, por fin, dejado de huir. De sí mismo, de los demás y sobre todo de la muerte. Ha empezado a despedirse, y necesita también despedirse del teatro. Leandro no deja de tener miedo, no quiere que lo vean tan deteriorado: un año de distancia ya parecen diez en su piel. Es posible que Lena no reconozca sus ojos hundidos, su piel desgastada, sus pasos torpes y su carácter cada vez más parco, pero lo llaman los pendientes y vacíos que ha dejado, y ha llegado la oportunidad de solucionarlos.

Desea hacer algunas cosas por última vez: despertar al lado de Lena y ver sus ojos girasol, claros y con líneas oscuras profundas.



Abrazar a su hermana y a sus padres a pesar de la distancia. Fantasea con hacer una última obra de teatro si el tiempo se lo permite. Está agradecido porque el teatro le ha dado la posibilidad de vivir muchas vidas gracias a los personajes que ha encarnado. Cada papel ha sido una oportunidad de disfrutar el mundo desde una perspectiva diferente.

¿Qué demonios es la muerte? Piensa: amar es un cliché lleno de pequeñas muertes: *la petite mort* en francés, que ocurre justo después del orgasmo, un segundo en el que se pierde el estado de conciencia y donde se trasciende. La muerte de un niño que el amor de tu vida espera, la muerte de un buen momento juntos, la muerte de un mal momento luego de una reconciliación. Hay muertes menos traumáticas que otras: la muerte de un sentimiento, el marchitar de una flor, un árbol pudriéndose. Hay momentos de renacimiento, como cuando un tsunami barre con todo para que allí vuelva a florecer vida. Lo irónico es que no nos fijamos en esa parte viva, sino en lo que muere, sin pensar que la muerte no es el fin. Es matar al niño de 12 para que nazca el de 13.

Tiene ganas de gritarle al mundo que está muriendo de cáncer, como si esto lo ayudara a dejar de sentir dolor y morir tranquilo. Más allá de la muerte hay un vacío que él necesita llenar con urgencia. Ya no le importa morir. Ha superado el pánico a la muerte. Ahora empieza a enfrentar lo que le queda de vida. Si es que aún queda algo.

Lena se notaba cada vez más distante y desinteresada en sus correos. Le sorprendió mucho la invitación del último mes y terminó aceptando. Piensa en su vida mientras se pone torpemente las medias; sus movimientos se han vuelto pesados y de vez en cuando mira un punto fijo al frente y se queda quieto. Si una persona lo viera, más que enfermo pensaría que estaba loco. Se había enterado hacía un año, a finales de diciembre, de que tenía cáncer. Ellos habían viajado de Bogotá a Tunja para pasar navidad con la familia de Lena, y Leandro se devolvió al día siguiente por la noche. Le



hubiera gustado acompañarla más tiempo, pero sentía un dolor insoportable que resultó más fuerte que las ganas de sentir el cuerpo de Lena desnudo a su lado. No quería preocuparla, nunca le gustó que los otros lo vieran como enfermo, siempre se consideró alguien inquebrantable, aunque en realidad no lo fuera. Inventó que tenía una gripa fuerte y que Tunja, con su altura, no ayudaba con la recuperación. Lena le preguntó si lo acompañaba. Él le dijo que no, que se quedara con su familia. Y ella sabía que la terquedad de él no lo iba a dejar cambiar de opinión.

Leandro viajó, y aunque no solía ir al médico, a la mañana siguiente fue a urgencias. Se sentía cada vez peor, no quería decirle a nadie, odiaba el “espectáculo” de dar pesar a otros. Cuando el médico lo vio lo hospitalizó inmediatamente y le realizaron exámenes de todo tipo. Le diagnosticaron cáncer de pulmón un 28 de diciembre, el día de los inocentes. Era una pesada broma de mal gusto, pero el doctor no terminó diciendo “pásala por inocente”.

—Es un caso muy extraño. Debes dejar de fumar por completo, el cáncer está muy avanzado. Es posible que las quimioterapias te ayuden, pero en este momento no te queda mucho tiempo de vida —le dijo el médico, poniéndole la mano en el hombro. No quiso saber más y pidió salir del hospital lo antes posible. El médico le dijo que tenía que quedarse unos días más hasta que estuviera estable. Los pensamientos y la nostalgia de aquel día lo perseguían. Le daba pavor tener que ir a Bogotá y enfrentar a un médico de nuevo. Al mismo tiempo pensaba que nadie podía obligarlo a decidir cómo quería pasar los últimos días de su vida. Y quizá Lena lo entendería. Se sentía torpe y no sabía si lo mejor hubiera sido quedarse y hacerle caso al médico con todo lo del oncólogo, las quimioterapias y radioterapias.

Leandro termina de vestirse, sale al patio de la casa y enciende un cigarrillo. Por cada aspirada de nicotina la ansiedad aumenta. Quizá sería su último cigarrillo.



En el hospital, él procuró mantenerse comunicado con Lena para que no se preocupara y ocultarle su hospitalización y, por supuesto, su padecimiento. Odiaría verla sufrir por su enfermedad. Odiaría que al verlo enfermo dejara de amarlo. El solo hecho de pensar en todas las citas y torturas químicas por las que tenía que pasar su cuerpo lo atormentaba. Por no decir que odiaba el olor a casi muerto de los hospitales. Así que tan pronto le dieron de alta y tuvo en su mano las fórmulas para citas, quimios y radios, decidió vivir sus últimos días sin tortura personal y sin torturar a otros. Estaba lleno de miedo, y su miedo decidió por él. Decidió irse lo más lejos posible antes de que todo el mundo empezara a ver su decadencia. Lo primero que hizo fue ir de compras para su viaje. Después de pensarlo un poco resolvió comprar algunos regalos para su familia y para Lena. Fue al apartamento, organizó sus cosas y empezó a empacar su maleta, su última maleta de viaje. Envolvió los regalos. A la mañana siguiente llevó algunas cosas al teatro y sacó otras que tenía allí y que había decidido llevar. Dejó una carta para Andrés y una cajita del tamaño de una caja de anillo para Lena. “No dejen morir el grupo”, firmaba al final. Fue hasta el terminal y cogió el primer expreso que salía a Cartagena.

Tantos recuerdos le abruman el pecho. Arroja el cigarrillo al piso y se apresura todo lo que el dolor le permite a salir de la casa. El cuarto ha quedado casi desocupado. Su equipaje cada vez se volvía más ligero, aunque nunca fue demasiado pesado. Mientras camina, empieza a sentir que ha perdido las dos cosas que más amaba en la vida: su grupo de teatro y Lena.

La primera vez que Leandro vio los correos de Lena ya habían pasado varios días. Fue a un café internet y, al abrir su cuenta, encontró una cascada de correos sin leer, la mayoría de ella. Al principio cerró el buzón sin leer nada. Después de reunir el valor suficiente, volvió a entrar para leerlos todos. Pensó en enviar un mensaje corto que apenas dijera que estaba bien, y que por favor no lo buscara. Aun así, se contuvo. En ese entonces su misión era desaparecer de su vida, y



una palabra podría darle esperanza. Los mensajes de Lena de alguna manera le daban fortaleza para combatir los dolores de la enfermedad. Cada correo lo hacía sentir más vivo, sentía celos, le daba rabia, tristeza, y recordaba cuánto la amaba y sentía mucho dolor por la distancia de la que él mismo era culpable.

Un par de meses después, en uno de esos días en los que Leandro se sentía muy mal, en los que el dolor, la frustración y la tristeza lo estaban consumiendo, no fue a trabajar. A veces le daban ganas de romper el espejo del baño, que le anunciaba su deterioro constante y lo desanimaba cada día. Sin embargo, como un soldado a la guerra, salió a ver el correo para buscar el mensaje mensual de Lena. El grupo de teatro desaparecía. Los proyectos no estaban siendo aprobados y los apoyos estatales eran cada vez menores. Estaban a punto de cerrarlo todo. Después de leer el correo, no pudo controlar su cuerpo. No paraba de llorar, sentía frustración de haber pensado que Andrés no había sido capaz de manejar todo. Que lo que él había construido, Lena, el teatro, todo lo había abandonado a su suerte y lo estaba perdiendo. Por primera vez estaba dándose cuenta de lo que le estaba pasando: después de una larga etapa de negación empezaba a sentir que su enfermedad lo estaba matando a él y todo a su alrededor. Escribió un correo para ella, pero no lo envió y lo borró antes de salir del internet a encerrarse en su cuarto. Lloró todo el día y gritó de la rabia. Al día siguiente gracias a su terquedad resolvió salir a trabajar.

Lena aprovechó el festivo de junio para ir a Medellín. Había festival y quería averiguar si habían visto a Leandro. Si había un lugar en el que le hubiera gustado vivir a él era Medellín: el teatro y la cultura pululaban por las calles. Así que viajó al festival a buscar contactos y amigos lejanos de él. Su búsqueda fue infructuosa y se devolvió para Bogotá, resignada a no volver a verlo nunca. Ella seguía escribiendo con la esperanza de que la leyera, de que le diera una respuesta. Lena era igual o más terca que Leandro y siguió escribiendo a pesar de todo. Él no respondió hasta que, varios meses después,

**TANTOS RECUERDOS  
LE ABRUMAN EL  
PECHO. ARROJA EL  
CIGARRILLO AL PISO  
Y SE APRESURA  
TODO LO QUE EL  
DOLOR LE PERMITE  
A SALIR DE LA  
CASA. EL CUARTO  
HA QUEDADO CASI  
DESOCUPADO. SU  
EQUIPAJE CADA  
VEZ SE VOLVÍA MÁS  
LIGERO, AUNQUE  
NUNCA FUE  
DEMASIADO PESADO.**



# LEANDRO TEMBLABA DESPUÉS DE HABER DADO CLIC EN ENVIAR. NO SABÍA POR QUÉ LO HABÍA HECHO, NI SI LO QUE HABÍA RESPONDIDO HABÍA ESTADO BIEN.

174



elipsis 2019

en un intento de verlo, Lena escribió un último correo contundente: “Un año de silencio, qué ironía. ‘30 años de silencio’: así se llama la obra que trae Philippe Bizot en un mes. Es a las 6 de la tarde en el Teatro Nacional La Castellana, tengo cómo conseguir boletas. Tu verás si quieres venir, tómalo como un regalo de despedida”.

Cuando Leandro vio el correo, que llevaba varios días sin revisar, no sabía qué responder. Estaba muy emocionado por la llegada de Philippe Bizot a Colombia, el discípulo vivo de Marcel Marceau, a quien nunca había visto en escena y siempre había admirado. Además, ahora que había pasado un año de mimo lo admiraba más. No tener voz no era fácil. Era el momento perfecto para volver a ver a Lena y quizá a su familia; sabría que si viajaba tendría que quedarse en Bogotá. Era posible que Lena no lo quisiera más. Quizá era hora de volver a casa y morir junto a ella. Era hora dejar a sus familiares hacer duelo y estar rodeado de los suyos. Después de mucho dar vueltas sobre el asunto, por fin respondió:



“guárdame una boleta, allá nos vemos. Gracias por la invitación”. Leandro temblaba después de haber dado clic en enviar. No sabía por qué lo había hecho, ni si lo que había respondido había estado bien. ¿Se había dejado llevar por la emoción? Quizá ya había madurado lo suficiente para entender que necesitaba despedirse. Su decadente cuerpo era más inteligente y sabía que ya no podía seguir de itinerante por Colombia. Quizá era su última oportunidad para decir adiós como se debía. Tenía que preparar su mejor ropa, comprar un par de cosas con el dinero que le quedaba, ahorrar para el viaje y empezar a preparar un buen discurso para cuando la viera. ¿Qué decirle después de tanto tiempo? Su cara y su cuerpo hablarían por él y gritarían por cada poro la queja de un desahuciado silencio.

Sale temprano de la casa y aprovecha para pasar un rato por el Parque de los Niños. Las aves de este parque lo tranquilizan (su corazón late acelerado por el dolor de su cuerpo). Está alterado por el viaje. Llevaba una semana sin salir. No se sentía bien para trabajar. Cada vez había menos turistas. La situación económica del país no daba para estar de viaje. A veces extrañaba Cartagena, donde lo habían atendido muy bien; los extranjeros pagaban mucho mejor que sus compatriotas y había siempre turistas.

Coge un taxi y llega a tiempo para salir con el bus de las cinco de la mañana. Emprende su camino a su inesperada Bogotá. Recuerda todas las veces que ha subido a un bus ese año: el largo viaje a Cartagena. La corta estadía en Medellín. El paso por Pereira. El terrible susto en Cali de casi morir o ir a la cárcel. La violencia en Florencia, y la ruidosa Neiva. Durante toda su travesía había sentido que estaba huyendo, de su familia, de Lena, pero sobre todo de sí mismo. No quería que nadie viera el deterioro debido al cáncer en su cuerpo, así que no duraba demasiado tiempo en un mismo lugar. Cuando sentía un fuerte lazo con alguien decidía salir. A excepción de Cali y Florencia. El país cada vez se ponía peor y nadie decía nada. Lo mejor era salir corriendo o por lo menos era lo que todos hacían. Y





a veces anhelaba también hacerlo. No sabía con exactitud cuánto tiempo le quedaba de vida. Lo único que deseaba era terminar de vivir lo que le había faltado y morir tranquilo.

El olor del bus hace que empiece a sentirse peor. La cabeza le da vueltas, cada vez se marea más fácil, no soporta el calor asfixiante de los buses, el aire acondicionado lo pone a toser e incomoda al resto de pasajeros. Desde hacía unos días había empezado a toser con sangre y sus pañuelos de papel siempre terminaban llenos de puntos rojos cada vez más grandes. Su corazón se acelera progresivamente y le dan unas repentinas ganas de llorar que le obstruyen la garganta y le aceleran el pulso. Ruedan lágrimas por sus mejillas. Intenta calmarse y dormir, pensar en Lena: en su sonrisa, y en su eterno inconformismo. Nunca lo decía, pero él sabía que ella quería cambiar el mundo con su terquedad. A él le gustaba hacerla sentir como de la realeza: no sólo le decía princesa, sino que se comportaba como un tonto haciendo venias y poniéndole su chaqueta en los hombros para que no sintiera frío. Aunque ella tenía suficientes comodidades para vivir, era bastante sencilla. Leandro jugaba con ella y se ponía en su papel de plebeyo siendo demasiado atento hasta el absurdo: él quería hacerla sentir más hermosa de lo que era. Ella sólo le seguía el juego. Se preocupaba más por los otros que por ella misma, y eso la hacía más bella. Siempre soñó actuar con ella en *amor de payasos*. Se vería perfecta con una nariz roja y un vestido de colores, pero su timidez nunca le permitió actuar.

Aunque logra descansar un poco, cuando llega a Bogotá empieza a dolerle el pecho, y el trayecto en el bus se torna más insoportable. Un año sin celular y no había sentido ninguna necesidad de él hasta este momento. Quizá no debió haberlo arrojado por la ventana aquel día. Le hubiera gustado escribirle un mensaje de cumpleaños a Lena y decirle que ya estaba en camino. Llega al terminal casi a medio día, intenta buscar comida, pero se siente tan mal que prefiere ir al apartamento para descansar. Timbra para ver si Lena



# LO ÚNICO QUE DESEABA ERA TERMINAR DE VIVIR LO QUE LE HABÍA FALTADO Y MORIR TRANQUILO.

está. Al ver que nadie abre, piensa que tal vez salió a almorzar por su cumpleaños. Quizá ya sale con alguien más. Extraña de nuevo su celular para poder llamarla y avisarle que está en Bogotá y preguntarle si puede entrar.

De nuevo un ataque de tos. Saca las llaves de la maleta. Esperarla en ese frío es un suicidio. Hacía un año no usaba esas llaves. La llave no entra. Cuando por fin entra, parece atascada la cerradura. Quizá cambió las guardas. Finalmente puede abrir. Cuando entra al apartamento no logra reconocerlo. Los espacios se ven más grandes de lo que recordaba. Las paredes están pintadas de otro color. La decoración no es la misma. Sus máscaras ya no están. Ni su ropa, ni algunos libros. El dolor en el pecho lo siente más como un golpe. Empieza a toser y va al baño, se moja un poco la cara para lavar la sangre y se limpia con la toalla de ella. Su estómago gruñe exigiéndole comida. No ha probado bocado desde el día anterior. Abre la nevera, ve vino y torta; quizá habría fiesta esta noche. Ve un provocativo arroz-con-todo y se le hace agua la boca, calienta un poco en el horno y se come menos de la mitad. Su apetito estaba disminuyendo desde hacía meses, y disminuía cada vez más en las últimas semanas. Su cuerpo le



pesa y decide recostarse un poco en su lado de la cama. Aunque teme quedarse dormido porque Lena puede llegar en cualquier momento, se queda mirando un punto fijo en el techo y el peso del sueño gana la batalla.

La cita es a las seis en el Teatro Nacional La Castellana. Aún quedan poco más de tres horas para la obra. Lena aprovecha para ir al baño y retocarse un poco, está sudando de los nervios y se ha caído el maquillaje de su rostro. Cuando sale del baño sus amigas le proponen ver una película.

Leandro se despierta a eso de las cuatro con miedo de haberse quedado dormido demasiado tiempo. Se levanta con dificultad a revisar si ha llegado Lena. Todo se ve igual. Tose, como ya es costumbre después de levantarse, y va al baño de nuevo. Su pálida cara le da cada vez más terror y prefiere no verse al espejo. Sin embargo, el del baño es tan grande que resulta difícil ignorarlo. Limpia las gotas de sangre que habían salpicado accidentalmente en el espejo y ve sus ojos amarillos. Arregla todo lo que puede el baño, la habitación y la cocina. Sus movimientos son torpes y lentos. Busca algo para el dolor. Encuentra ibuprofeno y se toma un par. Quiere estar mejor para la función. Vería a Philippe Bizot a cualquier costo. Llegaría en poco más de media hora al teatro desde su apartamento, dependiendo del tráfico, así que coge el control del televisor y empieza a pasar canales para matar el tiempo. Añora que Lena aparezca por la puerta para poder hablar con ella.

No tiene sueño, aunque todo le pesa. No quiere moverse mucho para ahorrar energía para la noche. Se vuelve a quedar dormido, esta vez con el televisor prendido, y cuando se despierta está bañado en sudor y tiene un intenso dolor de cabeza. Ella aún no llega. Es tarde y debe arreglarse un poco para la obra. Se levanta y el peso del cuerpo lo arrastra al piso; aturdido se pone de pie de nuevo, toma una ducha rápida, y se viste con lo mejor que tiene para salir. Se siente torpe, se le caen las cosas, se mueve con



dificultad y está bastante débil. El dolor de cabeza es cada vez más intenso. Se sienta un momento al borde de la cama a pensar si debe salir en ese estado. El dolor en el pecho disminuye. Piensa en Lena y siente fuerzas para salir. Coge llaves y dinero, y sale del apartamento. Toma un taxi. “Al Teatro La Castellana por favor”. Comienza a temblar incontrolablemente y a sudar frío. Se toca el cuello y lo siente caliente.

Lena busca a Leandro entre la gente, y por más vueltas que da en la fila no lo encuentra, así que se queda al final para tratar dilatar la espera. Su respiración se acelera cuando siente que está cerca a la puerta, deja pasar a las últimas personas que llegan y mira a lo lejos tratando de encontrarlo. Sus amigas la siguen cuchicheando, como siempre hacen cuando alguna actitud de Lena las desconcierta.

Leandro tiene un nuevo ataque de tos, y el taxista lo mira por el retrovisor con cara de preocupación. Las arcadas no se hacen esperar. El señor del taxi le pasa una bolsa a Leandro.

—¿Va a entrar señorita? —le pregunta el portero.

—¿Le puedo pedir un favor? —dice Lena al fin—. Estoy esperando a alguien.

—Tengo que cerrar la puerta ya. La función ya va a empezar —dice el portero—. ¿Va a entrar? Podría volver a abrir en el intermedio.

Leandro abre la ventana para respirar, pero una oleada de humo de un exosto vecino entra en el taxi, lo que lo hace sentir sin aire. El taxi frena en seco. Faltaba poco para llegar al teatro y Leandro siente que la vista se le nubla. Empieza a alucinar y ve a Lena al otro lado de la acera.

—¿Le puedo dejar una boleta para alguien? Se llama Leandro.

—Entremos ya por favor —suplica Sandra—. Me siento como una tonta aquí parada.

**EL DOLOR DE  
CABEZA ES CADA  
VEZ MÁS INTENSO.  
SE SIENTA UN  
MOMENTO AL  
BORDE DE LA  
CAMA A PENSAR  
SI DEBE SALIR EN  
ESE ESTADO. EL  
DOLOR EN EL PECHO  
DISMINUYE.  
PIENSA EN LENA  
Y SIENTE FUERZAS  
PARA SALIR.**

Lena deja la boleta en portería y entra casi empujada por sus amigas y la insistencia del portero. De ser por ella se hubiera quedado afuera esperándolo.

—Estás temblando —le dice Laura a Lena ya dentro del teatro.

—Parece que tu regalo de cumpleaños no vino —dice Sandra, viniendo hacia atrás al escuchar el tercer llamado.

Leandro baja la vista y nota que su nariz y boca botan sangre. Al verlo, el taxista insiste en llevarlo a urgencias. Leandro ve con tristeza y frustración cómo el taxi se aleja del teatro y se dirige al hospital más cercano.

La función empieza, y en medio del silencio de los espectadores Lena siente una extraña nostalgia; varias lágrimas ruedan por sus mejillas. En el intermedio se para a buscar a Leandro, va hasta donde el portero, pero nadie ha llegado por la boleta. Vuelve al teatro. Y en medio de la escena los momentos con Leandro empiezan a pasar por sus ojos como una obra de pantomima. Poco a poco la vergüenza invade su cara y se le hace un nudo en la garganta por la forma como la miran sus amigas. No quiere volver a verlo nunca. Las lágrimas ahora son de ira.

El taxi parquea frente a las urgencias hospitalarias. “Tengo cáncer”, logra decir Leandro antes de quedar inconsciente.

Se cierra el telón y todos se ponen de pie aplaudiendo, menos Lena. Sus amigas y Andrés la miran llorar. Ninguno sabe qué hacer. El único regalo que había deseado de cumpleaños ya no se haría realidad. Sale furiosa del teatro y se despide sin ganas. No quiere escuchar el “te lo dije” de Sandra y Laura, pero tampoco quiere estar sola, así que cuando Andrés se ofrece a acompañarla a casa, acepta. Escucha un pitido en el oído que le hace doler la cabeza. Andrés solo la abraza y la escucha maldecir a Leandro. Es el final, es la muerte de todo. Es el momento de renacer de las cenizas y comenzar de nuevo.

elipsis

